

HARLEQUIN®



Novelas con corazón®

Llámame

ALISON KENT

435 Ptas. - Argentina: $3,20 - México: $9.00

Llámame

Alison Kent

1º Barnes

Llámame (01.05.1997)
Título Original: Call Me (1996)
Serie: 01 Barnes
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Súper Bianca 17
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Gardner Barnes y Harley Golden

Argumento:

"Llámame".

¿Cómo podía una palabra tan simple como ésa, escrita a toda prisa en una tarjeta de visita, convertir a una mujer normal en una persona tan... impulsiva?

No era el estilo de Harley llamar a un completo desconocido. Y sin embargo, tras un breve encuentro en el aeropuerto, allí estaba, manteniendo calientes conversaciones telefónicas con Gardner Barnes.

¿Qué iba a ocurrir después? ¿Que la llevara a su rancho en un avión privado? ¿Que hiciera el amor con un hombre que ya estaba casado con su rancho? ¿Que se quedara embarazada?

Capítulo 1

Tú decides.

Mona Tedrick frunció el ceño al ver el escueto mensaje escrito deprisa en el reverso de la tarjeta de visita.

—¿Tú decides? ¿Nada más que eso? —repitió, con la tarjeta en la mano.

Harley Golden se apresuró a tomar la tarjeta de la mano de su dependienta. No estaba dispuesta a arriesgarse a que le pasara nada a aquel pedazo de papel que era el único nexo de unión que tenía con el hombre de sus sueños.

Un hombre al que había visto tan sólo una vez y al que probablemente no volvería a ver.

—Sí, eso es todo. Pues si decido yo, asunto terminado —afirmó y guardó debajo de su libro de contabilidad aquel recuerdo en blanco y negro de sus fantasías. Tras apartar de su vista la tarjeta tomó un lápiz y se puso a rellenar una factura.

Tenía que pensar seriamente en informatizar su contabilidad, como ya había hecho con el inventario de la tienda. No tenía sentido, comercialmente hablando, que archivara en su cabeza las preferencias idiosincrásicas de sus clientes. Llevar la contabilidad en aquellos cuadernos verdes pasados de moda pegaba muy bien con el entorno de la tienda, también pasado de moda. Además el que llevara las cuentas manualmente complementaba el servicio personal que llevaba ofreciendo a sus clientes desde la apertura de Toque Dorado.

—Ya has decidido no llamarlo, ¿verdad?

Harley continuó escribiendo.

—Vamos, Mona. Yo no soy el tipo de mujer por el que me ha tomado. ¿A cuántas te crees que se habrá ligado con ese rollo de «llámame».

Mona se retiró el cabello de la cara, mirándose al espejo que había detrás de la mesa de Harley.

—Y qué más da. Si está tan bueno como dices, yo no lo dejaría

escapar.

Harley cerró el cuaderno después de efectuar una anotación en la cuenta de la señora Michmore.

—Era guapo, pero necesito saber más de un hombre antes de perseguirlo. Por cierto —señaló, siempre pensando en el negocio—, si la señora Mitchmore no está satisfecha con la cómoda, el próximo viaje que tenga que hacer para visitar un mercado de antigüedades, lo haré en primera clase y se lo cargaré en su cuenta. Los asientos de segunda son tan estrechos que resultan agobiantes.

—Ya te lo ha dicho la señora Mitchmore desde el principio —le recordó Mona.

—Es verdad.

—Pero no le has hecho caso porque viajar en primera clase te hace sentir como si te estuvieras aprovechando de tus clientes.

—Te doy la razón de nuevo.

—Y como eres Doña Perfecta, decides sufrir por la causa, porque así te sientes menos culpable por disfrutar con tu trabajo.

—Por tercera vez he de admitir que tienes razón —se quitó los zapatos de tacón y flexionó los dedos—. Por cierto, mañana tengo que comprarme unos zapatos nuevos. Que tengan mullida la parte de los tacones. Y de la suela. Y de los dedos. Me voy a pasar todo el día comprando y tengo los pies destrozados.

—Ya estás pensando en que tienes que comprar mañana, cuando no hace ni dos horas que has regresado de un viaje en el que te has pasado dos días comprando. Tómate el día libre mañana. Me las puedo arreglar el sábado sola.

Una vez más, Harley se dio cuenta de lo acertada que había estado al elegir a su flamante especialista en arte, que antes trabajaba en una exclusiva galería donde sobresalía por su talento para la organización y el diseño en las exposiciones de los artistas.

En Toque Dorado el gusto de Mona por cuidar el detalle al máximo había hecho volver a más de un cliente. Por eso Harley pagaba a Mona casi lo mismo que se asignaba ella misma.

—Me encantaría tomarme un día libre, pero no puedo. Recibí un mensaje del doctor Fischer en el contestador, diciendo que una de

sus pacientes insiste en haber visto en una tienda de antigüedades de Spring una botella Shaker. El pobre doctor parecía desesperado.

—El buen doctor siempre parece desesperado.

—Sí, por eso he decidido terminar tanto su despacho como su estudio antes de las navidades. Así que sólo tengo dos meses y medio para terminar el trabajo. Me llevo un buen porcentaje, pero lo que me está costando no vale lo que me va apagar.

—Dile que necesitas más.

—Lo que necesito es terminar el trabajo.

Mona se acercó para encender la lámpara de Tiffany que tenía Harley encima de la mesa y sacó la tarjeta de debajo del cuaderno de contabilidad.

—Ya basta de hablar de negocios. Cuéntame algo de ese tipo.

Harley suspiró y pensó que ya era hora de enfrentarse a su fantasía y después dejar de pensar en ella.

—No hay mucho que decir. Estaba muy bien. Punto final.

Mona parpadeó.

—Claro, estúpida de mí. Me olvidaba de que Harley no trata con hombres guapos.

—Prefiero que tengan cerebro.

—Harley —le sermoneó Mona—, tienes que dejar de juzgar a todos los hombres guapos por tu ex.

Harley cerró de un golpe el libro de contabilidad.

—No quiero hablar de Brad.

—¿Por qué no? Desde que te divorciaste de los únicos hombres de los que hablas son René Lalique, Louis Tiffany y Thomas Chippendale.

—Por lo menos no se pasan la vida quejándose de su psicólogo, su madre o su perrito pequinés.

Y no pudo evitar añadir mentalmente que seguramente no iban por ahí acostándose con todo el mundo.

—¿Así que de su pequinés? Debes de estar hablando de Sahara.

—Tienes que admitirlo. Los hombres con los que me preparas citas son siempre muy, raros —dijo, mirando a su amiga con ojos lastimeros.

—Mis amigos no son raros —protestó Mona.

—Muy bien, entonces no son de mi tipo.

—¿Y el misterioso hombre de la tarjeta? ¿Es él de tu tipo?

—Sí. No. Ya te he dicho que era demasiado guapo.

—¿Entonces a que se debió ese contacto visual que establecisteis?

—Lo inició él.

—Entonces, tú tienes la sartén por el mango porque le gustas pero no sabe nada de ti. Llámalo. Créate una identidad nueva. Ten sexo telefónico.

—¡Mona! —protestó, ofendida.

—Haz algo salvaje y escandaloso, antes de que te fosilices como esta habitación llena de antigüedades.

—No soy tan vieja como para ser una antigüedad.

—Ya has recorrido un tercio del camino.

—Paso de ti, Mona —con el ceño fruncido, sacó la agenda del maletín. Consciente de que nunca conseguiría descifrar los garabatos de Mona, le pasó los mensajes que estaban bajo el pisapapeles.

—Dime quién ha llamado y para qué desde que me fui el miércoles. Probablemente pueda atender a dos o más mañana.

—¿Y después qué?

—¿Cómo que después qué? —preguntó Harley.

Mona suspiró con exageración.

—No puedo creerme que esté diciéndote esto, pero hay más cosas en la vida de una mujer que comprar, Harley Golden.

—La verdad es que esta forma de comprar es la mejor. Me gasto cantidades indecentes de dinero de otras personas en artículos totalmente extravagantes. Y lo mejor es que me pagan por ello.

—¡Oh, qué interesante! Harley, ¿te das cuenta de que cuando te recogimos Gibson y yo el sábado pasado por la noche, todavía estabas en la tienda?

—Claro, vivo allí.

—No, vives en la planta de arriba y estabas aquí abajo, trabajando en la tienda.

—El sábado por la noche es el día de cierre. Ya sabes, tengo que poner al día los libros de contabilidad y los archivos de los clientes, además de arreglar el escaparate y reponer en él los artículos vendidos —se encogió de hombros—. Eso me deja el domingo libre para hacer lo que quiera.

—¿Y qué haces los domingos? —Mona levantó una mano—. No, no digas nada, déjame adivinar, revisas los periódicos donde dice qué subastas y mercados de antigüedades habrá la semana siguiente y haces una lista para asistir. ¡Por favor Harley vive!

—Muy bien.

Harley sabía que sólo había un modo de hacer callar a su ayudante, así que abrió la agenda por la sección de direcciones y empezó a recorrer página por página. Cuando estaba en la S se dio cuenta de que no iba a encontrar el nombre de ningún hombre con el que poder quedar, porque no había conocido apenas ninguno desde su divorcio. En realidad, había sido culpa suya, porque no había estado de humor para ello.

Se había refugiado en los negocios, queriendo reafirmar su valía. Probarse a sí misma que no había nada malo en ella que hubiera hecho que Brad se fuera con otras mujeres.

Cerró la agenda.

—Muy bien, ¿quién era aquel tipo que me presentasteis Gibson y tú?

—¿Cuál?

—¿No te acuerdas? Fuimos con él a ver aquel museo. Se llamaba Omri. No estaba mal —Harley tomó el lápiz—. ¿Qué teléfono tenía?

—Omri. Humm —Mona se miró las uñas pintadas—: No es una buena idea.

—¿Por qué no?

—Está en el Tibet.

—¿En el Tibet?

—Sí, va a ingresar en un monasterio.

Harley tiró el lápiz al aire.

—Genial, he hecho que un hombre se decida por el celibato.

—No creo que tú tengas mucho que ver con eso.

—Seguramente tengas razón, porque se pasó la noche alabando al Dalai Lama —Harley suspiró—. Una competencia demasiado dura para mí.

—De eso se trata —dijo Mona, echándose hacia adelante—. No tienes por qué competir. Eres una mujer fantástica. ¿Cuándo te vas a dar cuenta?

Harley se miró en el espejo. Bajo un traje de diseño azul marino, se encontraba un cuerpo que no estaba mal, pero al contrario de su ayudante, Harley no era vanidosa.

Tenía unos enormes ojos azules y, si se los maquillaba con algo más que el rímel, parecía una niña de tres años que le había quitado las pinturas a su madre. Y sus labios eran tan carnosos que si se los pintaba parecía una actriz de los años cuarenta.

En cuanto al pelo, no sabía qué hacer con él. Mechones trigueños se escapaban del moño en que los había sujetado. Sacudió la cabeza y el cabello le cayó en cascada sobre los hombros mostrando quince tonalidades diferentes de rubio. Se volvió a mirar a Mona.

—Bueno, ¿qué opinas? —le preguntó la otra mujer, arqueando una ceja.

—Imagino que no está mal —respondió peinándose el pelo de la frente con los dedos—. Ya sabes que no me gusta arreglarme en exceso.

—A juzgar por la tarjeta de visita, no creo que necesites hacerlo.

—¿No podríamos olvidar ese tema, por favor?

—¿Estás de broma? Venga, cuéntamelo todo. Empezando por cómo es.

Harley sabía que Mona no se daría nunca por vencida.

—Llevaba un traje de diseño clásico italiano y tenía el pelo corto —Harley señaló a la altura de sus orejas—, pero no al estilo militar. Tenía el pelo oscuro... pero no tanto como las pestañas. Unas largas pestañas negras, muy tupidas. Y sus ojos. Humm. Eran de un verde increíble —Harley se estremeció y suspiró—. Era muy... continental.

—Parece perfecto. ¿Cuándo vas a llamarle?

—Nunca. Estuve cuatro años casada con un hombre demasiado guapo para su bien... y para el mío. Brad se pasó tanto tiempo admirándose a sí mismo y cuidando su cuerpo, que hasta se olvidó de que tenía una esposa —Harley movió la cabeza—. No quiero más hombres guapos, quiero un hombre que sepa cómo tratar a las mujeres —golpeó la mesa con el puño—. Quiero que me dediquen tiempo, que me adoren. Deseo un hombre que esté a mis pies.

—Tal vez fuera mejor que te buscaras un perro.

—Ése es el problema, que no creo que encuentre nunca lo que busco, porque soy demasiado exigente como para conformarme con menos.

Mona se puso de pie y se colocó la túnica negra que llevaba puesta.

—Bueno, me voy. Es sábado y Gibson me ha prometido una cena a la luz de las velas en su casa con vino y camarones.

Harley se puso de pie, y acompañó a su amiga hasta la puerta, llevándola por los hombros.

—Pásatelo bien por mí también.

—Si así lo hiciera por lo que te has perdido hasta el momento, no me verías en meses.

—Muy graciosa —murmuró Harley, pero Mona ya estaba demasiado lejos para poder oírla.

Corrió las cortinas de encaje y lino de la ventana principal, colocó el cartel de cerrado y regresó a la parte trasera de la tienda. Antes de volver a las tareas mundanas que llevaba consigo la dirección de Toque Dorado, pasó la mano por un refinado sinfonier de roble, deteniéndose en un caballo de carrusel delicadamente grabado en él y rozó con los dedos un iridiscente recipiente para

ponche de cristal.

No tardó mucho tiempo en cansarse de esas tareas mundanas. La conversación que había tenido con Mona sobre hombres y diversión la había producido un desasosiego que le estaba resultando difícil aplacar. Deseó ser tan valiente como Mona en lo referente a relacionarse con el género masculino. Pero la infidelidad de Brad la había vuelto muy desconfiada.

Aunque eso no era del todo cierto porque reconocía que su desconfianza tenía unas raíces más profundas que la infidelidad conyugal. Había comenzado muchos años antes, cuando se dio cuenta de que el amor que sus padres no era normal.

Era obsesivo y consumía. Esa emoción tan destructiva la había asustado más que los tiempos en que, siendo muy niña, Buck y Trixie, las habían dejado, a ella y a su hermana solas días enteros.

Tiempo después se había jurado a sí misma que nunca se conformaría con nada que no fuera amor puro y perfecto. Un amor fundado en el respeto mutuo y aderezado con el tiempo por amistad y pasión.

Brad había aparecido en su vida en uno de los momentos de mayor debilidad.

La primera vez que le pidió que saliera con él, sus compañeras del club femenino de estudiantes de la universidad de Texas habían rabiado de envidia. Más tarde se dio cuenta de que lo que le había gustado a Brad de ella había sido su sencillez y su aspecto de chica sana del campo. Se enamoró de él locamente y fue lo suficientemente ingenua como para creer que, con el tiempo, él se enamoraría de ella con la misma intensidad.

Y aún lo creía cuatro años después cuando lo encontró en la cama con una de las chicas de su club femenino. Le pidió que se marchara de casa un tiempo para que ella pudiera superar lo ocurrido, pero no tardó en volverle a pillar con otra mujer, esta vez en el aparcamiento del gimnasio al que solía acudir. Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Se volcó en el negocio, un negocio que nunca le había gustado mucho a Brad. La razón era fácil de entender: cuando caminaba por la tienda, quedaba eclipsado por la belleza de la madera antigua, el cristal o el oro.

Harley echó un vistazo a la mercancía que vendía: cada pieza tenía su propia historia.

—Mona tiene razón —murmuró—, me estoy petrificando. Sólo me hace falta una ligera capa de barniz para confundirme con el resto de los objetos de la tienda. Resulta patético que una mujer de treinta años se vuelva loca por una consola Louis XV en vez de por un Louis de carne y hueso.

Pero no era una ermitaña. Salía de vez en cuando y no temía correr riesgos. De hecho cada vez que aceptaba una de las citas que le proponía Mona estaba corriendo graves riesgos. Mona y sus amigos tenían una visión de la vida completamente distinta a la suya. Sin ir más lejos uno de ellos se había hecho monje.

Harley tomó la tarjeta de visita.

Gardner Barnes

Excalibur's King of Prince William's Knight

915—555—1782

Sin saber si lo hacía por amor al riesgo, a las emociones, o simplemente por estupidez, marcó el número de teléfono.

Quería volver a oír su voz, para comprobar si era verdad lo que estaba segura de haber imaginado. Mientras esperaba sintió una opresión en el pecho.

A la cuarta llamada, respondieron al teléfono y Harley creyó que se le paraba el corazón.

—Dígame, Central de Sementales al habla.

Gardner pasó por detrás de su tío Judson y tomó el auricular de manos de Ty.

—¿Diga?

Al no oír nada más que la señal telefónica, zarandeó a su hermano pequeño por los hombros.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Ty lo miró.

—Si quieres ampliar el negocio del rancho, contrata a una secretaria, estoy harto de contestar al maldito teléfono.

—Mira, Tyler, el negocio de la cría de ganado te beneficia a ti tanto como a mí. Si quieres ir gratis a Texas A&M el próximo otoño, responde al teléfono.

—No es el negocio de la cría de ganado el que me va a llevar a Texas A&M, sino el petróleo que está saliendo del Acre 52 —le respondió Tyler—. El mismo que te pagó a ti tu Cessna.

Gardner tomó una hamburguesa que había sobre la cocina y la tiró sobre la mesa.

—Tú ayuda —al tío a preparar la cena —le dijo enfadado—. Iré a llamar a los hombres.

En ese momento, entró Judson con una espátula de cocina en la mano.

—Gardner, no tienes por qué gritar al muchacho sólo porque te hayan colgado el teléfono. Con las manos en las caderas, Gardner miró a su tío y luego se volvió hacia su hermano.

—Lo siento Ty. He tenido un día horrible.

Ty le sonrió.

—Bueno, la verdad es que cuando te vi salir del Cessna todo trajeado, pensé que antes de que terminara el día acabarías descargando tu mal humor conmigo.

Gardner se miró las botas viejas y los vaqueros desgastados.

—Siempre las pago contigo, ¿verdad?

—Porque Jud y yo somos los únicos parientes que tienes.

—Y sabe muy bien que no puede desahogarse conmigo —intervino Jud, que sujetaba una sartén llena de bollos de maíz, antes de salir al porche a llamar a los hombres.

Ty tomó un bollo de la sartén.

—Venga, Gardner, a ver cuándo te casas. O por lo menos vete a Austin y lígate a alguna chica. Son mejores que las aspirinas para

aliviar dolores.

—Mejor vete tú, tráete dos y llámame por la mañana. ¿Qué pasa? ¿Has estado siguiendo tu propio consejo, doctor Barnes?

Ty se puso rojo y Gardner se mordió la mejilla para no echarse a reír. Judson, sin embargo no pudo reprimir una carcajada antes de que se cerrara la puerta del porche.

El sonido del triángulo señaló que la cena estaba lista y el comienzo de otra solitaria velada de viernes por la noche.

Dejando a Tyler con un bollo en la boca y otro en la mano, Gardner salió al porche de la granja en la que su familia había vivido durante cuatro generaciones. Saludó con la mano a los ocho vaqueros que se dirigían a la casa desde los establos y se encaminó en la dirección opuesta.

Pronto estuvo frente a aquellas llanuras tejanas de las que estaba tan orgulloso de ser el dueño.

A primera vista, aquel semental parecía un feo ejemplar. Pero a pesar del mal genio de aquel toro, no se podía negar que su descendencia era de primera calidad. Y hacía posible a Gardner dirigir Camelot de la manera en que se debía dirigir un rancho.

Al pensar en el nombre del rancho no pudo reprimir una mueca de disgusto. Su padre debía tener la cabeza en las nubes cuando permitió a su madre que le pusiera aquel nombre. Pero la verdad era que Gardner senior bebía los vientos por ella. Por eso no la había sobrevivido más que seis meses, dejándoles huérfanos a él con veintidós años y a su hermano con diez, y un legado familia que transmitir a la siguiente generación.

Hasta entonces Gardner no había encontrado tiempo para ello. Junto con su tío Judson se había dedicado a procurar rentabilizar Camelot y a, hacer de padre para su hermano Tyler. No le había quedado tiempo para su vida personal, aunque hasta entonces tampoco le había importado.

Dar su tarjeta de visita a aquella mujer en el avión no era su estilo. Había estado durmiendo, recuperándose de un duro día de reuniones con los directores de varios bancos de Dallas, y camino de una comida de negocios en Houston.

Al levantar la vista para atender a la azafata que le ofrecía una

bebida, descubrió unos hermosos ojos azules al otro lado del pasillo, que fueron su salvación tras un duro día de trabajo.

Observó a aquella mujer que desbordaba femineidad al pasar las páginas de los documentos que estaba estudiando o al sujetar el bolígrafo. La vio apartarse los mechones rubios que le caían sobre la cara y siguió la cadencia de su respiración, así como el modo en que se colocaba la falda cada vez que cambiaba de posición en su asiento.

La había visto sonreír para ella misma y luego levantar la vista para ver si alguien se había dado cuenta. Había observado cómo fruncía el ceño cuando algo de lo que leía no le gustaba y lo divertida que parecía al oír a un niño que no podía esperar hasta que aterrizaran, que tenía que ir al baño enseguida.

En un momento determinado, sus miradas se habían cruzado y se habían saludado. Gardner le había preguntado si se quedaba en Houston o si tomaba otro vuelo desde allí. Ella le había respondido que vivía en Houston y le había devuelto la pregunta.

Gardner le había dicho que sólo permanecería en la ciudad para una reunión y ella había afirmado que octubre era un buen mes para visitar Houston. Después, había sonreído y vuelto a sus papeles como avergonzada de que la conversación se hubiera centrado tan pronto en el tiempo.

Entonces, el avión aterrizó y, por primera vez en su vida, Gardner tomó una decisión sin tener que pensársela durante horas. Cuando se levantaron, le puso la tarjeta en la mano.

Movió la cabeza sin entender aún por qué había hecho lo que hizo. No era más que un idiota.

Deseando que hubiera tirado la tarjeta en la primera papelera del aeropuerto que se hubiera encontrado, se encaminó al establo, donde ensilló a Merlin, su caballo favorito.

Dos horas después, entró en la casa silenciosa, donde no había rastro ni de su tío ni de su hermano y, tras darse un baño y secarse el pelo, se metió en la cama. Pero no consiguió conciliar el sueño.

Dio vueltas y más vueltas, repitiéndose a sí mismo que tenía que dormirse porque dentro de pocas horas amanecería y tenía que estar despejado.

Media hora más tarde, después de contar los minutos sin conseguir dormirse, se dio la vuelta y, maldiciendo en voz baja, lo intentó de nuevo.

Aún transcurrió otra media hora antes de que aceptara que estaba desvelado. Decidió que se levantaría para ir a su despacho a dedicarle un par de horas de trabajo a su proyecto de cría de ganado a gran escala.

El sonido del teléfono lo detuvo en seco.

Capítulo 2

—¿Diga?

La voz masculina sonaba adormecida y su timbre le erizó el vello de los brazos. Aspiró antes de responder con un tímido:

—Hola.

Maldijo lo débil que sonaba su voz. Parecía una mujer que llamara pidiendo sexo telefónico. Fantástico. A Mona le encantaría.

—Me preguntaba si llamarlas.

Su voz se filtró en el cuerpo de Harley, muy, muy adentro.

—Yo también he dudado —consiguió responder.

—¿Y qué te hizo decidirte?

Harley se encogió de hombros y se preguntó cuánto quería decirle. ¿Acaso lo sabía?

—Creo que tuvo que ver con la idea de no dejar escapar oportunidades.

—¿No dejas escapar ninguna?

—Casi todas.

Se echó a reír. No cabía duda de que aquella era una risa muy masculina. Tentadora. Harley se hizo un ovillo y metió la cabeza entre la almohada tapándose hasta la barbilla con la sábana.

—Yo también —dijo él, finalmente.

—Entonces, ¿por qué me diste tu tarjeta?

Harley esperó su respuesta, preguntándose qué había visto en ella para tener una reacción tan impulsiva.

—No estoy seguro, pero me gustaría que me ayudaras a averiguarlo —susurró.

Harley cerró los ojos y luego los abrió de repente al pensar que tal vez no estuviera solo.

—Perdona, ¿no te habré despertado?

—No, estaba despierto.

—No debería haber llamado tan tarde. Se me olvida que las noches de viernes no empiezan para todo el mundo a las once.

—En realidad me acababa de levantar.

—Vaya, tal vez no ha sido tan buena idea llamarte.

—No, está bien, de verdad —sonaba casi desesperado—. En realidad he estado pensando en ti.

Harley se dijo que tal vez aquello significaba que estaba solo.

—Llamé antes, pero debí marcar mal el número.

—No, lo que pasa es que se puso mi hermano —le respondió, muy contento de que hubiera vuelto a intentar llamarlo.

—¿Vives con tu hermano?

—Con mi hermano y mi tío —cuando vio que no decía nada, añadió—: ¿Te sorprende?

—No te imaginaba como un tipo familiar.

Se echó a reír.

—¿Y que tipo de persona crees que soy?

Harley pensó que era guapísimo, sofisticado, refinado, pero no sabía cómo decírselo.

—Un hombre que toma de la vida lo que desea.

—¿Y el que tenga una familia impide que sea así?

—En algunos casos sí.

—¿Fue eso lo que te pasó a ti? —se arrepintió enseguida de lo que había dicho—. Olvídalo. Es una pregunta demasiado personal para una primera cita.

Harley sonrió.

—¿Así que esto es una cita?

—Podría ser, aunque tengo que admitir que nunca he salido con una mujer sin saber siquiera su nombre.

—Harley —respondió, descartando la sugerencia de Mona de crearse una nueva identidad. Ella era quien era.

—¿Harley? —preguntó divertido—. ¿Como en Davidson?

Ella se echó a reír.

—Fui concebida en la carretera, camino del rally anual en Sturgis. Mis padres pensaron que era muy apropiado.

—¿Tus padres son motoristas?

Le imaginó sonriendo y se le puso piel de gallina.

—Sí, viven en la carretera.

—¿No tienes más familia?

—Sí, una hermana.

—¿Y se llama Honda?

—No, Everly.

—Parece que tus padres eran un poco rebeldes, ¿no?

—Les recuerdo más bien como dos personas un poco confusas. Por fortuna, Everly y yo salimos bien.

Gardner se quedó un momento pensando en lo que le acababa de decir.

—¿Vives sola?

—Sí…

—Fantástico.

Harley sintió una punzada de deseo como no la había sentido antes.

—Entonces, Harley la de los ojos azules y el pelo trigueño, ¿a dónde nos lleva esto?

El deseo se intensificó y se humedeció los labios.

—Depende de lo que quieras.

—Te deseo Harley —le respondió con voz ronca y sugerente—. Quiero conocerte en todos los sentidos —se detuvo un momento—. Pero no soy una persona superficial. Puedo esperar.

No podía respirar. Se ahogaba.

—¿Harley?

Con la mano temblorosa, se cambió el auricular de oreja porque la otra le ardía.

—Su... —empezó, después tosió y tomó aire—. Supongo que este es un modo tan bueno como otros de empezar una relación.

—¿Así que esto es una relación?

—No —dijo ella con firmeza—. Es una cita.

Él soltó una carcajada.

—Dime entonces Harley, ¿qué haces en una cita?

—No creo que te pareciera interesante.

—¿Por qué? ¿No te gustan las citas?

—No tengo nada en contra del ritual, pero, créeme, he tenido poca suerte con los compañeros que me han tocado. No he logrado entender su idea de diversión, ni sus conversaciones.

—¿Entonces no hay nadie especial?

—El último hombre con el que salí se acaba de marchar al Tibet.

—¿El Tibet?

—No importa. Es una historia muy larga.

—Entonces, déjalo. Prefiero conocer lo que te apetezca contarme de verdad.

—No sé. Cosas simples. Pregúntame algo.

—¿Que te pregunte algo? De acuerdo. ¿Qué quieres para Navidad?

—¿Navidad? Me vuelvo una niña cuando se trata de las vacaciones. Me encantan los adornos y el oropel, las luces, las galletas y los dulces.

—¿Y la mañana de Navidad te apresuras a bajar de tu habitación para ver qué te ha dejado Santa Claus bajo el árbol?

Harley se echó a reír.

—Santa lo tendría muy difícil en mi casa, porque mi árbol tiene sesenta años y es una miniatura de cerámica con luces de cristal y velas diminutas. Y como nunca sé dónde van a estar mis padres y mi hermana se encuentra rara vez en la ciudad, paso la Navidad con

amigos y como pavo al vapor, relleno de coles y brotes de soja e intercambio ridículos regalos.

Al ver que no decía nada pensó que era mala señal. Tal vez era más tradicional de lo que parecía por su apariencia. ¿En qué otras cosas se habría equivocado?

¿Y qué concepción errónea se habría forjado de ella?

—¿Han sido tus Navidades siempre tan… originales? —le preguntó finalmente.

—Tal vez no originales, pero desde luego divertidas, incluso si mi hermana y yo creábamos la magia solas. Nos lo pasábamos bomba sentándonos en el regazo de Santa Claus y haciendo los adornos del árbol nosotras mismas. Everly y yo nos turnábamos cada año para colocar el ángel en lo alto del árbol. Incluso cuando estaba en la universidad, procuraba volver a casa por Navidad para decorarlo y rellenar los calcetines.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

Harley apretó más el auricular y acercó las piernas al pecho.

—Me metí donde no debía.

—¿Y temes hacerlo de nuevo?

—Sí —susurró.

Se hizo otro interminable silencio.

—Todavía no has respondido a mi pregunta.

—Cuál?

—¿Qué quieres para Navidad?

—Nunca pido nada porque así la sorpresa es mayor. Everly siempre me envía algo que sabe que nunca me compraría. Como perfumes caros, angora, sábanas de raso, camisones de encaje. Bragui…

Harley dejó la frase sin terminar y le pareció oír al otro lado de la línea una respiración entrecortada. Después, se aclaró la garganta.

—¿Y tus padres qué te regalan?

—El año pasado me enviaron una cama de hierro que

encontraron en un granero de Kentucky. El cabecero es una obra de arte. Después de limpiarla bien y lijarla la he pintado de blanco. Hace dos años, me mandaron una colcha nupcial de los indios apalaches —añadió, pasando la mano por ella—. Me encanta porque parece una cama nupcial del siglo pasado.

—¿Estás en la cama?

—¡Uh, uh!

—¿Harley?

—Sí —respondió lentamente, mientras se pasaba la lengua por el labio superior.

—Háblame de tus sábanas.

Aquel empezaba a ser un territorio peligroso para una primera conversación.

—Son de franela de color rosa. Muy suaves, como bolas de algodón o un gatito.

—Ahora dime qué llevas puesto —su voz se había vuelto ronca, casi un susurro y, aunque la pregunta era inocente, la intención no lo era.

Recordó sus ojos, de largas pestañas y se preguntó cómo sería tenerlo en la cama con ella. Se dio cuenta de que se había excitado, pero no sintió ningún remordimiento por ello.

Levantó la sábana y se miró el camisón. Había escogido el que se ponía para estar con él en sus sueños, sabiendo que iba a llamar y deseando, por alguna perversa razón, sentirse sexy cuando oyera su voz. Al fin y al cabo era su fantasía.

—Dime, Harley.

Soltó la respiración lentamente.

—Un camisón de dibujo abstracto en color rosa oscuro y azul intenso. Es de seda, con un amplio escote y tirantes. Se abrocha en la espalda con unas cintas de encaje.

—¿A lo largo de toda la espalda?

Harley sintió que el corazón quería salírsele del pecho. Tragó saliva.

—En la parte de arriba de… en la base de… allí.

—Dime cómo te sientes con él.

Cerró los ojos y dejó actuar a sus sentidos.

—Cuando camino, flota alrededor de mis tobillos y me roza los muslos.

—¿Y en la cama?

—Es fresco. Una caricia sobre mi piel.

Hablaba muy deprisa, queriendo terminar con aquello lo antes posible y averiguar lo que deseaba de ella.

Y sobre todo por qué lo deseaba ella.

—¿Qué más?

—¿A qué te refieres? —le respondió con calma, aunque deseando gritarle.

—¿Qué más llevas puesto?

Se le endurecieron los pezones y le ardieron los muslos.

—Nada.

—¿Ni siquiera unas gotas de uno de esos perfumes caros detrás de las rodillas?

Harley aspiró por instinto, como siguiendo sus instrucciones.

—Huele como a trébol, mezclado con miel y flores silvestres. Es dulce, pero no empalagoso. Me recuerda al sol.

—¿Duermes de espalda o de lado? —preguntó con voz ronca.

Harley se había hartado ya. Sintió la nuca mojada por la transpiración.

—¿Por qué lo quieres saber?

Sintió su respiración agitada a través de la línea.

—Quiero meterme en la cama contigo. Sentir tu seda, oler tu sol. Quiero desabrocharte el camisón y tenerte debajo de mí hasta que los principios y los finales no tengan importancia.

Harley se estiró el camisón hasta los pies y se colocó un almohadón sobre los pechos.

—Me asustas, Gardner.

—¿Estás segura? ¿No será que te asustas a ti misma?

—No lo sé.

—Es atracción animal, Harley. Pura y simplemente.

—No estoy segura de encontrarme preparada.

—Entonces consúltalo con la almohada y llámame mañana o pasado mañana. Pero llámame. Llámame.

Se dio cuenta de que le había colgado. Después de dejar el teléfono sobre el tocador, se levantó y apagó la luz del techo, dejando la lámpara de la mesilla. Necesitaba esa pequeña seguridad, porque las emociones que la embargaban amenazaban con trasladarla a otra dimensión.

Se abrazó más a la almohada, apretando las piernas. Le quemaba el cuerpo y sentía cómo la seda del camisón le rozaba los pezones y su vientre se estremecía del deseo de que lo llenaran.

Lamentó haber llamado. Su vida hasta ese momento había sido segura, tranquila... sin sobresaltos. Llevaba cuatro años divorciada y su matrimonio sólo representaba un vago recuerdo. Sin embargo cada vez que sentía el más mínimo interés por un hombre, recordaba aquellos años con Brad.

No podía volver a llamar a Gardner. No después de aquello, de que hubiera hecho añicos su mundo. Le había suscitado muchas preguntas, haciéndola preguntarse si se había estado escondiendo, cuestionarse lo que quería.

No. No era cierto. Ella sabía muy bien lo que quería: felicidad, éxito, amor. Su negocio la hacía sentirse muy realizada y su extraño círculo de amigos le eran tan queridos como su propia familia.

Y si se había estado ocultando algo era simplemente que su deseo de tener una relación estable excluía el tener hijos.

Nunca sometería a un hijo a su apresurado ritmo de vida, a la ansiedad de un viaje de última hora, a los días fuera de casa que a veces se convertían en semanas; a sus breves estallidos de mal humor provocados por la duda de si sus compras estarían a la altura de las necesidades de sus clientes, o si un viaje había sido una pérdida de tiempo.

Un hijo se merecía más que unos padres exhaustos emocional y físicamente.

O padres demasiado metidos en sí mismos como para recordar que habían traído hijos al mundo.

—Tienes mala cara, muchacho.

Gardner dejó una bandeja de bollos delante de su tío y se puso a hacer más para Ty.

—Anoche no dormí nada.

—Como no estabas muy hablador anoche, a tu regreso de Houston, supuse que aún estabas pensando en los negocios —dijo Judson untando los bollos con mermelada.

Gardner deseó que su ensimismamiento pudiera explicarse de una manera tan sencilla.

—Las reuniones fueron bien. No así el viaje. Tuve que dejar el Cessna en San Antonio para que lo revisaran y tomar un vuelo hasta Dallas, después a Houston y de nuevo a San Antonio. El regreso a casa fue realmente horrible.

—¿Todavía no va bien el Cessna?

Gardner sonrió con sorna.

—No, el piloto está exhausto.

—Es comprensible, teniendo en cuenta que te recorriste la mitad de Texas en un día —replicó Jud.

Gardner untó de mantequilla la sartén.

—Ya. Bueno, recuérdame que escoja un estado más pequeño la próxima vez que monte otro rancho de este tamaño.

Judson se echó a reír.

—El problema es que no creo que haya muchos estados en que quepa este rancho.

—Y la semana que viene Camelot tendrá veinticinco mil acres más.

—Es una lástima que se vaya a perder —afirmó Judson con la boca llena.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, yo me iré al hoyo en unos años y al ritmo que estás trabajando tú no tardarás en seguirme —Judson hizo un gesto con el tenedor—. Y a juzgar por lo que veo, no me parece que estés haciendo mucho para tener un heredero.

—Probablemente te envíe yo al hoyo de una patada si no te ocupas de tus asuntos.

—Tyler tiene razón, ¿por qué no vas a Austin y te consigues una chica?

—Así que Ty y tu estáis juntos en esta conspiración.

Bostezando, Tyler entró en la cocina en aquel momento. Se frotó los ojos, apartó una silla y se dejó caer sobre ella.

—¿Qué conspiración?

Judson le dio un codazo en los riñones.

—Le estaba diciendo a tu hermano que, si no tiene pronto un par de críos, el rancho será tuyo en unos años, a juzgar por cómo ligas.

Tyler le puso como un tomate.

—Yo no me paso el día ligando. Y si aquí hay una conspiración, no cabe duda que es contra mi vida sexual.

—Quizás porque seas el único que la tenga —gruñó Gardner.

—Los estudios no engañan al decir que un hombre a los dieciocho años está en su mejor momento —afirmó Tyler sonriendo.

—Un hombre a los dieciocho es todavía un muchacho —intervino Judson.

Gardner sirvió a su hermano el último bollo y después se puso a cocinar otros para él.

—No sé, Jud, Ty lleva cuatro años haciendo un trabajo de hombre. Creo que se ha ganado el título.

—Gracias, hermano mayor.

—De hecho tengo para ti un trabajo de hombre, revisar la valla que rodea a Little Creek, ¿crees que te las podrás arreglar, gran hombre?

Ty empezó a masticar más despacio.

—¿Después del instituto, Gardner?

—Sí.

—Tengo un examen muy importante la semana que viene y tengo que estudiar de verdad.

—Bueno, revisar la valla no te llevará más de un par de horas.

—Había pensado ir directamente a casa de Tamara Shotweiler después del instituto. A estudiar.

—¿Ah, sí? ¿Tú y quién más?

Tyler habló sin levantar la vista del plato.

—Tamara y yo, Eric, Justin, Cory y Lynette.

—Me suena a fiesta, más que a sesión de estudio —dijo Judson, que se levantó y llevó el plato al fregadero.

Gardner se dio cuenta de que, estaba poniendo a su hermano en un compromiso, cuando había demostrado sobradamente su lealtad al negocio familiar. Y ésta no estaba amenazada por pasar una tarde agradable con los amigos y alguna chica, aunque fuera una chica especial.

Odiaba poner a su hermano en el brete de escoger. Pensaba que no tenía derecho a privar a su hermano de los últimos meses de diversión en el instituto. El próximo otoño tendría que estudiar fuerte en la universidad y sabía muy bien que ninguna chica lo alejaría de su sueño de convertirse en veterinario. Gardner le conocía muy bien.

—¿Qué estás mirando? —le gritó Ty.

—Me muero de envidia —sonrió Gardner.

—¿De mí?

—Me acuerdo de cuando tenía dieciocho años.

—Vaya, Gardner, debes tener muy buena memoria.

Gardner le tiró un bollo a la cabeza.

—Muy gracioso, Tyler. Vete a estudiar que yo revisaré la valla, cuando regrese de hablar con los obreros del Acre 52.

Judson se caló el sombrero y se dirigió a la puerta.

—¿Quieres que hable con Pete para que te busque alojamiento?

—No, no quiero pasar la noche fuera.

Tyler Y Judson se miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa? ¿Acaso un hombre no puede querer dormir en su propia cama? —les preguntó al darse cuenta.

—Nunca te ha importado un comino dónde tenías que dormir, Gardner Barnes —le respondió Jud.

Tyler cruzó los brazos sobre el pecho y se echó atrás en la silla.

—Tal vez espere recibir otra de esas llamadas nocturnas.

Gardner golpeó la paleta contra la cocina.

—¿De qué estás hablando?

—Estaba en la cocina, tomando un vaso de leche cuando sonó el teléfono y respondí como tú me tienes dicho que haga.

—Ya, y escuchaste una conversación privada.

—No. Sólo te oí a ti diciendo que ya pensabas que no iba a llamar y a ella diciendo que hasta el último momento no había sabido qué hacer —al decir esto imitó una voz femenina con las manos cruzadas bajo la barbilla y moviendo las pestañas. Gardner le dio un golpe en las piernas con el paño de cocina, pero sin poder reprimir una sonrisa.

—Tú vete a clase. Y tú —señaló a Jud—, revisa ese tractor.

—No necesitas decirme lo que tengo que hacer. Me llevo encargando de que los motores de Camelot funcionen desde antes de que nacieras.

Judson abrió la puerta para salir, pero se volvió un momento.

—Oye, Ty, si esta noche suena el teléfono contestaré yo. Necesito un poco de emoción barata.

—Si suena el teléfono, no responderéis ninguno de los dos —les

advirtió Gardner.

Tyler y Judson se marcharon riéndose a carcajadas y Gardner se quedó en la cocina haciendo más bollos para los trabajadores del rancho.

Tenía que tomar una decisión. Cuando colgó el teléfono la noche anterior, no pudo volver a dormirse, pensando en las curvas del cuerpo femenino y aquel camisón de tirantes. Había imaginado su olor a miel y cómo sería tenerla bajo su cuerpo.

Le atraía tanto y a tantos niveles, que no conseguía entender la razón. Judson tenía razón cuando decía que debía asentarse y formar una familia. Calmar aquella desazón que abrasaba su cuerpo y que sabía no tenía nada que ver con el amor.

¿A dónde podría llegar sin asustar a Harley? No se podía creer aún las cosas que habían salido de su boca la noche anterior. Pero le había pillado en la cama, desnudo, y la sábana que ocultaba su regazo no pudo ocultar el efecto que la conversación había producido en su libido.

Deseaba que ella conociera en persona las necesidades que había suscitado en él. Los sentimientos no eran nuevos, tan sólo la intensidad. Era totalmente distinta a como pensó que sería.

Se preguntó cuántas sorpresas le tendría aún reservadas. Desde luego, tenía la intención de descubrirlas todas.

Sí, sin duda alguna las descubriría todas.

Capítulo 3

Harley se encontró la tienda cerrada y se alegró de ello porque se había pasado todo el día haciendo compras en Old Town Spring para evitar enfrentarse a Mona y sus preguntas, y parecía haberlo conseguido. Contenta, abrió la puerta y entró en la tienda.

Pero no había tenido tanta suerte, porque Mona se encontraba dentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó tras cerrar la puerta —. ¿Esperas que alguien te haga una oferta?

—Nadie tiene tanto dinero como para comprarme.

—Me compadezco del pobre Gibson.

—Nunca hago pagar a Gibson.

—Entonces ¿quién pagó los camarones que cenasteis anoche a la luz de las velas? —preguntó Harley, mientras pasaba al lado de Mona en dirección a su mesa.

—Gibson estaba exhausto así que pidió que le llevaran la cena a casa.

—¿Encontrasteis algún restaurante que os llevara marisco a casa?

—No comimos marisco. Pedimos —Mona dudó— una pizza.

—¿Una pizza tú? Me sorprende que no estés en la cama con resaca de calorías.

Mona se apretó el estómago con una mano.

—Era estrictamente vegetariana pero todavía me siento hinchada.

—Entonces vete a casa, pon los pies en alto y cómete una ensalada para cenar —Harley sacó su agenda del maletín y la abrió por la sección de las cosas que tenía que hacer, y después sacó el libro de contabilidad del cajón—. Tengo que terminar unas quinientas cosas esta tarde. Así que si no te vas, te arriesgas a terminar con una etiqueta de precio colgando del lóbulo de la oreja.

—Espero que eso signifique que no dormiste nada anoche.

—Dormí —le replicó, al tiempo que se sentaba a su mesa de trabajo.

—¿Entonces no llamaste?

Harley no necesitó responder porque enrojeció de tal manera, que su rostro habló por ella.

—¡Vaya! Así que lo hiciste —Mona se sentó en el borde de la mesa—. Quiero conocer todos los detalles.

—No hay detalles.

—Empieza por decirme cómo es su voz.

—¿Me estás sometiendo al tercer grado? —le preguntó, a sabiendas de que se había olvidado a propósito de decirle a Mona que ya había oído la voz de Gardner en el avión.

Mona frunció el ceño.

—Muy bien, muy bien. Tiene una voz sexy, profunda, hipnótica —así al menos la recordaba ella y su cuerpo también—. Sería el locutor perfecto para un programa de radio de madrugada.

—¿Como Larry King?

—No, como los locutores que dedican canciones de amor a los corazones solitarios durante las horas en que la gente más sensata está ya acostada.

—Humm. Tú escuchas muchos de esos programas, ¿verdad?

—Solamente he oído hablar de ellos en televisión o he leído algo al respecto en libros.

—Bueno, cuéntame lo que te dijo.

Harley recordó que le había dicho que quería saborear la miel de su cuerpo y tenerla debajo, pero se lo calló.

—Vive con su tío y su hermano.

—¿Dónde?

—No estoy segura.

Mona dio un manotazo sobre la página del libro de cuentas que tenía abierto Harley.

—¿No se lo preguntaste?

—El código de su zona me da una idea.

—Ese código cubre la mitad del oeste de Texas, Harley. ¿A qué se dedica?

—No lo sé —le levantó la mano del libro de contabilidad y siguió trabajando.

—¿Tampoco se lo preguntaste?

—No.

—¿Por qué no?

—No quiero saber dónde vive, ni lo que hace. Gardner Barnes es tan perfecto, Mona, que no estoy preparada para estropear la fantasía. Todavía no.

Mona apretó los labios.

—Temes que resulte ser como Brad.

—No puedo evitarlo. Me pasé cuatro años casada con un hombre engreído que creía ser un regalo de Dios para las mujeres —Harley no pudo evitar que en su rostro se dibujara una mueca de desagrado ante aquel recuerdo del pasado.

—Brad tenía menos seso que un caracol, Harley —Mona cruzó las piernas y el vestido se le abrió un poco, dejando entrever una de sus esbeltas piernas—. Aunque tengo que reconocer que si necesitara un entrenador, contrataría a alguien con un cuerpo como el suyo. Sabe muy bien lo que tiene.

—Ya, por eso precisamente hizo lo que hizo. Brad necesitaba constantemente la admiración de sus compañeros de trabajo, de sus clientes, incluso la mía. Y yo como una idiota se la di y la llamé amor. Brad se valoraba a sí mismo por sus bíceps y por ese músculo que tiene entre las piernas.

Mona parecía muy pensativa.

—Siempre me he preguntado si los culturistas desarrollan todos los músculos que tiene un hombre.

—Bueno, las mujeres corrían tras él como perras en celo y él no desaprovechaba ninguna oportunidad —Harley se echó hacia atrás en la silla y apretó el lápiz con más fuerza.

—Los hombres pueden ser tan superficiales —suspiró Mona.

Harley recordó que Gardner le había dicho que deseaba conocerla en todos los sentidos, pero que no era tan superficial y podía esperar.

—Sí, y no quiero averiguar que Gardner Barnes es igual que todos —afirmó Harley.

—Entonces pregúntale a qué se dedica y averigua si tiene cerebro o simplemente está bueno.

—No puedo. Todavía no.

—Eso me parece muy superficial por tu parte.

—Tal vez tengas razón, pero es mi fantasía, ¿de acuerdo? Cuando lo conozca mejor, se lo preguntaré —se defendió Harley, preguntándose cuándo había decidido que quería conocerlo mejor.

—¿Entonces lo único que has averiguado es que vive con su tío y su hermano? ¿De qué hablasteis entonces?

—Sobre todo de mí —cuando vio que Mona la miraba fijamente desistió de seguir trabajando y guardó el libro de contabilidad—. No sé Mona, se pasó todo el tiempo haciéndome preguntas.

—¿Te va a llamar?

—No le di mi número de teléfono.

Mona puso los ojos en blanco.

—¿Entonces vas a volver a llamarlo?

—Puede ser.

—Tienes que hacerlo. Por lo menos para averiguar qué es lo que se llama «Rey de Excalibur».

—No sé qué hacer —respondió recordando sus últimas palabras insistiéndole en que volviera a llamarlo.

—Entonces dame la tarjeta —Mona tendió la mano—. Yo le llamaré.

—No puedo porque la he quemado —mintió Harley.

—¿Qué?

—Venga, Mona. ¿Para qué voy a llamarlo? Está claro que no soy

como él creía.

—¿En qué te fundas para decir eso?

—Hubo muchos silencios en la conversación, sobre todo cada vez que me iba de la lengua y le contaba detalles íntimos de mi vida.

—¿Entonces le diste tu verdadera identidad?

—No voy a mentir sobre mí. Un hombre me quiere como soy o no me quiere.

Mona se cruzó de brazos y se quedó mirándola.

—Ya estás otra vez pensando en Brad, ¿verdad?

Harley gimió y escondió la cabeza entre las manos.

—No, en este caso se trata de mí y de lo que quiero.

—Ya, y en este momento me da la sensación de que quieres estar sola.

—Sólo porque tengo mucho que hacer y no quiero tener que quedarme aquí hasta medianoche.

—Muy bien —dijo Mona con tono lastimero—, no tengo por qué soportar que me traten así. Ya lo hace bastante a menudo Gibson.

—¿Hay problemas en el paraíso?

—Está pasando la crisis de los cuarenta.

—¿Quién? ¿El eterno juerguista?

Mona se quedó pensativa un momento.

—Quiere tener un hijo.

—Estás de broma —una mirada al rostro de Mona le hizo cambiar de opinión—. No, no estás bromeando. ¿Qué vas a hacer?

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que me dé un ataque de nervios?

—¡Oh, Mona! —dijo Harley, abrazando a su amiga.

Un momento después, Mona se volvió a sentar y levantó la cabeza con orgullo.

—No lo vayas comentando por ahí, Harley, pero en el fondo soy

muy tradicional. Sin orden, reina el caos.

—¿Orden? —Harley no pudo callarse—. ¿Te refieres a que primero viene el amor, después el matrimonio y tras él Mona esperando un hijo?

—¿Es un chiste?

Harley hizo una mueca.

—Malo, ¿verdad?

—Sí, bastante.

—No creo que Gibson sea tan estúpido como para dejarte escapar —dijo Harley, haciendo sonreír finalmente a Mona.

En cuanto se fue Mona, Harley se enfrascó de nuevo en la contabilidad que debería haber terminado la noche anterior. Cada vez que pensaba en Gardner se decía a sí misma que ya le había hecho perder demasiado tiempo, además de perturbarla emocionalmente.

Después, se puso a pensar en Mona y llegó a la conclusión de que no había espacio en su vida para ningún hombre dominante, que le exigiera mucho y quisiera controlar su vida.

La tarde se le pasó en un suspiro trabajando y para cuando terminó de limpiar el polvo, decorar el escaparate con motivos navideños y empaquetar una urna de plata que necesitaba ser restaurada, sólo había pensado en Gardner cinco veces más.

Cuando subió a su apartamento, no tenía ganas de cocinar. Lo único que quería era ducharse y quitarse de la cabeza a Gardner Barnes de una vez por todas.

Pero una vez que ya estaba seca y se había puesto una desgastada camiseta de la universidad de Texas llegó a la conclusión de que no dejaría de pensar en Gardner hasta que no tuviera todas las respuestas. Y la única manera de conseguir respuestas era hacer preguntas.

Se tumbó en la cama y marcó su número de teléfono.

Gardner entró en la cocina a las diez menos cinco y comprobó si

le habían dejado algún mensaje telefónico. Nada. O no había llamado o de hacerlo no había dejado ningún mensaje.

Se hizo un bocadillo de pollo frito con ketchup y se subió a la planta de arriba, dejando las escaleras llenas de barro. Jud lo mataría por la mañana.

Miró de mal humor el contestador automático que tenía en la mesilla de noche al darse cuenta de que no parpadeaba y se metió en la ducha, donde se terminó de comer el bocadillo. Cuando se secó, se puso los calzoncillos y los vaqueros. Esta vez no le iba a pillar desnudo.

Tampoco permitiría que la charla se le fuera de las manos.

Siempre que llamara, cosa que dudaba dada la dirección en que él había encaminado la conversación la noche anterior.

No había sido el demonio quien le había hecho hablar así, sino el sonido de la voz de Harley y la imagen que sus palabras habían pintado en el lienzo en blanco de su mente.

Nunca había estado tan excitado encontrándose sólo en una habitación.

Estaba dispuesto a dar a Harley tiempo y espacio para que decidiera lo lejos y lo rápido que deseaba que fuera aquella historia. Pero no tenía ni idea de cómo encontrarla y le molestaba más de lo que quería admitirse a sí mismo, porque la noche anterior había empezado como una simple cita, pero había terminado como algo más serio.

Se sentía más unido a ella de lo que se había sentido en mucho tiempo a ninguna mujer.

Ya se había recorrido la habitación de arriba abajo descalzo seis veces cuando sonó el teléfono. Respiró profundamente y juró que lo desconectaría, si se habían equivocado de número.

—¿Diga?

—Esta vez soy yo quien hace las preguntas.

Gardner soltó el aire lentamente.

—Como quieras.

Tras unos segundos, Harley se echó a reír.

—¿Eres siempre tan complaciente?

—Si preguntas a mi tío y mi hermano, te dirán que no. Pero llevaba todo el día deseando que llegara este momento —se sentó en el borde de la cama—. Estoy de humor para lo que quieras.

—Has tenido un día duro en la oficina, ¿verdad?

—Muy largo —respondió Gardner, moviendo los hombros para aliviar los efectos de haber estado conduciendo todo el día—. Y casi todo él lo he pasado detrás del volante. Hace sólo media hora que he llegado.

—¿Tienes que viajar mucho?

—Sólo cuando no me queda más remedio. No me gusta estar mucho tiempo fuera de casa.

—¿Por tu tío y tu hermano?

—Por ellos y por las responsabilidades que implica ser el jefe. Menos mal que sólo tengo que dirigir a ocho personas.

Se quedó callada un momento, como si estuviera digiriendo la información que acababa de recibir.

—¿Son tu tío y tu hermano los únicos familiares que tienes?

—Sí —con los pies apoyados en el suelo, se echó hacia atrás—. Mi madre murió de cáncer y mi padre de pena seis meses más tarde, cuando yo tenía veintidós años.

—Lo siento.

Sus sencillas palabras le incitaron a seguir hablando.

—Ty, mi hermano, tenía sólo diez años. Fue duro ver sufrir a mi madre, pero más duro aún la mañana en que mi padre no se levantó de la cama.

No le dijo nada de la nota, ni de los tranquilizantes y mucho menos de la decisión que había tomado aquel día. Nunca amaría a nadie con la intensidad que había llevado a su padre a la locura.

Nunca.

Se quedó mirando al círculo de luz que proyectaba la lámpara sobre el techo.

—Si no hubiera sido por Judson, mi tío, podría haber perdido a

Ty. Pero mi padre nombró a Judson tutor de mi hermano y nos dejó todo lo que tenía a los tres.

—Debes estar orgulloso del hogar que has creado para ellos.

—Son mi familia, ¿qué otra cosa podía hacer?

—No todo el mundo se porta como tú.

—Los Barnes somos así. Además, Tyler era tan joven cuando sucedió todo que casi me siento como su padre.

—Si todavía no se ha marchado de casa, debe ser que no lo estás haciendo tan mal.

—Es un buen chico, pero la prueba de fuego la tendrá el otoño que viene. Lo han aceptado en la universidad de Texas.

—¿Va a seguir los pasos del hermano mayor?

—Sus aspiraciones son mayores. Está empeñado en ser veterinario.

Harley silbó con admiración.

—¡Vaya, te va a costar mucho dinero!

—El chico lo vale —se colocó las almohadas bajo la cabeza y se apoyó en el cabecero antiguo de la cama—. ¿Qué más quieres saber?

—¿Has estado casado?

Gardner se echó a reír.

—No.

—¿Por qué te hace gracia la pregunta?

—No, no es que el tema matrimonio me haga gracia, sino que me preguntaba si íbamos a entrar en temas personales en la segunda cita o esperaríamos a la tercera.

Ella calló un momento, como tanteando el camino, respiró profundamente, y después empezó a hablar de nuevo.

—Por el modo en que terminamos la noche pasada, no pensaba que tuviéramos nada demasiado personal de qué hablar.

Gardner pensó que se podía poner mucho más personal, pero no se lo dijo para no asustarla.

—No, no he estado nunca casado.

—¿Y cuántas conquistas has hecho con esa técnica de la tarjeta de visita?

—Estoy todavía trabajando en la primera. Creértelo o no, pero nunca miento —añadió cuando vio que se había quedado callada.

—Lo hiciste tan bien que he asumido que tenías años de práctica.

—Ni siquiera había pensado en hacerlo hasta que el avión aterrizó. Lo siento si te puse en un compromiso.

—No te preocupes. Como ya te he dicho, me pareciste un hombre que obtiene lo que quiere de la vida.

Gardner apagó la luz de la mesilla, dejando la habitación en la intimidad de la oscuridad. Las sombras facilitaron su confesión.

—Hace dos días pensaba que tenía todo lo que la vida podía ofrecerme. Y de repente te vi.

—¿Y qué Gardner? ¿Qué me hizo diferente?

Percibió la frustración que había en su voz, casi como la que sentía él. Pero no podía expresar con palabras lo que había visto en ella. Lo único que sabía era que le había impresionado y quería impresionarla también a ella.

—¿Gardner? —le apremió.

—No sé. Alcé la vista y allí estabas: hermosa y elegante. Me sentí… Dios, ni siquiera sé lo que sentí.

—Lo que viste, Gardner… no era yo. El traje, los tacones. Yo no soy así.

—Estás hablando de apariencias, Harley —Gardner se puso de pie vio cómo la luz de la luna llena entraba por la ventana, al lado de la cabecera de la cama—. Lo que me dijiste anoche me mostró más cómo eras.

—No recuerdo haberte dicho mucho. Y lo que recuerdo es muy aburrido.

Gardner se echó a reír.

—Si aquello fue aburrido, no sé si podré sobrevivir a tu idea de

diversión.

—No estoy hablando de… eso.

—¿Te refieres a lo que llevas puesto en la cama?—sonrió al oírla quejarse—. Eso sólo es una parte. Y sí, hoy te he imaginado muchas veces con ese camisón, y con menos ropa —añadió en voz baja—. Pero también recuerdo lo emocionada que te pusiste al hablar de la Navidad y de cuando eras una niña.

Harley se echó a reír.

—Es increíble lo que pueden distorsionarse las primeras impresiones.

Gardner cruzó la habitación y se apoyó en la cómoda.

—Me gustan más las segundas impresiones.

—A mí también. Aunque tengo que confesar que también te he juzgado por tu apariencia.

—¿Y qué viste?

—A un hombre de éxito. No me extrañaría ver tu cara en la portada de la revista Fortuna.

“Tendrías más posibilidades en Vaqueros del Oeste”, pensó Gardner, mirándose al espejo las patas de gallo que el sol había grabado en su piel.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Ninguna de las dos cosas y ambas. Por eso me resultó difícil llamarte la primera vez y hoy aún más.

Gardner frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Me he tropezado con demasiados hombres que utilizan su apariencia para conseguir lo que quieren en su vida profesional. Y por supuesto en la personal.

Gardner se dio cuenta de que sus palabras reflejaban que aún sufría a causa de alguna vieja herida y le pareció muy interesante.

—También las mujeres lo hacen.

—Tienes razón. Tal vez sea demasiado susceptible.

Gardner pensó que tal vez tuviera razones para serlo.

—Créeme, la apariencia no es un factor determinante en mi profesión. Y en lo que respecta a mi vida personal, la verdad es que he estado demasiado ocupado trabajando como para tener algún tipo de vida personal.

De repente, pensó en los herederos que no tenía y fue al grano.

—Sin embargo durante los últimos dos días he pensado tanto en ti que no he podido concentrarme en lo que tenía que hacer.

—Yo también he pensado en ti.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —se detuvo al lado de la cama y cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás y tragó saliva para librarse del nudo que el deseo le había formado en la garganta—. Dime dónde estás. Me tendrás allí mañana.

—¿Tan rápido? ¿Y tus negocios?

—Se las podrán arreglar sin mí para mover...

—Espera. Para.

Se cambió el auricular al otro oído.

—¿Por qué?

—No me digas lo que haces. Es mi fantasía. Quiero conocer al Gardner Barnes que no compartes con nadie más.

Gardner se pasó los dedos por el pelo.

—¿Tu fantasía, huh? Creo que me pides demasiado.

—Ya sé que estoy complicando las cosas, pero no consigo encontrar el modo de expresar mis sentimientos con palabras.

—Inténtalo.

—Necesito... quiero... no, no deseo lanzarme a nada sin saber lo que voy a encontrar. Por eso no quiero verte cara a cara. Eres demasiado... turbador.

—¿Turbador? Me han llamado muchas cosas, pero nunca eso.

—¿No me irás a decir que no sabes lo atractivo que eres? —había incredulidad en su voz.

—Como tú has dicho antes, la apariencia física no muestra la

verdadera personalidad.

—¿Qué llevas puesto, Gardner?

Le encantaba cuando decía su nombre con esa voz tan sensual.

—¿Humm?

—¿Cómo vas vestido?

Gardner se echó a reír al darse cuenta de que le estaba pagando con la misma moneda.

—Harley, esa es una pregunta que no deberías hacer a un hombre a las once de la noche.

Casi pudo sentir cómo enrojecía a través del teléfono.

—¿Y bien?

Parecía que era una mujer atrevida.

—Vaqueros.

—¿Sólo?

—Y calzoncillos. Y es lo único con lo que duermo —se apresuró a decir antes de que siguiera preguntando.

—¿No estás en la cama?

Ahogó un gemido.

—No, pero debería.

—¿Quieres decirme cómo es tu cama?

Aquel intercambio de información no iba como Gardner había planeado.

—Es una cama antigua con dosel que perteneció a mis abuelos, de roble macizo —le respondió sin ponerse íntimo—. La colcha es casi tan antigua. Pero si seguimos hablando de camas, nos meteremos en problemas, Harley. Igual que hablar de tu camisón y del modo en que me gustaría quitártelo. ¿Sabes?, te imagino tumbada aquí a mi lado, dándome a la boca las galletas que sabes hacer.

—¡Gardner!

—No, espera —el mismo deseo que impregnaba su voz llenaba sus vaqueros. No podía continuar sin saber más.

—¿Qué? —preguntó, con voz temblorosa.

—Dime tu apellido.

Durante un momento sólo oyó su respiración, después susurró:

—Golden.

Gardner suspiró, aliviado. Harley Golden. Perfecto.

—Bien, Harley Golden. Son las once y la noche del sábado no ha hecho más que empezar para ti y tus amigos vegetarianos —Gardner hizo una mueca. Dicho así sus diferencias parecían irreconciliables.

—Has tenido un día muy largo.

—Sí y necesito una ducha con urgencia —no se molestó en decirle que ya se había duchado una vez. O que se la imaginaba a su lado debajo del agua. O que la quería junto a él en aquel momento—. Supongo que no querrás ducharte conmigo, ¿verdad?

Ella respiró profundamente.

—No... No puedo...

Su voz se perdió y Gardner apretó más el auricular.

—Podrías ayudarme a frotarme la espalda. Siempre tengo problemas en... —su voz se convirtió en un susurro—, en llegar a ese punto entre mis dos omoplatos. Sí, ahí, Harley. Podríamos usar tu jabón.

—Apuesto a que tu cuerpo olería de maravilla a miel, Gardner. Apuesto a que...

—¿Qué Harley?

—Apuesto a que sabes todavía mejor.

Gardner se aflojó el botón del vaquero.

—La piel mojada es tan dulce —continuó Harley.

Gardner se frotó su miembro dolorido, que crecía con cada palabra de Harley.

—Ducharse es agradable, pero yo siempre he querido bañarme al aire libre. En un arroyo fresco, a la puesta del sol o por la noche.

Gardner se acarició de nuevo.

—Harley…

—Imagina una brisa fresca. Y una cascada —su voz acabó en murmullo—. Se me pone carne de gallina cuando lo pienso. Y cuando te imagino a mi lado, me pongo…

—¡Basta! —Gardner encendió todas las luces—. No sigas, Harley, a no ser que estés dispuesta a que te encuentre.

—No, todavía no.

Un extraño alivio lo calmó. Miró su erección. Estaba excitado, pero tranquilo. Tenía razón, todavía era demasiado pronto. Tenían que encontrarse más puntos en común que el sexo. Aunque en aquel momento, cincuenta años de sexo sin más le parecían maravillosos.

—¿A la misma hora mañana?

—A no ser que no te venga bien el domingo —respondió Harley.

—Cualquier momento es bueno para mí, pero no tan bueno como va a ser, Harley Golden.

—Te llamaré mañana por la noche.

—Espero que sea así.

Colgó y se quitó los pantalones y los calzoncillos, para volver al baño y darse una ducha muy fría.

Harley volvió a doblar el papel, lo puso encima de los otros que llenaban la mesa de su cocina y se sentó. Después, puso los pies en otra silla cercana y se dispuso a tomarse el té.

Se había pasado la mañana haciendo lo que Mona había dicho, y aunque se daba cuenta de que ello probaba la aburrida vida que llevaba, daba por bien empleado el tiempo. Se iba a celebrar una subasta en Fredericksburg que no sólo tenía en su inventario botellas raras, sino también un gran surtido en material de hospital. La venta parecía contener el premio gordo que necesitaba para concluir el encargo del doctor Fischer.

El único problema era qué ponerse. La ropa que tenía era más adecuada para subastas de antigüedades más formales que se llevaban a cabo en el norte del país, pero tacones y trajes de diseño

no irían bien para una subasta al aire libre en el centro de Texas.

Necesitaba comprarse jerseys cómodos, faldas largas y botas. Eran casi las doce, así que tenía que empezar a moverse. No le faltaba motivación, pero sí energía.

Aunque se había permitido levantarse tarde, no había descansado, porque sus sueños habían estado llenos de duchas y camas con dosel, compartidas con Gardner. Sabía que era culpa suya porque no encontraba más explicación que haberse vuelto loca para explicar la dirección que había dejado que aquellas conversaciones tomaran. Enrojeció al recordar lo que había dicho y los gemidos ahogados de Gardner.

No entendía por qué estaba tan obsesionada con él. Como Mona había dicho, a ella no le gustaban los hombres guapos. Pero cuando hablaba con Gardner, nunca pensaba en su físico, sólo en sus palabras y en el tipo de hombre que era, en cómo quería a su familia.

El tipo de hombre que ella siempre había querido.

Hablar con Gardner había traído a su mente sueños que no había tenido durante mucho tiempo y que ni siquiera recordaba cuándo había olvidado. Algo extraño, teniendo en cuenta lo importantes que habían sido para ella cuando era una niña.

No había mentido a Gardner respecto a su pasado, ni a la Navidad, pero no le había dicho que su hermana y ella habían madurado del modo en que lo habían hecho, gracias a sus propios esfuerzos más que a sus padres. Ellos sólo les habían proporcionado techo y comida.

Harley había odiado siempre los domingos y las largas horas que desde su más tierna infancia había pasado en la parte de atrás de la moto de su madre. Le hubiera gustado asistir a la escuela dominical y encontrarse al volver a casa un plato de pollo frito o de asado con puré de patatas.

En cuanto Everly y ella fueron lo suficientemente mayores como para quedarse solas en casa, sus padres extendieron sus horas de motorismo, haciendo que Harley se preguntara por qué habían tenido hijos, ya que no tenían tiempo para educarlos. La falta de atención por parte de sus padres había motivado que ella no quisiera tener hijos propios.

Aquel domingo era un ejemplo de la vida que llevaba. Viajes de compras que surgían en el momento más inesperado, sin tener en cuenta la época del año, o las necesidades de un niño. Harley recordaba muy bien su niñez, cuando sus padres no estaban allí cuando los necesitaba.

Y al fin y al cabo tenía que vivir con su propia conciencia.

Se bebió el té y se puso a pensar en cómo habrían sido los domingos de Gardner cuando era un niño, después se preguntó cómo los pasaría ahora y, finalmente, se dijo si aquel acceso de melancolía sería razón suficiente para llamarlo.

Capítulo 4

—¿Te llamo en un mal momento?

Sorprendido al oír la voz de Harley, tardó un momento en responder.

—No, no te preocupes. Cualquier momento es bueno.

—No estaba segura de encontrarte en casa.

Gardner se miró los vaqueros sucios y la camisa sudada y se preguntó si el destino había querido que le entrara hambre justo cuando Harley iba a llamar por teléfono.

—¿Gardner? —sonaba insegura.

—He entrado un momento a comer algo. Si me llegas a llamar un poco antes o un poco después, no me habrías encontrado.

—Entonces vas a volver a salir. Te he llamado en un mal momento.

Gardner dio un mordisco al bocadillo que se acababa de preparar y masticó lentamente. Además de su inseguridad, percibía sus ganas de hablar. De hablar en serio con un amigo.

Y le había escogido a él.

No quería decepcionarla, o decepcionarse a sí mismo, así que se sentó en una de las sillas de la cocina.

—Me has llamado en el momento oportuno, porque llevo levantado desde el amanecer y necesitaba descansar un poco.

—¿No te tomas los domingos libres?

—Alguna vez que otra. Intento ir a misa con Judson y Ty al menos dos veces al mes.

—¿Pero hoy no?

—No pude.

A Judson no le gustaba que su familia se quedara dormida en la iglesia y Gardner sabía que el único modo de que dormirse era mantenerse en movimiento. Tras la llamada de Harley y la ducha,

había estado cuidando de un caballo hasta el amanecer.

Aquella mañana estaba en movimiento gracias a la cafeína y a su fuerza de voluntad.

—Anoche uno de los caballos tuvo un accidente y lo atendí hasta que el doctor pudo llegar esta mañana.

—¿Tienes caballos?

Gardner se rió por lo bajo.

—Algunos.

—¿De carreras o ponis?

—No creo que deba responder a eso, Harley —tomó un pedazo del bocadillo y se lo metió en la boca—, sería decirte más sobre mí y mis negocios de lo que dijiste que querías saber.

—Probablemente tengas razón. ¿Te puedo preguntar otra cosa? —le dijo, tras un momento de silencio.

—Claro —y con el bocadillo aún en la mano echó la silla hacia atrás para apoyarse en la pared, al lado de la nevera.

—¿Cómo pasabas los domingos cuando eras un niño?

Sonrió ante lo absurdo de su pregunta.

—¿Además de las dos horas que me pasaba nervioso en misa, deseando llegar a casa para ver el fútbol?

—Así que eres aficionado al fútbol. ¿También jugabas en el colegio?

—No, no éramos bastantes para jugar en mi colegio. Podríamos haber tenido un equipo de seis jugadores, siempre que dos fueran mujeres.

—Estás de broma. Eso suena horriblemente... rural.

—Rural y aislado. Tú lo has dicho —dijo, preguntándose si había desagrado o incredulidad en la voz de Harley.

—Entonces, ¿cuántos erais en clase cuando te graduaste?

—Cuatro chicos y catorce chicas —dijo Gardner riendo.

—¡Vaya suerte que tuviste!

—Más suerte tuvieron los otros tres chicos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Harley

—Estaba tan ocupado en ampliar el negocio familiar que no entraba en la competición.

—No me sorprende.

—¿Por qué no?

—Por ese aura de hombre de éxito que se te nota al verte. El que la lleves con tanta naturalidad es porque lo haces desde hace mucho tiempo.

Volvió a echar la silla hacia delante y frunció el ceño.

—Me halagarías si no fuera porque ahora representa un problema.

—¿En qué sentido?

Gardner volvió a pensar en sus inexistentes herederos. Después, pensó en Harley. Sólo en Harley.

—Esa manera tan estrecha de ver la vida me ha hecho perderme muchas cosas. Me he estado preguntando últimamente —en realidad estaba pensando en los dos últimos días—, si es demasiado tarde para desquitarme por lo que me he perdido.

—¿Y qué crees que te has perdido? —preguntó, sonriendo.

Gardner pensó un momento, y recordó cómo había llegado a donde se encontraba en aquel momento. Había visto a su padre dejar pasar una oportunidad tras otra sólo porque no quería estar mucho tiempo fuera de casa. Gardner había dedicado muchos días a conseguir derechos de minerales, contratos petrolíferos, cría de ganado y programas de inseminación artificial.

Además de sus estudios universitarios, había hecho cursos sobre el mercado de los productos agrícolas, empeñado en hacer producir la tierra y en que su padre recordara que, además de una esposa, tenía dos hijos.

Tratando de no pensar en aquel pensamiento que tanto lo turbaba volvió a la pregunta de Harley.

—Lo que me he perdido ha sido no relacionarme lo suficiente. No he mantenido el contacto con ninguno de mis compañeros de instituto o facultad. Y el trabajo ha sido mi amante desde siempre.

—¿Es esa tu idea del sexo sin peligro?

Gardner se echó a reír.

—Sí, tal vez podrías decirlo así. Aunque creo que voy a tener que dejarla y sentar la cabeza.

—¿Y eso por qué?

—Me satisface a su manera, pero no puede proporcionarme un heredero —se echó hacia delante y sacó un refresco de la nevera—. Tyler tiene un gran futuro ante sí y Jud ha hecho el trabajo de diez hombres en una sola vida. Ninguno de ellos desea continuar lo que yo he empezado, así que si no me doy prisa, no voy a tener a quien dejar este imperio que he creado.

—¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Llevar una vida más tranquila después del ritmo de los últimos años, para educar a unos hijos.

Pensó en su juramento de no amar nunca y se preguntó si Harley lo habría percibido de alguna manera.

—Me he creado una vida buena y cómoda y el tiempo que empleo ahora en el negocio es más para mantenerlo que para expandirlo en realidad. Me gustaría compartir mi éxito antes de que sea demasiado viejo como para disfrutarlo. Y me gustaría saber que tengo a quien dejárselo tras mi muerte.

—Es un razonamiento muy bueno para querer una familia.

Gardner se echó a reír.

—Tal vez no lo he expresado de una manera tan romántica como le gustaría a una mujer. Quiero decir que tener una familia no es algo que planee hacer solo —sintiendo que se había metido en una conversación que se había vuelto demasiado profunda; Gardner terminó con—: ¿Entonces qué, Golden?, ¿te interesa?

—¡Para nada! Tengo cosas mejores que hacer los domingos que ver el fútbol.

—¿Ah, sí? Dime una.

—Hoy me voy de compras. Ya sabes como es eso. Demasiadas tiendas y poco tiempo.

Gardner dio un trago a su bebida.

—Desde luego es una buena manera de pasar el tiempo. Dime, ¿me gustaría lo que vas a comprar?

—Posiblemente no, lo que está bien, porque no voy a entrar en más conversaciones sugerentes contigo.

—No puedes soportar el calor ¿eh?

—Puedo soportar cualquier cosa que me echen, señor. Lo que pasa es que en este momento no tengo tiempo. Tengo que planear un viaje de negocios.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó, sin gustarle la noticia.

—Mañana. Y por desgracia no tengo nada que ponerme.

Que era exactamente como a él le gustaría verla. Sin nada encima.

—¿Harley?

—Mmmm.

—¿Me llamarás mañana?

—Depende.

—¿De qué?

—Si de ahora a entonces decido que hablar contigo vale la cuenta telefónica que me imagino voy a tener el mes que viene.

—Te llamaré yo. Dame tu número.

—Todavía no.

—Entonces llámame a cobro revertido.

—Me lo pensaré.

—Hazlo, y piensa una cosa, Harley Golden —le dijo, con el ceño fruncido—, yo soy la mejor inversión que has hecho en tu vida.

—Vaya, ¿tú crees?

Sintiendo que la temperatura de su cuerpo aumentaba de nuevo, se pasó la lata del refresco por la frente.

—Te lo digo de verdad. Soy una buena inversión.

—Vanidoso.

—Ya te dije que no mentía nunca.

—Bueno, si me quedan fuerzas después de un día de compras, te llamaré.

—¿Harley?

—Mmmm.

—Una cosa más.

—Sólo una —le dijo se la imaginó levantando un dedo—. Y no puede referirse a camas, duchas o camisones.

Gardner movió la cabeza. Disfrutaba del sentido del humor con que se tomaba un tema que casi se les había escapado de las manos.

—¿De qué se trata, Gardner? —le apremió, al ver que no hablaba.

—Me estaba preguntando si has obtenido lo que querías de esta llamada.

—Sí —le respondió con ese tono sexy que le encantaba oír—. Creo que sí.

—Muy bien. Hablaré contigo esta noche —colgó el teléfono y se quedó sentado en la cocina. El silencio de la casa le rodeó, haciéndole sentirse cómodo y a gusto.

No tenía por qué creer que no hubiera satisfecho la razón por la que Harley había llamado. Pero se temía que empezara a plantearse lo que estaba ocurriendo entre ellos, que se hiciera preguntas sobre sí misma.

Juraría que ya se las estaba haciendo. Se preguntó quién o qué la había hecho dudar. De todos modos se dijo que no pensaba renunciar a ella.

El hecho de pensar en Harley como la posible madre de sus herederos le hacía querer saber más de ella. Sus padres eran motoristas, le gustaba la comida vegetariana. Vestía ropa cara. Muy cara. No quería sacar conclusiones precipitadas, pero era de los que pensaban que más valía prevenir que curar.

Miró a su reloj y se dio cuenta de que pronto llegarían Jud y Ty, así que se debía apresurar a hacer uña llamada de teléfono.

Llamó a información y después anotó el número de teléfono en

una hoja de papel que dobló y se guardó en el bolsillo. Después, llamó a una persona que le suministraba todo tipo de información cuando la necesitaba.

Cuando volvió de compras, Harley ya había superado su extraño acceso de melancolía.

Hacía mucho que no compraba tantas cosas que no pensaba comprar en un día. Everly y Mona estarían orgullosas de ella.

Aquella falda larga vaquera y la camisa de algodón, junto a las botas de montar, serían perfectas para una subasta en el campo. Pero lo que estaba deseando estrenar era un par de vaqueros de color cereza, con una camisa a juego.

Ya no recordaba el tiempo que hacía que no se ponía unos vaqueros. Debía haber sido desde antes de Brad. Posiblemente su subconsciente le había jugado la mala pasada de haber seguido comprando ropa del estilo que le gustaba a Brad. Se preguntó si aquel día se había comprado aquello según sus propios gustos o según lo que creía que le gustaba a Gardner Barnes.

Sonó una llamada en espera mientras estaba reservando una habitación cerca de Fredericksburg.

—¿Quiere responder esa llamada? —le preguntó el empleado—. No me importa esperar.

—No, si es importante volverán a llamar —respondió, y terminó de hacer la reserva.

Cuando volvió a sonar el teléfono, acababa de salir de la ducha y estaba luchando para conseguir abrocharse los vaqueros, que parecían haber encogido una talla.

—¿Diga?

—Señorita Golden, soy el doctor Fischer.

Reprimió un lamento, y deseó que le preguntara si llamaba en buen momento para poder decirle que no..

—Doctor Fischer, ¿qué puedo hacer por usted?

—Le llamaba para preguntarle si ha tenido tiempo para mi

encargo.

—Me temo que no pude encontrar la botella en Spring. Ninguno de los dueños de las tiendas de antigüedades que visité recuerda haber visto ninguna últimamente. Pero sí encontré un peso de farmacia.

—¡Fantástico! ¿Cuándo puedo verlo?

—Se lo enviaré en el correo de primera hora de la mañana. Me voy al centro de Texas, así que no estaré de vuelta hasta finales de semana —no quiso decirle nada del material de hospital que podía encontrar.

—No es que esté decepcionado, pero tal vez tenga más cosas que enseñarme cuando regrese.

—Puede ser. He tenido siempre mucha suerte encontrando tesoros ocultos en subastas de poca importancia.

—Me llamará, ¿verdad?

—Por supuesto, doctor.

—Gracias. Y señorita Golden...

—¿Sí?

Se aclaró la garganta.

—Gracias por sus esfuerzos. Recrear la historia de la medicina se ha convertido en una obsesión para mí. Valoro mucho su duro trabajo.

—De nada —Harley colgó y se sintió culpable por haber pensado mal de aquel buen hombre.

Tras luchar un rato más con los pantalones, se los quitó, pensando que le resultarían incómodos para conducir.

Acababa de sacar el camisón de la cómoda cuando sonó el teléfono. Temiendo que pudiera ser el doctor Fischer de nuevo, dejó que saliera el contestador automático.

—Estoy ocupada en estos momentos —repitió con el contestador, añadiendo después ella sola—, y espero estarlo durante los próximas doce horas.

Sonó la señal y Harley esperó. Y esperó. Ya estaba a punto de

levantar el auricular cuando oyó:

—¿Harley?

Gardner la había encontrado. No sabía si estar emocionada o enfadada.

—No lo cojas si estás ahí.

Que se creía él que le iba a dar esa satisfacción.

—Sólo quiero que sepas que te he localizado. No quiero más secretos. No me voy a presentar en tu casa sin avisar. Podría encontrarte, pero dejaré que seas tú la que vengas a mí. Después de todo, es tu fantasía.

»Dime lo que quieres, lo que te excita, tus secretos más oscuros, tus deseos más profundos. Pero quedas advertida, esta noche te deseo con todas mis fuerzas y lo que puedo hacer con tu cuerpo es lo mismo que planeo hacer con tu mente. Llámame cuando ya no puedas esperar, más, llámame, llama... beeeeep.

Rebobinó la cinta y descolgó el teléfono, aunque sabía, casi con certeza, que no volvería a llamar aquella noche.

Le había dicho lo que quería... y lo que quería de ella. La cuestión era sí Gardner Barnes era el hombre que necesitaba.

Todavía había muchas cosas de él que no conocía. Cosas que todavía podían estropear su fantasía. ¿Dejaría restos de barba en el lavabo después de afeitarse? ¿La estrecharía contra él después de hacer el amor o se daría la vuelta y se echaría a dormir? Harley volvió a colgar el teléfono. De acuerdo, esperaría. Esperaría hasta cuando estuviera segura de que Gardner no lo podía soportar más. Entonces, le llamaría y le haría saber quién mandaba en esa relación.

¿Que quería fantasía? Se la daría. ¿Que quería secretos? Muy bien, tenía algunos que no le había dicho nunca a nadie. Le haría una llamada de teléfono que no olvidaría nunca.

Gardner no cesaba de llamarse estúpido a sí mismo, cuando el teléfono sonó.

Vestido por completo, sacó el teléfono inalámbrico al porche, lejos de la habitación y de su cama.

—Yo no quería que me encontraras —le dijo, con un tono más juguetón que enfadado.

—No té encontré a ti, Harley, sino tu número de teléfono.

—Mi número de teléfono te dice dónde estoy.

—Tu número de teléfono te sitúa en una de las ciudades más grandes del país —se estremeció al pensar que podía vivir así—. No voy a ir a Houston hasta que no me lo digas.

—Has incumplido las normas. Creo que mereces ser castigado.

—¿Castigado? —sonaba prometedor—. ¿En qué tipo de castigo estás pensando?

—Te lo voy a decir y me vas a escuchar con atención.

Bueno, se lo había advertido. Empezó a balancearse en la mecedora en que se había sentado y se dispuso a escuchar con atención.

—Soy todo oídos.

—He estado pensando en ti cuanto estaba en la ducha. No me había dado nunca cuenta de cuántos puntos difíciles de alcanzar hay en el cuerpo femenino.

—¿Además de la espalda?

—¡Te he dicho que escuches! —le riñó—. Si no te sabes comportar, dejaré de castigarte.

Se calló inmediatamente.

—Pensé que debía decirte que me cuesta llegar a la parte de atrás de los muslos. Me siento como una contorsionista, doblándome y retorciéndome. Si hubieras estado allí, todo habría sido más fácil.

—No, habría sido más difícil.

—Pero ya hemos hablado mucho de camas y duchas, aunque debo decir que cambié las sábanas pensando en ti. He puesto unas que me regaló mi hermana para mi cumpleaños el año pasado.

Gardner empezó a sudar.

—Son de raso. De color rosa con un jaspeado negro.

Gardner estiró las piernas y jadeó. Se dijo a sí mismo que no pasaba nada, que se encontraba bien.

—Iba a ponerme un camisón, pero pensé en ti.

Gardner se desabrochó dos botones de la camisa. La erección empezaba a notarse en el pantalón.

—Llevo puestas una braguitas, si se les puede llamar así. Cubren la mayor parte de lo que se supone deben cubrir. Las copas de encaje de mi sujetador no tapan nada. Pero imagino que de eso se trata, ¿no te parece?

Gardner se estaba excitando cada vez más.

—Oh, —continuó la Señorita Inocente, si es que alguna vez hubo una—, no sé si te he dicho que son negras. ¿Sabes? Cuando me voy a la cama enciendo unas cuantas velas, pensando en ti y la habitación huele a miel —murmuró con sensualidad—. Dejo el resto de las luces apagadas, para que se dibujen sombras en la pared. No sabía qué hacer con mi pelo y me lo recogí en un moño. Te dejaré que me lo deshagas. ¿Quieres?

—Hummm.

—Hasta me he pintado los labios —gimió como si se estuviera pasando la lengua por ellos—. Me pareció que sería divertido dejar marcas por todo tu cuerpo. Allí donde te bese. Y, ¿Gardner?

—¿Sí? —tan sólo consiguió decir.

—Tengo la intención de besarte en todos los sitios —dio un beso al teléfono—. Felices sueños.

Gardner colgó al darse cuenta de que Harley había colgado. Se quitó la camisa y las botas y corrió hasta el corral, donde se despojó de los pantalones y los calzoncillos y se tiró de cabeza al abrevadero de los caballos.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

Gardner se quedó mirando a su tío y después al montón de huevos revueltos y de tostadas con mantequilla que humeaban

sobre la mesa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por pequeñas cosas como ropa que me he encontrado tirada esta mañana por el patio. Pensé que algún tipo de fiebre te había hecho confundir el abrevadero de los caballos con tu bañera —Judson se volvió hacia él—. Pero ahora que te veo ahí mojándome el suelo y tapado sólo con una toalla, me pregunto si todavía tienes fiebre.

—Lo siento —murmuró Gardner—. Me he estado duchando en el barracón y no tenía ropa para cambiarme —se miró un momento —, ni una toalla más grande.

Después del chapuzón en el abrevadero, se sintió incapaz de dormir en su propia cama y se quedó en el granero, encima de unas cuantas mantas de montar.

La noche anterior había encontrado un gran alivio al sumergirse en el agua, pero en aquel momento se sentía ridículo mojando el suelo. Todos sus recuerdos de la noche anterior volvieron a él.

Ya vería esa Harley Golden. Cuando la pillara, sabría lo que era un castigo.

—¡Gardner!

Se apresuró a levantar la cabeza.

—Toma la fregona y limpia todo lo que has ensuciado —gesticulando con una mano, mientras que con la otra hacía más huevos revueltos—. Y también podrías limpiar las escaleras, ya que fuiste tú el que las ensuciaste. Y por el amor de Dios, chico, sujétate mejor esa toalla, que no estás en un espectáculo porno.

El agua seguía goteando por la espalda de Gardner y se colaba por la toalla que llevaba sujeta a la cintura.

Musitó un juramento y tomó la fregona de detrás de la lavadora, disponiéndose a limpiar el charco que había dejado y las escaleras.

Ty, bostezando, se encontraba en lo alto de las escaleras.

—¿Qué pasa, hermano mayor? ¿Te has olvidado de dónde está tu baño?

Gardner blandió el palo de la fregona como si fuera un arma. Ty

dio un paso atrás.

—La última vez que lo vi estaba a dos puertas del tuyo. Si tienes algún problema, te prestaré mi maleta.

—¿Por qué iba a querer irme a ningún sitio si tengo un asiento preferente en el espectáculo de Gardner Barnes? ¿O acaso se trata —se tapó una parte de la cara—, del Fantasma del Rancho, que lleva una toalla para ocultar su vergüenza?

—Yo te enseñaré lo que es la vergüenza —rugió Gardner, tirando el palo al suelo. Se quitó la toalla y, retorciéndola, antes de que Ty se pudiera dar cuenta se encontró con una pierna y las dos muñecas atadas juntas como si fuera una ternera—. Veamos cómo sales de esta, niño de colegio.

Ty intentó soltarse.

—Por lo menos no estoy desnudo en el vestíbulo.

—Tyler —se oyó gritar a Jud—, si está tu hermano ahí, dile que se dejó el maldito teléfono fuera anoche. Ya le he recogido las botas y la camisa que se dejó en el porche, pero tendrá que salir él mismo a recoger el resto de la ropa que se dejó en el corral.

Tyler sonrió.

—Así que sigues recibiendo llamadas nocturnas.

—No deberíamos estar hablando de mis llamadas, sino de la disculpas que me pusiste el viernes para no hacer tu trabajo, cuando te vi regresar sin un solo libro. Te los dejaste en casa de Tamara, ¿verdad?

Tyler enrojeció, pero se le ocurrió algo y sonrió.

—No sé, Gardner, creo que deberíamos hablar de qué hago yo aquí atado y tú ahí plantado desnudo.

—Vete a desayunar —dijo tras soltarlo—, y vuelve lo antes posible del instituto —se sujetó de nuevo la toalla a la cintura—. Y en cuanto a los estudios, haz que me enorgullezca de ti.

Se metió en la habitación. Sabía que se merecía todas las burlas de las que era objeto. Había dejado que su libido mandara sobre su cerebro.

Sabía por qué Harley había hecho lo que hizo la noche anterior.

Si su relación habría sido normal, la noche anterior habría sido su tercera cita. Harley había decidido mostrarle su fuerza, decirle que era su igual. Había tomado la iniciativa y, en vez de excitarlo con un beso, lo había hecho con la palabra.

Lo había excitado mucho, tanto que quería que aquello llegara más lejos. No quería decir a la cama, podía esperar. Aunque sabía que al final estaban encaminados a ella.

Era fabuloso que fueran tan compatibles sexualmente. La compatibilidad sexual era muy importante, sobre todo en un matrimonio sin amor.

Si no la hubiera visto nunca, se habría contentado con dejar que las cosas siguieran como estaban, pero después de haber visto lo hermosa que era, y de saber que a ella también le gustaba, quería ir más lejos.

Pensó que podía tomarse unos días libres. Judson tenía razón al decir que tenía fiebre. Y necesitaba curarse con urgencia.

Si llamaba aquella noche, averiguaría cuánto tiempo estaría fuera y, cuando llegara a casa, le encontraría esperándola. Entonces empezarían las cosas desde allí. Si no llamaba, lo primero que haría a la mañana siguiente sería ir a Houston.

El día anterior había conseguido su teléfono. Si no tenía noticias de ella aquella noche se lo daría a su fuente de información y averiguaría dónde vivía Harley exactamente.

Capítulo 5

Mona entró en la tienda el lunes por la mañana con unos pantalones pitillo de color verde manzana y una camiseta a juego.

En las orejas, llevaba unos pendientes con forma de frutas de sus colores correspondientes.

Se dio una vuelta delante de Harley.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Se aleja un poco de tu imagen, pero no sé en qué dirección.

Mona apoyó una de sus caderas en la mesa de Harley.

—He sufrido un tremendo ataque de nervios, pero he salido ilesa de él. Trae el desayuno.

—Eso está hecho.

Harley entró en la habitación contigua y regresó con una bandeja que contenía bollos y tostadas; así como mantequilla, queso fundido y mermelada de arándanos. La dejó en la mesa y llevó el té en otra, servido en porcelana de Limoges.

—Bien —dijo Mona mientras se untaba mermelada en una tostada—, creo que me voy a sentir mal más a menudo.

—¿Van las cosas mejor entre Gibson y tú?

—Digamos que tiene demasiadas cosas en mente.

—Como comprar alianzas de boda.

—A Gibson no le gustan las joyas.

—Entonces, ¿qué tal dos billetes para un crucero de luna de miel?

—Digamos que está reconsiderando si prefiere tener su crisis de los cuarenta o a mí.

—Ah, un ultimátum.

—Yo no lo llamaría así —abrió uno de los bollos y de repente frunció el ceño al ver la maleta de Harley debajo de su mesa—. Así

que lo hiciste, ¿verdad? Te pasaste el domingo por la mañana leyéndote los periodicuchos comerciales como predije.

—Sólo hasta el mediodía. Después, me fui de compras. También... hice un par de llamadas.

Mona abrió los ojos con exageración.

—¿Volviste a llamarlo?

—El sábado por la noche, el domingo por la mañana y el domingo por la noche. Me va a dar algo cuando me llegue la cuenta del teléfono.

—Las tarifas de los fines de semana son muy baratas. Además, piensa en ello como en una inversión. Estoy segura de que vale todo lo que te gastes —afirmó, mientras daba otro mordisco a su bollo.

Harley sonrió para sí, untando distraídamente más queso en el pan.

—Él dijo casi lo mismo.

—No es un tipo inseguro, ¿eh?

—No, ni pobre, ni poco atractivo. Fíjate que habló de mandar a su hermano a estudiar Veterinaria a una de las mejores universidades del país. No parecía asustado por lo que le costará. Hablaba de ello como si fuera algo habitual.

—Humm —Mona sirvió dos tazas de té—. Primero es muy guapo y ahora es rico. ¿Cuándo vas a volver a verlo?

—Si vuelvo a verlo, no será pronto. Me marcho mañana a una subasta en Fredericksburg. Creo que me pasaré unos días recorriéndome las tiendas que haya cerca de Austin y San Antonio.

Rechazó el bollo que le ofrecía Mona y dio un sorbo a su té.

—La señora Mitchmore me llamó esta mañana y me pidió que le consiguiera una mantelería de hilo. ¿Estás dispuesta a hacerte cargo del negocio el resto de la semana?

—¿Por qué no había de estarlo?

—No parecías muy animada la última vez que hablé contigo.

—Eso fue antes de que se presentara Gibson y me recordara por qué la clase de los mayores le habían escogido «El hombre con más

posibilidades de conseguir el éxito sin proponérselo».

—¿Tengo que empezar a buscar una cuna?

—No, pero sí un vestido antiguo de dama de honor. Sé lo que te gusta la ropa vieja.

—Casi tanto como la odias tú —Harley sonrió abiertamente y abrazó a su amiga con cariño—. Todavía no me puedo creer que el hombre más en contra de la institución del matrimonio haya formulado por fin la pregunta.

—Bueno, no exactamente —le dijo Mona al oído.

—¿Qué quieres decir con no exactamente?

—Bueno, si el pretende que invierta el resto de mi vida en su crisis de los cuarenta, sin olvidar el sacrificio que supone para mi hermoso cuerpo —añadió Mona, con un toque de dramatismo—, pensé que él debía comprometerse del mismo modo.

—Bien dicho y bien hecho —aplaudió Harley, preguntándose cómo se las habría arreglado la humanidad para sobrevivir en medio de crisis de los cuarenta y batallas de sexos—. Escucha, tengo que irme. Aquí te dejo el teléfono del hotel donde me voy a alojar. Te llamaré esta noche cuando llegue allí.

—¿Vas a llamar a alguien más esta noche?

—Lo pensaré —dijo, dejando su taza de té sobre la mesa.

Mona se chupó los dedos y la miró.

—Creo que Fredericksburg está bastante cerca de donde vive Gardner, a juzgar por su código telefónico.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué tipo de habitación crees que tendrá Gardner? —preguntó Mona con ojos soñadores.

—Tiene una cama con dosel y un edredón de algodón.

—Estáis hechos el uno para el otro —la miró con curiosidad—. ¿Cómo sabes tanto de su cama? Harley, ¿has tenido sexo telefónico?

Harley se dio cuenta de que se estaba poniendo roja.

—No, lo que pasa es que me preguntó por mi cama y yo le pregunté por la suya.

—¿Qué más te preguntó?

—Sólo acerca de mi camisón, el que me regaló Everly.

—¿Te refieres a ese objeto del pecado con tirantes?

Harley asintió.

—Y le hablé de las sábanas.

—No las...

—Sí las rosas y negras.

—Oh, Harley, ¿Qué estará pensando, de ti? Primero apareces ante él como una sofisticada mujer, vistiendo trajes de diseño, y ahora le hablas de esos temas. Has pasado de la sofisticación a la prostitución.

—¿Prostitución?

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Le has preguntado de qué va eso de Excalibur?

—No, pero sí le pregunté cuántas veces había utilizado la estratagema de la tarjeta de visita.

—¿Y?

—Me dijo que era la primera.

—Ese hombre va a por ti. Lo sabía —Mona le alcanzó la maleta —. ¿A qué estás esperando? Márchate, que yo llamaré al hotel para decirles que mañana te sirvan un desayuno para dos.

—¡Ni se te ocurra hacerlo!

Salieron de la tienda hasta donde Harley tenía aparcado el coche.

—Llámame, si te hacen algún pedido especial mientras esté fuera.

—No te preocupes —Mona dejó la maleta detrás del asiento de Harley— , te voy a llevar el negocio de tal modo que pronto podrás retirarte y vivir del modo al que mereces acostumbrarte.

Harley se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Y quién me va a proporcionar esa vida de rica y famosa?

—Gardner Barnes, por supuesto.

Harley puso el motor en marcha.

—Tal vez si consigo interesarle en un par de mis piezas más caras, podré retirarme por mérito propio.

—No seas aburrida, Harley querida. No tienes ningún sentido de la aventura. Necesitas que alguien te retire y te enseñe a divertirte.

Harley pensó en la aventura en que se estaba metiendo con Gardner.

—No sé, Mona. Tal vez te dé una sorpresa.

Harley llegó a Fredericksburg poco antes del anochecer, tras haber parado una vez por el camino. Tomó una cena rápida y después paseó por el jardín del hotel. Desde debajo de un inmenso roble, contempló la puesta de sol, que coloreó el cielo con unas hermosas tonalidades de rosa y azul.

Respiró profundamente y se preguntó cómo sería vivir en un lugar donde no hubiera contaminación ni ruidos. Y después pensó en Gardner, lo que ya había dejado de ser una sorpresa para ella.

Aunque le había insistido en que no le dijera a qué se dedicaba, se le había escapado decir que dirigía una empresa familiar. Harley se preguntó si todavía viviría en el pequeño pueblo del que4e había hablado.

Harley se dirigió al hotel, pero al llegar al porche se apoyó en una viga, cerró los ojos y respiró profundamente, absorbiendo el relajante silencio. Se dijo que aunque en aquel momento le hiciera tanto bien aquella calma no creía que podría vivir en otro sitio que no fuera una ciudad. No era que Gardner se lo hubiera pedido, pero si iban a continuar con aquella relación, y era lo que le pedían sus sentidos, tendría que enfrentarse a sus diferencias. Por muy compatible que le pudiera parecer en sus fantasías, la realidad era otra cosa.

Sabía que Gardner no se parecía en nada a Brad. En él, la lealtad era tan valiosa como su aspecto físico. Y él valoraba más la primera. Aquella combinación de valores morales y virilidad le convertía en un hombre muy atractivo.

Después de lo de la noche anterior, no sabía si volver a llamarlo. Tal vez se había excedido en el tono de la conversación, haciéndola parecer una llamada erótica del 900. ¿Qué pasaría si él le decía que no volviera a llamar?

De repente, se dijo que aquello no podría suceder. Aunque no se habían conocido en condiciones, compartían la intimidad de los amantes. Gardner había ayudado a su espíritu a recuperarse de las heridas sin cicatrizar que le había dejado Brad y aquel juego amoroso verbal la dejaba con deseos de algo más.

Aquella relación por una parte le daba la tranquilidad de las ya consolidadas y por otra parte la tensión del período de adaptación que se sufre cuando se inicia una nueva. Estaba preparada para dar un gran paso en la historia de las mujeres, o en la suya por lo menos. Le daría una oportunidad y al hacerlo se estaría dando a sí misma la más importante de su vida.

Una vez en su habitación, descolgó el teléfono y se acomodó entre los cojines que había encima de la cama. Le temblaba la mano.

—Harley —dijo, tan sólo tras la segunda señal acústica. Su cuerpo se llenó de una agradable calidez al oírle pronunciar su nombre.

—¿Tan predecible soy? —preguntó, riendo.

—Parece que no te hace mucha gracia —rió el también.

—Una mujer con la que trabajo me dice que necesito iniciar una relación.

—¿Y tiene razón?

—Puede ser, porque lleva ya un tiempo prediciendo cada uno de mis movimientos.

—Parece conocerte bien.

—Mejor que la mayoría de la gente que me rodea.

—Pues podríamos remediarlo, a no ser que todavía no estés lista —terminó diciéndole con suavidad.

—Creo que lo estoy.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—No he dormido mucho últimamente.

—Podríamos perder mucho sueño juntos, si me dijeras dónde estás.

Aquella noche, en la habitación del hotel, pensó que se encontraba a salvo aunque se lo dijera.

—Estoy en Fredericksburg, Texas.

—Creía que estabas en viaje de negocios.

A Harley le pareció que estaba un poco molesto.

—Y así es. Voy a asistir a una subasta mañana.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí?

—No estoy segura. He anulado mis compromisos para el resto de la semana. Si mañana no encuentro lo que necesito en Fredericksburg, buscaré en otro sitio.

Gardner se echó a reír, con aquella risa tan masculina que resultaba tan peligrosa para su cuerpo. Se quitó las zapatillas y cruzó las piernas.

—No te preocupes por mañana, Harley. Estoy seguro de que vas a encontrar justo lo que necesitas.

—¿Tanto sabes acerca de mí?

—Sé mucho. Recuerda que soy tu fantasía —sí que lo era. Claro que lo era—. Además desde anoche te conozco mejor de lo que tal vez te gustaría.

Harley se apretó la mejilla con la palma de la mano.

—Gardner, en cuanto a anoche...

No la dejó terminar.

—No se te ocurra arrepentirte de una sola palabra.

—¿No estás asqueado?

—¿Asqueado? ¿Bromeas?

Harley se encogió de hombros.

—Después de colgar me sentí... no sé... como una mujerzuela.

—¡Harley! —le dijo, asombrado—, serías una mujerzuela si lo

hicieras para ganarte la vida. Pero fui yo quien te pidió que lo hicieras. Lo hiciste por mí, ¿no es así?

A Harley se le encogió el estómago al pensar en él acariciándole el vientre, para ayudarla a liberar el fuego que había en su sangre.

—Sí, lo hice por ti.

—Bien, eso era lo único que quería saber —Harley se lo imaginó pasándose los dedos por el pelo, mientras se paseaba por la habitación—. Lo que tú y yo nos digamos en privado no le importa a nadie. Podemos ponernos todo lo íntimos, personales o ¡por qué no! eróticos que nos dé la gana, siempre que tengas claro que no voy a poder seguir conformándome sólo con palabras durante mucho tiempo más. ¿De acuerdo?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me respetes por la mañana —le dijo, y contuvo la respiración.

—Claro que te respetaré, Harley —sus palabras eran una caricia para sus sentidos—, sobre todo después de la noche.

—¿La noche?

—Sí, la noche, ya sabes esas horas de oscuridad entre el anochecer y el amanecer —su voz se había vuelto más dulce, más cálida y penetraba suavemente dentro de su ser.

—Ya sé lo que es la noche —respondió finalmente.

—Y también sabes lo que son secretos. Y deseos. ¿Te he contado alguna vez mi fantasía? ¿Lo que nos sucede a ti y a mí por la noche?

Harley consiguió a duras penas tragar saliva.

—No.

—Las apariencias dejan de contar, Harley. Todos los muros y defensas. Sólo tú y yo somos importantes. Nada más.

—Haces que suene muy sencillo —consiguió decir, esforzándose por reír.

—Es tan sencillo como sumar uno y uno, Harley. Empezamos

con la noche, después poco a poco empezamos a añadir los secretos…

Harley creyó que se le paraba el corazón. Tenía la respiración entrecortada. '

—Después viene el deseo. Luego, tú. Y finalmente yo…

—¿Y qué ocurre entonces? —susurró.

—Eres inteligente, Harley. Creo que no te será difícil imaginar lo que estoy pensando.

Eso era lo que se temía. Y lo que quería. Incluso sin saber de él más de lo que sabía lo deseaba con toda su alma.

—Preferiría que me lo dijeras tú.

—¿Crees que te engañaré? ¿Acaso te parezco ese tipo de hombre?

Harley pensó que ojalá no.

—No sería la primera vez que me engañan.

Gardner tardó un poco en contestar.

—La sinceridad o forma parte del hombre o no. Si te engañaron, lo siento. No te lo mereces.

—¿Y cómo sabes lo que me merezco? —le preguntó, con un poco de brusquedad.

—Nadie merece que le engañen.

—No creo que a quien me engañó le importaran mucho mis sentimientos. En su caso uno y uno no bastaba. O tal vez yo no era lo bastante mujer para él. Lo siento, no te he llamado para hurgar en el pasado.

—¿Por qué llamaste?

—Para averiguar qué íbamos a hacer con el presente.

—¿Con el presente? ¿Te refieres tal vez a que quedemos de verdad?

Harley jugueteó con el cable del teléfono, enrollándoselo en el dedo.

—Ya sé que existen algunos obstáculos como el tiempo, la

distancia y nuestros respectivos compromisos de trabajo...

—Esos obstáculos no tienen la más mínima importancia, Harley, una vez que hemos superado el más importante.

—¿Te refieres a mí?

—Entiendo que necesitabas tiempo. Pero sea lo que sea lo que te ha hecho cambiar de opinión, me alegro de que haya ocurrido.

Ella también se alegraba y un cosquilleo le recorrió el cuerpo ante la perspectiva de volver a verlo.

—¿Qué te gusta hacer cuando quedas con una chica, Gardner Barnes?

—Ya no me acuerdo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Debes de tener la imaginación un poco oxidada.

—No me falta imaginación, pero aún no me has dado la oportunidad de demostrártelo. ¿Por qué no me dices tú lo que te gustaría hacer para que todo salga perfecto. No quiero desilusionarte.

Harley pensó que podría hablar con él durante horas sin que la decepcionara.

—Piensa en tus tiempos de instituto. Yo no soy muy diferente de esas chicas con las que salías. Sólo un poco mayor —y mucho más sabia, pensó con ironía—. Me gusta que me cortejen, que me regalen flores, que me lleven a cenar a restaurantes íntimos, a la luz de las velas, que me abran la puerta o me retiren la silla.

—La última vez que le abrí la puerta a una mujer, me dijo que no necesitaba a nadie para hacerlo. Parecía bastante enfadada.

—Yo tampoco necesito a nadie que lo haga, pero esas muestras de ternura significan mucho para mí como mujer. Puedo estar trabajando en un mundo de hombres, pero eso no me convierte en hombre. Soy muy joven para haber quemado mi sujetador, pero de todos modos no creo que lo hubiera hecho de haber vivido la época hippie. Disfruto de las diferencias que hacen de mí una mujer.

—¿Me estás sermoneando?

—Lo siento —se disculpó, dolida.

—No lo sientas. Me gustan las mujeres que son muy mujeres y que pueden estar a la altura de los hombres, sin convertirse en uno de ellos.

—Siendo tan tradicional, creo que debes ser tú el que planee la cita.

—Lo haré encantado.

—¿Quieres que nos encontremos en algún sitio cerca de aquí o esperamos a que regrese a Houston y los dos veamos cuando estamos libres de compromisos de trabajo?

—¡Cuánta espontaneidad, Harley!

Harley podía imaginarse su risa irónica.

—La próxima vez que utilices la estratagema de la tarjeta de visita, infórmate primero de dónde vive la chica.

—Si se da la ocasión de una próxima vez, no me molestaré en dar mi tarjeta. Pediré lo que quiera sin más preámbulos. Llámame cuando pienses irte de Fredericksburg, y veré lo que puedo hacer para que quedemos.

—¿Hasta mañana entonces?

—Sí, hasta mañana —dijo, con tal intensidad que Harley se estremeció—. Y, ¿Harley?

—¿Sí, Gardner?

—Me alegro de que no quemaras tu sujetador, porque voy a disfrutar mucho quitándotelo.

—¡Vendido!

Harley no pudo evitar sentirse decepcionada, porque aquel camisón, que era lo último que se había subastado, era lo único que quería para ella. Había llegado pronto al granero donde se celebraba la subasta, colocado su silla plegable en una de las filas del centro, inspeccionado todos los artículos que se subastaban y recogido la tarjeta de puja. De no haber sido por aquel camisón, ya

haría un buen rato que estaría en la carretera.

Echó un vistazo por encima del hombro, pero la muchedumbre le impidió ver quién era el idiota que tenía el descaro de poder permitirse pagar, aquella suma. El hecho de poder gastar el dinero de los demás con tanta generosidad hacía que se sintiera más frustrada cuando no podía permitirse gastarse una gran suma en algo que le gustaba. Maldita sea, le gustaba aquel camisón.

Por lo menos el doctor Fischer sería feliz. Había encontrado alguno de los objetos de uso médico que le había pedido. Se sintió feliz al darse cuenta de que ya casi había terminado su negocio con él.

Se acercó a pagar lo adquirido y mandó que se lo enviaran a casa. Prefería pagar el seguro y los portes, antes que arriesgarse a que algo se le pudiera romper por el camino.

Sin embargo no había tenido suerte con la mantelería de hilo de la señora Mitchmore, así que, a pesar de lo que le gustaría quedarse a pasear por el pueblo y llamar a Gardner desde allí, sabía que tenía que ponerse en marcha. Lo llamaría desde donde tuviera que parar a pasar la noche. Su cita tendría que esperar.

Se marchaba con pena. Por primera vez, un viaje de compras resultaba ser un engorro en vez de un reto.

—Perdone —dijo, abriéndose paso entre dos señoras que discutían por el precio que había pagado una por un recipiente para guardar galletas de Snoopy.

Justo en el momento en que pasaba, una de ellas abrió su bolsa y se le cayó todo lo que llevaba dentro: una colección de libros de Mary Poppins, botones, chapas de botellas de cerveza, un sobre con sellos y una muñeca Barbie antigua.

—¿Te das cuenta, Helen? Ya te dije que esa bolsa iba a ser tu perdición —le reñía la otra mujer, señalándola con el dedo, sin arrodillarse a ayudarla a recoger las cosas.

Helen se había sonrojado como una niña pequeña y la miraba con tristeza.

—Ha sido culpa mía. La he empujado sin querer —le dijo Harley, agachándose a ayudarla.

—No se preocupe, señorita. Ellen siempre me está diciendo que deje las cosas en el coche, pero a mí me da miedo que me las roben.

Para entonces un grupo de personas estaba ayudándolas a recoger chapas de botellas de cerveza y botones.

Harley recogió la Barbie y limpió un poco sus cabellos plateados.

—No se preocupe, Helen. La ayudaremos a recogerlo todo —le dio la muñeca—. ¿Es para su nieta?

—No es para su nieta —intervino Ellen, malhumorada—. Tiene cajas llenas de muñecas en la casa. Muñecas encima de la televisión, encima del tocador, encima del frigorífico.

Helen se encogió de hombros.

—Me gustan las muñecas.

—¿Sabe lo que le digo, Helen? Guarde bien ésta porque algún día va a valer mucho dinero. Y ahora terminemos de recoger todos los botones.

Harley se agachó para recoger un cenicero de latón en forma del edificio Empire State cuando alguien la empujó y la hizo perder el equilibrio.

Se sujetó a la pierna deja de un hombre en vaqueros que estaba a su lado para no caerse.

—Gracias —dijo, ya de pie.

—De nada —le respondió una voz muy liar.

Delante de ella, se encontraba Gardner Barnes.

Capítulo 6

La última vez que lo había visto ella llevaba puestos unos vertiginosos tacones y él unos mocasines italianos, tal vez por eso no le había parecido tan alto como en aquel momento.

En el avión, no habían estado tan cerca, tal vez por eso no se había dado cuenta del pecho tan musculoso que tenía.

Pero por mucho que tratara de explicárselo no encontraba ninguna razón por la que le parecía tan sexy, de un atractivo tan masculino que le quitaba la respiración.

Incluso cuando se le acercó tanto que tuvo que echar la cabeza hacia atrás, no pudo dejar de mirarlo a los ojos. Unos ojos que no recordaba que fueran tan verdes, ni que estuvieran tan llenos de vida.

Le vio mover el brazo y le pareció más un sentimiento que una imagen. Temblorosa, Harley aspiró su aroma a jabón y a ropa secada bajo el sol y esperó a que la tocara.

Acercando la cabeza a la suya, Gardner le pasó el dedo por el labio inferior, deteniéndose en el centro hasta que Harley se lo humedeció.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Harley Golden?

—No sabía que eras un vaquero —fueron las primeras palabras que le vinieron a la cabeza.

Le acarició ambos lados de la cara con los nudillos y luego el cuello con la mano abierta. Sus dedos se enredaron en los cabellos de Harley.

—¿Es algo que te preocupe?

No sólo no le importaba, sino que desde el momento en que sus ojos se habían encontrado, el resto del mundo había dejado de existir. Instintivamente negó con la cabeza.

—Me alegro —el borde de su sombrero vaquero proyectaba una sombra sobre la cara de Harley— porque no creo que pueda esperar más.

La calidez de, su sonrisa le hizo cosquillas en las mejillas, sus pezones se endurecieron y Harley tuvo la impresión de haberse pasado la vida esperándolo.

Gardner deslizó la mano desde el cuello femenino hasta su hombro y dio un paso atrás.

Al recuperar un poco de espacio, Harley pareció recobrar la conciencia de lo que la rodeaba, a oír los murmullos de la gente, el ruido de papeles y de martillos que golpeaban clavos. Nunca había perdido la noción de lo que la rodeaba de ese modo al sentir el roce de alguien.

Gardner Barnes, era un hombre peligroso.

Aun así se fue con él gustosa. Caminaba a paso ligero, sin darse cuenta de lo deprisa que le latía a ella el corazón. Tenía el pulso más acelerado que si acabara de hacer deporte.

Salieron del granero en cuestión de segundos y Harley parpadeó ante el repentino brillo del sol. Ninguno de los dos dijo una palabra. Ella no pudo. Sus sentidos estaban descontrolados, eran un torbellino. Sólo con el roce de su mano la había convertido en un manojo de nervios.

Aunque tal vez se había empezado a poner nerviosa la primera vez que la miró o cuando le dijo tanto en tan pocas palabras.

La falda vaquera se le arremolinó en las pantorrillas. El maletín le golpeó en las piernas y sintió la calidez de la mano de Gardner incluso a través del algodón de su chal.

La guió hacia la parte de atrás del granero, pasando cerca de unos cajones de embalaje llenos de paja. No se veía nada más que parte del aparcamiento y a lo lejos las colinas del centro de Texas.

De repente, la pared del granero se encontraba a su espalda y las manos de Gardner a ambos lados de su cabeza. Estaban tan juntos que apenas podía pasar el aire entre sus cuerpos. Los ojos de él brillaban encendidos y su pecho subía y bajaba en entrecortada respiración.

Estaba muy excitado. Se notaba en cómo le tiraban los vaqueros a la altura de la cremallera.

Harley dejó caer al suelo el olvidado maletín. Un calor casi

insoportable invadió su cuerpo al darse cuenta de que la deseaba y no le avergonzaba que se diera cuenta.

—¿Cómo me encontraste? —se tocó el labio superior con la lengua.

—Tú misma me dijiste dónde estabas —dijo, sonriendo.

—No creí…

—Calla —le puso dos dedos en la boca—. Esta vez me toca hablar a mí, ¿recuerdas?

Moviendo los labios contra las yemas de sus dedos, consiguió asentir a duras penas, porque mientras hablaba se había acercado más aún.

—Muy bien —retiró la mano y la tocó sólo con la mirada. Primero la cara, después el cuerpo, deteniendo sus ojos ardientes en la cintura femenina—. ¡Dios mío, qué hermosa eres! —sonrió y levantó la cabeza—. Y estás nerviosa, ¿verdad?

—Un poco.

Su ansiedad era tan obvia, que Harley pensó que su pregunta sobraba, pero su nerviosismo se debía más al deseo que a la inseguridad que le pudiera provocar la situación. No quería dar un paso en falso y frustrar lo que deseaba con tanta ansiedad.

Las muñecas de Gardner le rozaron las mejillas, mientras con las manos en la pared aguantaba el peso de su cuerpo. Tenía las piernas abiertas y con cada respiración entrecortada sus cuerpos se juntaban un poco más y la tela vaquera de sus pantalones rozaba la tela vaquera de la falda de ella.

Harley quería acortar más esas distancias; apretar su cuerpo contra el del objeto de su deseo y cumplir así la promesa de aquel primer encuentro. Partir hacia un lugar donde las diferencias, los pasados o los presentes no tuvieran importancia.

Lo que Harley quería era su sueño olvidado. Su ilusión de una vida perfecta, donde un hombre y una mujer estuvieran juntos para siempre.

Su brillante mirada la impidió moverse, y entonces bajó la cabeza y la rozó con la boca, pero ella quería más, así que lo abrazó y entreabrió los labios.

Sabía a tierra y a hombre. Olía a aire fresco, piel limpia y a... él. Era un aroma misterioso y potente, tan elemental como el sol, tan primitivo como la tierra. No veía ni un atisbo del hombre superficial que una vez había creído que era y se alegraba de ello.

Al sentir que necesitaba más, jugueteó con la lengua en el borde de los labios masculinos. Apoyó las manos en su pecho y palpó aquellos músculos, que no se habían formado entrenando muchas horas en un gimnasio, sino trabajando al aire libre. Era un tipo de hombre que Brad nunca podría entender. Le acarició la nuca y jugueteó con su lengua, mostrándole cómo se sentía, cuanto lo deseaba.

Sí, lo deseaba con todas sus fuerzas, hasta sentir dolor, hasta no estar segura de donde terminaba la pasión y empezaba la necesidad. Le acarició con suavidad en el nacimiento del pelo y se apretó más contra él.

Gardner respondió besándola con más pasión y subiéndole frenéticamente la falda. Le agarró el trasero con las palmas de las manos, frunciendo la tela vaquera hasta que subió rozando el borde de las botas femeninas, la parte de atrás de sus rodillas, sus muslos.

Harley abrió las piernas al sentir la suave caricia del aire contra su piel desnuda y la búsqueda urgente de los dedos de Gardner, dejándole claro que necesitaba estar aún más cerca de ella.

La misma necesidad que sentía Harley, una necesidad que la estaba devorando.

Aquel hombre había estado cuatro días alimentando su imaginación con imágenes llenas de erotismo, para llegar a aquello: a sentir la boca masculina contra la suya, su cálida respiración contra su ya ardiente piel. Tenía los pezones endurecidos y apretó los muslos, entre los que los dedos de Gardner hurgaban ansiosos.

Apartó la boca rozándole las mejillas con su barba incipiente.

—Necesito más, Harley.

—Sí.

Harley no supo si era una invitación inconsciente o una promesa, pero le dio igual. Gardner parecía saber. La agarró por la cintura y la sentó sobre uno de los cajones de embalaje y después dejó caer su sombrero hacia atrás.

Sin decir una palabra, volvió a besarla y le subió la falda. Al rozarle la suave piel de los muslos gimió de deseo.

Harley luchó por acercarse más a él y, sin dejar de besarlo, trató de quitarle la camisa. Le separó las piernas y Harley las abrió por completo.

Harley sintió una imperiosa necesidad de que la tocara, de que la tomara, para así calmar el dolor con el que llevaba viviendo desde la primera vez que hablaron por teléfono. Gardner deslizó los dedos bajo su falda hasta meterlos por el borde de sus braguitas.

Harley se levantó y la prenda de raso y encaje se deslizó por sus piernas y sobre las botas. Después él empezó a acariciarle el húmedo sexo y Harley se dio cuenta de que estaba lista.

Lo apretó contra ella y empezó a acariciarle las nalgas, la parte de atrás de los muslos, dándose cuenta de que respondía a cada caricia. Harley sintió ganas de gritar al darse cuenta del poder que tenía sobre él.

Deslizó los dedos bajo los pantalones masculinos y le acarició la piel desnuda. Harley pensó que aquello era una locura, mientras sus dedos temblorosos trataban de desabrocharle el cinturón. Continuó repitiéndose que era una verdadera locura, mientras le desabrochaba el botón superior del pantalón. No conocía a aquel hombre, y sin embargo lo conocía por completo.

Así que cuando le apretó la mano para detenerla, no se sorprendió del todo.

—Esto es una locura, Harley —murmuró contra la piel de su cuello, humedecida por tantos besos.

—Ya lo sé.

—Tenemos que detenernos.

—Lo sé —respondió, preguntándose acto seguido qué estaban diciendo.

—Ahora, Harley. No puedo hacer… no tengo… maldita sea, Harley. Para.

Harley se puso tensa, y trató de salir de la nube de emociones en que estaba inmersa. Trató de liberar sus manos. Quería apartarlo de su lado y salir corriendo hasta su coche para que no viera lo

avergonzada que se sentía.

Se le había echado encima como una mujerzuela y él la había rechazado. No la deseaba, y sin embargo, no la dejaba marchar. Sintió ganas de llorar.

—Harley.

Le soltó las manos y ella se apresuró a bajarse la falda. Después, la agarró por los hombros y le levantó la barbilla con dulzura.

—Harley, mírame.

Lo hizo de mala gana y vio que sus ojos no habían perdido el fuego que había visto en ellos poco tiempo antes.

—No quería que esto llegara tan lejos, que fuera tan rápido. Además no tengo preservativos —le acarició la mejilla con el pulgar, sonriendo con dulzura—. Me vuelves loco, Harley Golden. Me haces perder la cabeza y te mereces algo mejor que un revolcón rápido sobre un cajón de embalaje.

Harley bajó los ojos y lamentó ponerse roja con tanta facilidad.

—Pensé… no estaba segura…

—¿De qué? —le preguntó, acariciándole el cuello con la punta de los dedos.

Trató de encontrar una respuesta, pero estaba confusa. Los dedos de Gardner iban bajando cada vez más.

—Me detuviste, y no estaba segura de si…

—¿De qué? ¿De sí te deseaba o no?

Había llegado hasta su escote. Acercó los labios a él y le pasó la lengua entre los pechos, después subió hasta su nuca y la besó con pasión.

—¿Pensaste que había cambiado de opinión? —le preguntó, sin parar de chuparla y mordisquearla.

Se la estaba comiendo viva. Harley pensó que aquello tenía que significar que la deseaba.

—Dame la mano —le ordenó él.

Le obedeció, y aunque sorprendida al principio, le permitió que le apretara la palma de la mano con firmeza por encima del

pantalón sobre su miembro erecto.

—¿Te das cuenta de cuánto te deseo? Pero no quiero que suceda aquí. Porque va a suceder, y tú lo sabes, ¿verdad?

Harley asintió. Tenía la boca seca.

Se agachó y recogió el maletín y las braguitas. El maletín se lo entregó, pero la prenda íntima se la guardó en el bolsillo de atrás del pantalón.

—Y ahora vayámonos de aquí.

La bajó del cajón de embalaje, recogió el sombrero y tomándola de la mano se dirigieron la parte delantera del granero.

Harley se dio cuenta de que ya no quedaban coches en el aparcamiento, tan sólo los de quienes estaban limpiando.

Gardner no se volvió a mirar. No pronunció una sola palabra. Tenía la vista fija en una camioneta aparcada al otro extremo de donde había dejado ella el coche.

De repente, pareció darse cuenta de que tenían dos vehículos. Se detuvo y movió la cabeza hacia el Blazer de Harley.

—¿Es ese tu coche?

Ella asintió y esbozó una sonrisa temblorosa, nerviosa aún por lo que había pasado y lo que estaba por ocurrir.

—Vamos —la apremió él.

Cuando llegaron al coche, sacó las llaves y sé subió a él. Gardner permaneció fuera con una mano apoyada en el techo del coche y la otra en la portezuela, inclinado hacia ella.

Se quedó mirándola, una mirada intensa y abrasadora, con tanta vida que no pudo resistir la tentación de alzarse y besarlo en aquella parte de los ojos donde el sol había dibujado pequeñas arrugas. Entonces, Gardner le sonrió y ella se enamoró de él.

—Dijiste que no tenías ningún compromiso para el resto de la semana —le dijo, jugueteando con uno de sus rizos entre los dedos —. Pasa esos días conmigo.

—¿Aquí?

—No, en mi rancho.

—¿Es ese rancho el negocio familiar? —le preguntó, con una sonrisa.

—Así es —le colocó el rizo detrás de la oreja—. ¿Dónde te alojas?

—En un hotel de la calle Main.

—Entonces, te seguiré hasta allí y esperaré a que hagas la maleta.

—¿Es esta nuestra cita? —le preguntó ella.

—Imagino que sí —respondió con una sonrisa inocente.

—A las chicas nos gusta que nos cortejen, Gardner, no que nos den órdenes.

Se tocó todos los bolsillos.

—No llevo encima ni flores ni diamantes, Harley.

—Entonces me conformaré con un sencillo «por favor».

Gardner hincó una rodilla en el suelo, se quitó el sombrero y le tomó una mano.

—Harley Golden, ¿me harías el honor de pasar el resto de la semana conmigo?

—No está mal, Barnes.

—¿Y bien? —se volvió a poner el sombrero—. Estoy esperando.

—Me encantaría.

Gardner se puso de pie y señaló la camioneta.

—Tengo que devolverla. Podemos dejar el Blazer en el aeródromo.

—¿El aeródromo?

—Si, he dejado allí el Cessna.

Se inclinó hacia ella y la besó. Después, cerró la portezuela y se alejó dando grandes zancadas, con paso firme y unos hombros tan anchos como para soportar el peso de una familia.

Aquel hombre tenía un Cessna, le daba lo mismo regalar flores que diamantes y pensaba mandar a su hermano a estudiar Veterinaria.

Y la bandera blanca que ondeaba en el bolsillo de sus pantalones eran sus braguitas.

No sabía qué era peor, si morir de frustración sexual o de excitación.

A Harley en aquellos momentos un revolcón rápido sobre un cajón de embalaje le hubiera parecido una maravilla.

Recogió el camisón, y ya lo iba a guardar, cuando empezó a acariciarlo, soñadora.

Cerró los ojos y le pareció sentir el roce de la prenda contra la ropa interior de Gardner, contra la polvorienta piel masculina, contra unas sábanas, un suelo de madera. El deseo se apoderó de ella como un torbellino.

Nunca había soñado con un cowboy. Un hombre de vaqueros ajustados y botas de montar.

Cuando dejaron el granero, Gardner la había seguido hasta el hotel. Le había estado viendo continuamente por el espejo retrovisor. Su presencia le resultaba intimidadora, intoxicante. Era un cazador, un depredador, un macho persiguiendo a su hembra.

Ella era su hembra y allí estaba esperándola; el sombrero bajo, apoyado en el tronco del roble. Los pulgares sujetos a las trabillas del cinturón y una de las piernas flexionadas contra el árbol. Harley se acercó a la ventana, descorrió un poco la cortina y frunció el ceño.

Por lo menos allí lo había dejado cuando corrió a su habitación para hacer la maleta.

Sabía que no se iba a marchar sin ella. Le había dejado muy claro antes de apartarse del coche, con los labios todavía húmedos por su último beso, que le daba media hora.

Harley se pasó la lengua por el labio superior y pensó que no cabía duda de que aquel hombre sabía cómo besar. Una semana recibiendo esos besos resultaba de lo más atractiva. Una semana sintiendo esos besos que después los llevarían a...

Harley se estremeció. No, no podía pensar en ello.

Sin embargo, su cuerpo traicionero no podía pensar en nada más que en el roce de aquellos dedos ásperos sobre la piel de sus muslos o en el breve pero delicioso roce de la lengua masculina sobre sus pezones erectos. Sus dientes mordisqueándola, sus labios besándola.

Temblorosa, se tocó el chupetón que le había hecho en el cuello y recordó los músculos de su pecho, aquellos hombros anchos y la erección de su sexo, que ella misma había palpado.

De repente, oyó unas pisadas firmes acercarse a la puerta. Era el sonido de unas botas al caminar sobre el suelo de madera de roble. Se detuvo; el picaporte de la puerta se movió; los goznes chirriaron. Harley se abrazó al camisón y dejó de respirar.

Gardner entró en la habitación y dejó que la puerta se cerrara tras de sí.

La temperatura de la habitación pareció subir varios grados y Harley sintió que el corazón le latía apresuradamente y que su cuerpo se moría de ganas de ser poseído por aquel vaquero de ojos verdes que tenía muy cerca de ella.

Se quitó el sombrero y lo depositó encima de la mesa que había debajo de la única ventana de la habitación y después se llevó las manos al bolsillo y tiró las braguitas de Harley encima.

No cabía duda de que aquella habitación era demasiado pequeña para dos personas. No podía dar un paso sin introducirse en el aire que él respiraba. Así que no se movió.

—¿Has terminado de hacer la maleta? —le preguntó, señalando el camisón al que aún se abrazaba como si fuera su tabla de salvación.

Miró al camisón con una sonrisa tímida y respondió:

—Sí, sólo me queda esto.

—Muy bonito. Me gusta.

Se desabrochó el cinturón, lo sacó de las trabillas y lo dejó sujeto al cabecero de la cama.

—Creí que tenías prisa en llegar al rancho —consiguió decir Harley.

—Y así es —tiró una caja de preservativos sobre la cama—. Pero algunas cosas pueden esperar, otras no.

—¿Quieres decir?... —movió la cabeza hacia la cama.

—Sí.

También movió la cabeza en la misma dirección, al tiempo que se desabrochaba los botones de la camisa, quitándose después las botas. Harley abrió los ojos de par en par al ver el brillo malicioso que tenía su mirada y aquella sonrisa que la seducía.

Gardner se puso las manos en la cintura y la camisa abierta le colgó a ambos lados.

—Y ahora, quítate la ropa.

Capítulo 7

—¿Quieres que me quite la ropa?

Gardner asintió.

—¿Aquí?

Volvió a asentir.

—¿Ahora?

Movió la cabeza una vez más, afirmando.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Quieres ayudarme?

—No —dijo con voz ronca por el deseo—. Prefiero mirar.

—Muy bien —se encogió de hombros y tiró el camisón a la maleta que permanecía abierta.

Movió la chaqueta de un hombro al otro y después la dejó deslizarse por sus brazos, sonando como un suspiro al caer al suelo.

Gardner admiró aquellos pechos voluptuosos.

El sujetador blanco hacía juego con las braguitas que había dejado sobre el sombrero.

Se desabrochó el sujetador, se bajó las tiras de los hombros y la prenda íntima cayó.

Gardner sintió que la sangre no le llegaba a la cabeza, aunque sí seguía alcanzando su sexo.

Su erección daba fe de la resistencia del pantalón vaquero, más que meses montando a caballo.

Harley le sonrió provocativa y, con manos temblorosas, se desabrochó los tres botones de la falda. Tenía los pezones erectos, suplicando ser acariciados. Gardner tragó saliva.

La falda cayó al suelo.

Sus caderas estaban hechas para acoger a un hombre y sus piernas para sostenerlo una vez que la hubiera poseído. Tenía el

vientre liso y el sexo oculto bajo un remolino de rizos, que él quería apartar con la lengua. Sintió que le caían gotas de sudor por el cuello, pero no pudo moverse paja limpiarlas.

Harley Golden encarnaba todo lo que una mujer puede ser, desde el misterio de la inocencia, la locura de la seducción o el excitante potencial de ser capaz de llevar en su seno a un hijo suyo.

Se sentó en la única silla que había en la habitación.

—Ven aquí.

Ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior.

—¿Por qué no? —preguntó con una cierta aprensión.

—Prométeme que no te vas a reír —le pidió, insegura.

—¿Por qué habría de reírme?

—Te parecerá estúpido, pero lo quiero hacer bien.

—Harley, cariño, si lo hicieras aún mejor no estaría aquí ahora.

—¿No?

—Estaría bajo tierra con una lápida que dijera: aquí yace Gardner Barnes, que murió de un exceso de excitación —Harley enrojeció y a él le encantó—. Y ahora, ¿vas a venir aquí?

—Me prometiste no reírte.

Gardner se puso la mano en el corazón y ella se acercó a él, sin llevar puesto nada más que las botas.

—Ven aquí y móntame, chica de ciudad —le dijo, pensando que había muerto y resucitado en un rodeo del paraíso.

No pudo evitar un gemido de placer al sentarse sobre él. Gardner le apretó las nalgas, buscando con sus dedos el calor tantas veces soñado y escondió el rostro entre los hermosos pechos femeninos.

Tomó uno de los pezones en la boca y Harley se arqueó para sentirle mejor. Lo chupó con deleite, llenándose la boca con su sabor, metiéndola así muy dentro de él.

—Gardner —suplicó—, por favor, para.

—Ni lo sueñes —le dijo, dejando un pezón para ocuparse del

otro.

—Por favor, quítate la camisa.

Gardner metió las manos entre sus dos cuerpos y se quitó la camisa con ayuda de Harley. Después, tomó los dos senos con las palmas de las manos y los frotó contra el vello de su pecho. Entonces Harley empezó a actuar. Le retiró las, manos y se apretó a él, frotándose contra su cuerpo, piel contra piel, blanco virginal contra músculos bronceados.

Gardner levantó la vista y deseó no haberlo hecho. Al mirar a Harley que, con los ojos cerrados, se mordía el labio inferior entre gemidos, no pudo evitar empujar con más intensidad, y se dio cuenta de que no iba a aguantar mucho.

De repente, abrió los ojos y le vio mirándola. Tenía los labios entreabiertos y Gardner deseó estar entre ellos, sentirlos muy apretados contra su… Por el momento se tendría que conformar con su lengua. Acercó la cara de Harley a la suya.

Ella la tomó entre sus manos y lo besó con pasión. Hablándole con la lengua, los labios e incluso los pequeños mordiscos de sus dientes, de su soledad, de su deseo y de su habilidad para satisfacer ves necesidades.

El deseo le devoraba, desgarraba su alma, le producía heridas que sólo Harley podía curar.

Entonces el beso se hizo más apasionado y ella empezó a moverse contra su miembro, aún aprisionado en los vaqueros.

—Rodéame la cintura con las piernas —le dijo, mientras le acariciaba y apretaba las nalgas.

Después de un solo movimiento se puso de pie y la depositó encima de la cama.

Su piel besó la de Harley desde el vientre hasta los pechos. Apoyado en un brazo, la miró.

—Ahora te tengo donde quería, Harley Golden.

—¿Ah, sí?

—Ummm… —la acarició con suavidad—, creo que no podría estar mejor de lo que estoy.

Harley empezó a recorrerle el pecho con un dedo.

—Nunca hubiera pensado —ya había llegado a su ombligo—, que un hombre como tú estaría satisfecho con tan poco —metió el dedo por debajo del botón superior de su pantalón y le brillaron los ojos—, sobre todo cuando tienes tanto que dar.

Se había dejado los vaqueros puestos para aguantar más, pero la mirada de Harley echó sus buenos propósitos por tierra.

Al infierno con querer durar mucho esa primera vez. Al diablo con toda esa hábil seducción. Habían tenido tres días de juegos amorosos. Había llegado el momento de los fuegos artificiales.

Se dio la vuelta y se quitó los vaqueros y los calzoncillos al mismo tiempo.

Entonces fue cuando vio el sombrero colgado de la pared. Estaba lleno de flores y plumas. Sonrió, tomó una de las plumas y se volvió hacia Harley.

—Cierra los ojos —le ordenó, abriéndole las piernas y arrodillándose entre ellas.

—No. Quiero verte.

Al oír sus dulces palabras, su súplica, la sangre se concentró en su miembro. Notó cómo se endurecía aún más. La dejó mirar hasta... hasta que se dio cuenta de que la impaciencia de su mirada le iba a hacer llegar antes de lo que deseaba.

Le pasó la pluma por los párpados.

—Ya has mirado bastante. Ahora quiero que sientas.

—Gardner —se quejó.

La silenció, acariciándole los labios con la pluma.

—Ya has agotado tu tiempo, Harley. No quiero que mires ni hables más —la miró con deseo—. Ha llegado el momento de que sientas.

Le agarró los muslos y los colocó sobre los suyos. Aquella posición le permitía unas vistas estupendas. Iba a ser fantástico.

La penetró un poco y le pasó la pluma desde los pechos hasta el ombligo.

—Siente la diferencia. Suave —rodeó cada uno de los pechos con la pluma y después entró un poco más en ella—. Duro.

Le pasó el sedoso instrumento de placer por el vello púbico.

—Suave —y acto seguido la penetró por completo. Harley apretó las piernas, aprisionándolo—, duro.

Y cada vez más duro. ¿Por qué había empezado ese juego?

Se echó hacia delante y rozó con la lengua los pezones de Harley.

—Siente la diferencia. Húmedo —después sopló en ellos—. Seco.

Harley se estremeció.

—Frío —volvió a lamerla y sopló de nuevo. Después empujó con fuerza una vez más dentro de ella—. Caliente.

Apretó la mandíbula y se salió por completo, después la penetró con suavidad.

—Despacio.

Se dio cuenta de que no iba a poder durar mucho. Levantó las piernas de Harley por encima de sus hombros y soportó su propio peso con las palmas de las manos, estirando las piernas hacia atrás. Su deseo estableció el ritmo.

—Rápido —se obligó a sí mismo a ir más despacio—. Lento —pero las exigencias de su cuerpo le pedían otro ritmo y decidió dejarse llevar por él—. Brusco.

Harley se retorció bajo el cuerpo masculino. La locura hacía que Gardner emitiera una serie de sonidos animales y que ella gimiera y lloriqueara.

Las manos masculinas se movieron con rapidez, acariciándola, explorándola. En su locura, ella le arañó toda la espalda. Gardner deseó poder entrar muy dentro de ella y hacer suyo aquel cuerpo.

No quería que aquello terminara. Nunca.

Apretó los muslos y descansó el peso de su cuerpo sobre la cama. Harley le rodeó la cintura con las piernas, y lo abrazó con fuerza. Entonces abrió los ojos y lo miró.

—Sexo —le dijo, apretando los músculos de la vagina contra su

miembro. Luego lo besó lenta, muy lentamente. Besos húmedos, cálidos, tan cálidos como el acto íntimo. Le mordió el labio inferior y tras besarlo suavemente una vez más, apartó la boca—. Hacer el amor.

Tras oír aquello, Gardner no pudo seguir controlándose.

Con los tacones de Harley clavándose en sus caderas se balanceó contra ella y desplazó la cama de la pared en su balanceo dentro de aquel hogar cálido que era el cuerpo de Harley.

Gardner ladeó la avioneta hacia la derecha, para permitir que Harley tuviera unas vistas inmejorables del mosaico de campos verdes y marrones que comprendía Camelot, que era su hogar, su patrimonio.

Había escogido bien a su amante de por vida; las necesidades de Camelot eran muchas, pero bien definidas. No estaban hechas de los vínculos caprichosos o temperamentales en que su madre había atado a su padre en el nombre del amor.

Gardner miró emocionado aquellas tierras. Sólo Jud o Ty eran capaces de suscitar en él un sentimiento parecido. Amaba aquel rancho con una pasión que nunca podría sentir por una mujer, por mucho que la deseara.

Y deseaba a Harley Golden de nuevo, con una necesidad más profunda de lo que había imaginado.

Tras levantarse de la cama, había llevado el equipaje de Harley hasta la camioneta, mientras ella, insistiendo en que no mirara, se había metido en el baño a vestirse. Como si no lo hubiera visto todo. Como si no le hubiera dado más.

Al volver del baño, donde se había dado cuenta de que estaba llena de chupetones, le pidió que le devolviera sus braguitas. Gardner se había negado y después la había atraído hacia sí para mostrarle, de una manera muy convincente, la razón por la que quería que no se las pusiera.

Después, se habían dirigido a un aeródromo privado situado a las afueras de la ciudad. A Gardner, la cabina de la camioneta le

pareció más pequeña que antes, y es que ahora iba acompañado de una mujer muy sexy a la que conocía muy íntimamente.

Se pasó todo el camino reprimiendo el deseo de tomarla de nuevo. Devolvió la camioneta y dejó encargado que recogieran el coche de Harley y lo guardaran en el hangar.

Harley no hizo ningún comentario sobre sus impresionantes posesiones, sino que permaneció callada todo el camino, incluso en el aire. A Gardner no le importó, muy al contrario, el silencio le hizo sentirse cómodo. No necesitaban palabras para comunicarse.

Le señaló un terreno determinado, pero ella en vez de mirar le apretó el muslo con cariño.

No le importó. La deseaba de nuevo. Quería tomarla lenta y suavemente, hablar del futuro con ella. Pero más tarde, cuando hubieran aplacado ese fuego lujurioso que les devoraba las entrañas.

Hubiera sido mejor buscar a la madre de sus hijos más cerca de casa porque las mujeres de aquella parte del país sabrían amoldarse mejor a la vida del rancho. Pero ninguna de las mujeres que conocía le había atraído tanto como Harley.

Físicamente, su encuentro en Fredericksburg había sido como debían ser los primeros encuentros, pero raramente eran. Sin embargo en el aspecto emocional sabía que Harley no había estado muy segura de cómo actuar ante su inesperada llegada.

El sexo lo ayudaba a relajarse, le proporcionaba placer y no esperaba nada más de él. Pensaba que le bastaría en su matrimonio, pero ya no estaba seguro. Cuando hacían el amor, Harley le hacía dudar de creencias que había sustentado durante mucho tiempo.

Gardner se concentró en el control de mandos. Estaban llegando. La tierra era fértil, el futuro esperanzador y tenía a Harley a su lado. La mujer que quería en su cama. Y, en su vida.

La que había crecido en una moto y lo odiaba. La que se sentía perdida, desconectada de su familia. La que necesitaba más amigos que los que comían tofu para Navidad.

La que necesitaba que alguien que no fuera su hermana le regalara lencería sexy. Que deseaba que la conociera bien alguien más que su socia.

Alguna de esas cosas se las había dicho ella misma. Otras simplemente las sabía porque era la Harley que daría a sus hijos amor, alegría y aquellos increíbles ojos azules.

—Bienvenida a Camelot —la saludó Tyler. Harley le dio la mano y le saludó, pensando que aquel Barnes era más joven, pero no por eso menos atractivo.

—Tú debes de ser Tyler.

—El único e inigualable —aquella sonrisa era tan devastadora como la de Gardner—. Un competidor más peligroso de lo que mi hermano mayor quiere admitir.

—Ya veo que os pare... ¡eh...!

Tyler la había subido por los aires. Se agarró a sus musculosos hombros.

Sintió una ráfaga de aire deslizársele por debajo de la falda hasta su trasero desnudo y no se tranquilizó hasta que vio que la prenda permanecía a la altura de las pantorrillas.

—¡Tyler! —le gritó Gardner y Tyler la dejó en el suelo.

—Parece que me he metido en un buen lío —exageró Tyler abriendo mucho sus enormes ojos verdes.

Gardner estaba en la parte de atrás de la avioneta, cargado con las bolsas de Harley.

—Si puedes quitarle las manos de encima a la señorita Golden, tal vez podrías ayudarme.

Tyler se miró las manos, que seguían aún en la cintura de Harley.

—¿Qué quieres que haga, si piensan por sí solas?

Harley se alisó la falda una vez que Tyler la hubo dejado en el suelo.

—Tal vez deberías consultárselo a un médico.

—¿Y perderme toda la diversión? —contestó Ty con un guiño, antes de dirigirse a la parte de atrás del todoterreno.

—¡Menos mal que no soy el padre de este chico! —murmuró Gardner al pasar al lado de Harley, con las manos cargadas de bolsas.

No hizo caso de la mentira. Se veía a la legua que había una camaradería especial entre los dos hombres, así como un tremendo cariño de hermanos.

Una sonrisa triste se asomó a sus labios. Se preguntó si sería una cierta envidia sana al ver tanta armonía.

Dejando a Tyler colocando el equipaje, Gardner se acercó a ella, que le sonrió, esta vez con alegría.

—¿Cabe todo?

—Tyler se las arreglará —con las manos en la cintura echó un vistazo a su hermano—. Este chico... Sabe muy bien que siempre traigo provisiones. Espero que algún día aprenda a vaciar el Rover antes de recogerme.

—Da gusto veros a Tyler y a ti. Tenéis una relación muy especial. Pareces saber muy bien cuándo necesita un padre, un hermano o simplemente un amigo.

Gardner se encogió de hombros y le abrió la portezuela del coche. Tyler acababa de cerrar el maletero.

—Llevo haciéndolo tanto tiempo que me sale como algo natural. No le des mayor importancia.

—No te pega ser tan modesto —le dijo Harley.

—A ti tampoco —con el sombrero en la mano se inclinó hacia ella—. Por eso conservo tus braguitas —le susurró al oído.

Tyler abrió la puerta del conductor en aquel momento y Harley no pudo responder.

Con cuidado, Gardner le puso el cinturón de seguridad. Apenas le rozó el regazo, pero Harley se estremeció con su contacto.

—Tyler, trata de no ir tan deprisa como acostumbras.

Cerró la portezuela y se dirigió a la avioneta.

—Mira quién va a hablar —se quejó Tyler, al tiempo que cerraba la puerta del Rover—. ¿Has visto alguna vez el Correcaminos? Sí mujer, el personaje de dibujos animados.

—Una vez o dos.

—Bueno, pues ese es Gardner. Levanta una nube de polvo a su paso. Se le ve venir a kilómetros de distancia.

—¿Y cuánto tiempo hace que tiene la avioneta?

Tyler estiró uno de los brazos en el respaldo del coche antes de empezar a contar la historia.

—Va a hacer cinco años. Estaba en Tulsa entonces, ¿sabes? Y le ocurrió algo que será siempre recordado en la historia de los Barnes como una escala infernal.

—¿Tan mala fue? —preguntó Harley, intentando reprimir una sonrisa.

—Al parecer había unas cuantas de esas mujeres que leen novelas rosas esperando por el mismo vuelo y un par de ellas intentaron ligar con él. Lo peor fue que no había manera de quitárselas de encima, incluso cuando Gardner les dijo que no creía en el amor —en ese momento llegó Gardner y entró en el coche, pero Tyler siguió con la historia—. Después de ese episodio decidió que prefería comprarse la avioneta a tener que pasar de nuevo por la misma situación.

Sabiendo que había oído el final de la historia, Harley miró hacia atrás, donde se había sentado Gardner.

Tyler arrancó en ese momento bruscamente y Harley se golpeó contra la puerta. Después dio marcha atrás con rapidez. Gardner dio una patada en la parte de atrás del asiento de Tyler.

—Lo siento, señorita Golden.

—No te preocupes —le sonrió y se ajustó el cinturón de seguridad—. Nunca me pierdo los dibujos animados los sábados por la mañana.

—Beep-beep —dijo Tyler y apretó el acelerador de nuevo.

—Ya veo que no habéis tardado mucho en haceros amigos —comentó Gardner.

—Ya me conoces con las mujeres.

Gardner se limitó a poner los ojos en blanco. Siendo lo hombre que era, dejar que su alocado hermanito condujera no constituía

ninguna amenaza para su masculinidad. Harley estaba segura de que, en realidad nada lo era, sobre todo si recordaba el modo en que la había amado.

Entonces se acordó de que no creía en el amor.

La verdad era que no se había dignado a hacer ningún tipo de comentario ante la afirmación de su hermano. Era como si estuviera acostumbrado a no hablar del tema.

Mientras conducía Tyler habló de sus planes para ir a la universidad el curso siguiente y de lo que le gustaba la veterinaria. Habló con detalle de cómo había curado un caballo, el mismo del que le había hablado Gardner en su primera tentativa de... ¿por qué no reconocerlo? sexo telefónico.

Gardner no intervino en ningún momento. Tyler siguió hablando y en todo momento dejó traslucir el enorme cariño y, admiración que sentía por su hermano mayor. Gardner había hecho un buen trabajo como padre.

Harley se preguntó si habría agotado todo su potencial de progenitor con Tyler o si planearía tener hijos propios. Sería afortunada la mujer que compartiera aquello con él.

Era una lástima que no creyera en el amor. No porque esperara algo más permanente de aquella... aventura. Aunque le hubiera resultado fácil pensar que era el hombre de su vida cuando la había acariciado en lugares que no había tocado ningún hombre en... meses. Bueno en muchos meses. De acuerdo en años.

Sabía que estar con Gardner era correr un gran riesgo, pero después de tanto tiempo de ayuno quería deshacerse del recuerdo de Brad para siempre.

La casa era tal y como había pensado. De madera, con dos pisos y unos doscientos años de antigüedad, dominando sobre acres y acres de praderas del oeste de Tejas.

Tenía un porche y contraventanas de color rojo. Era como si llevara escrita la palabra hogar en cada madera.

El hogar de Gardner y Tyler. Camelot.

Al llegar a la puerta de la casa, Tyler se detuvo con suavidad y dedicó una de sus encantadoras sonrisas de adolescente a Harley.

—Tus días como chófer están contados —le dijo Gardner tras quitar las llaves del contacto—. Será mejor que te dediques a curar al ganado.

Harley hizo como si no oyera las protestas de Tyler y siguió con la mirada a Gardner, que se acercaba a la parte delantera del vehículo.

Se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de lo bien que le sentaban los vaqueros, de los muslos tan bien formados que tenía, probablemente fruto de muchas horas montando a caballo, de cómo la hebilla del cinturón le llevaba la vista a... Excitada, se preguntó qué habría hecho con sus braguitas.

Pensando todavía en su prenda íntima salió del coche cuando Gardner le abrió la puerta. Le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. Se preguntó qué pasaba.

—Tyler, vete a buscar a tu tío y dile que tendremos compañía el resto de la semana.

Se oyó un portazo.

—Te estoy oyendo, Gardner. Puede que esté a punto de palmarla, pero no estoy sordo. Además, sabes mejor que nadie que la habitación de invitados está lista para ser usada —se paró al lado de Tyler con las manos en las caderas— ¿Tu invitada tiene nombre?

Gardner se frotó la frente y llevó a cabo las presentaciones.

—Judson Barnes, está es Harley Golden. Harley, este es mi tío Jud.

Harley miró a los tres hombres y deseó poder embotellar y vender los genes de los Barnes, ya que los tres eran una belleza.

Tyler y Jud tenían el mismo color de pelo que Gardner, aunque ambos lo llevaban más largo que él y, en el caso de Jud, salpicado de canas. Los tres tenían los mismos enormes ojos verdes, adornados de largas pestañas y más o menos parecida talla.

Harley tendió la mano y se preguntó qué otros secretos la deparaba Camelot.

—Es un placer, señor Barnes. Gardner me ha hablado de usted con mucho cariño.

—Es bueno saber que habla de alguno de nosotros, porque a

usted nunca la había mencionado.

Tyler le dio un codazo.

—Creo que es la del teléfono.

—¿La del teléfono? —frunció el ceño—. ¿Quieres decir que...?

—Sí —confirmó Ty—. La del teléfono.

—Ahhh... —exclamó, arrastrando el sonido, después se volvió y puso la mano sobre el hombro de Tyler—. Vamos, no te quedes ahí y ayuda a tu hermano con las bolsas de la señorita Golden.

Le sonrió con una sonrisa a lo Clint Eastwood que hizo tomar a Harley la decisión de comprarse un buen maquillaje para que no se le notara tanto cuándo se ponía colorada.

Jud le señaló la puerta.

—Déjeme que le enseñe la casa. Ha llegado a tiempo para cenar.

—Espera un momento —gruñó Gardner, dando a cada uno una bolsa—. Entrad en la casa mientras que yo hablo un momento con mi invitada.

Los dos hombres entraron sin rechistar.

—Les has hablado de las llamadas de teléfono —le susurró Harley, cuando se aseguró que ya no podían oírla.

Gardner negó con la cabeza.

—Tyler contestó una vez al teléfono, pero no oyó nada. Lo que pasa es que como no están acostumbrados a que tenga compañía femenina, pues me toman el pelo —se quitó un momento el sombrero y se pasó los dedos por el cabello antes de volvérselo a poner—. No me había parado a pensar dónde te estaba metiendo. Lo siento.

No cabía duda de que aquel hombre conocía el significado de aquellas palabras y sabía cómo pronunciarlas. Por desgracia, no creía en el amor.

—¿Por eso tienes esa arruga?

—¿Qué arruga? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Esta —le dijo, al tiempo que le pasaba el pulgar por el entrecejo—. No frunzas el ceño. Lo pones peor.

Gardner volvió fruncir el ceño, empeorándolo como ella había dicho.

—Yo no tengo ninguna arruga.

—Claro que sí. Y líneas de expresión. Aquí —le acarició el contorno de los ojos y después se los besó—. También tienes un hoyuelo, y las pestañas más largas que he visto en mi vida —le pasó los nudillos por ellas y él cerró los ojos. Una oleada de calor estaba invadiéndolos—. Y tu boca sabe a gloria —se la acarició con los dedos.

—La tuya sabe a cerezas. Dulces. Maduras —se inclinó sobre ella y le mordió el labio inferior, provocando que un cosquilleo le recorriera el cuerpo.

Se volvió de espaldas a la casa y le metió la mano por debajo de la blusa, hasta apoderarse de uno de sus pechos. La palma de su mano era fuego sobre la piel de Harley, su lengua una llama en sus labios.

Gardner apretó su apremiante erección contra el cuerpo femenino.

Entonces, de repente echó la cabeza hacia atrás, profirió un juramento y se apartó de ella.

—Harley, hay una pistola debajo del asiento. Si me vuelvo a acercar demasiado a ti, dispara. Libérame de mi sufrimiento.

Sí que daba la impresión de estar sufriendo. Al mirarlo parecía una mezcla de niño al que han pillado con la mano en la caja de galletas y adolescente sorprendido en el asiento trasero del coche de su padre. Harley intentó acariciarlo, pero apartó la mano enseguida cuando lo vio encogerse.

Ahora su tristeza parecía más bien autocompasión y Harley no pudo por menos que echarse a reír.

Con las manos en las caderas, Gardner dio una patada a la gravilla del suelo.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Ahora que por fin me tienes a tu disposición, para convertir en realidad todas tus viciosas fantasías, resulta que tenemos dos carabinas, que podrían hacer muy bien el mismo trabajo que unas

monjas católicas.

—No te muevas —le dijo, levantando una mano—. Ahora mismo vuelvo.

—¿Dónde vas?

—A buscar tus bolsas. Todavía no has deshecho las maletas. Vámonos de aquí. Volvamos a Fredericksburg.

—¿Quieres decir que volvamos a nuestra fantasía?

—En este momento eso es exactamente lo que deseo.

—Yo también —y así era, pero también sabía que Fredericksburg lo había cambiado todo—. La fantasía ha sido divertida, Gardner, pero no puede continuar toda la vida. Ambos necesitamos saber por dónde continuar desde aquí.

—Tienes razón —su vista se dirigió a Camelot y entrecerró los ojos, después se volvió a mirarla. Tenía los ojos brillantes y una irresistible sonrisa—. Sigamos con nuestra cita. ¿Qué te parece si cenamos al estilo del oeste de Tejas, Harley Golden?

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca, vaquero.

Capítulo 8

Harley dejó el tenedor apoyado en el borde del plato y sonrió a Jud, sentado frente a ella.

—Sus sobrinos tienen suerte, señor Barnes. Es usted un gran cocinero.

—Vamos, señorita Golden. Le he dicho que me llame Jud. Aquí hay un montón de Barnes y nos vamos a hacer un lío si no me llama por mi nombre.

—Muy bien, le llamaré Jud, siempre que usted acepte llamarme Harley —le respondió, sonriendo abiertamente.

—Harley —frunció el ceño—. ¿No es ese el nombre de una moto?

Harley asintió.

—Harley-Davidson. Mis padres montaban en moto cuando era una niña.

—¿Tú también montabas con ellos? —preguntó Ty, cubriendo una loncha de bacon de ketchup.

—Solía hacerlo, pero no he vuelto a subirme a una moto desde que tenía diez años.

—Y si queréis saber más, tendréis que esperar —Gardner apartó la silla y se levantó—. Si no os importa, quisiera enseñarle a Harley el rancho antes de tener que marcharme a recoger el camión, que está en el mecánico.

—Espera un momento, chico, Harley no se ha comido más de media ración. ¿Por qué no te vuelves a sentar y la dejas terminar?

Harley se puso de pie.

—No podría comer ni un bocado más, pero estaba delicioso. ¿Te ayudo a fregar?

—No gracias. Tengo que esperar a que coman el resto de los chicos. ¿Estás segura de que has terminado?

—De verdad. No recuerdo la última vez que comí comida casera.

Normalmente... picoteo. Ya sabes, palomitas, unas zanahorias, una manzana —los tres se la quedaron mirando sorprendidos y a Harley no le cupo la menor duda de que no sabían de qué les estaba hablando. ¿Qué iban a saber unos activos vaqueros de la celulitis? —. Son comidas bajas en calorías. Sólo me puedo permitir comer bacon y puré de patatas una vez al año. Tengo facilidad para engordar.

En aquel momento se sintió como un pedazo de carne. Jud la miraba como si no hubiera entendido nada de lo que le decía, Tyler parecía haber entendido pero la miraba con una sonrisa picarona.

La expresión de Gardner era indescriptible. Le brillaban los ojos y en ellos se leía el deseo que sentía al pensar en la intimidad que había vivido con ella.

Harley sintió que le hervía la sangre y se le hacía un nudo en el estómago. Se sentía totalmente perdida.

—¿Qué hay de ese paseo que íbamos a dar?

Gardner debió de darse cuenta del miedo que sentía porque se levantó de la silla y la agarró por el codo.

—¿Estás segura de que te apetece? Hay que subir bastantes escaleras hasta el desván.

—¿El desván? Pero si no hay nada allí, excepto un puñado de trastos viejos —intervino Jud.

—Harley es anticuaria, Jud. Sabe valorar todos esos trastos de los que hablas.

La manera en que pronunció la palabra trastos dio a entender a Harley que Gardner y su tío tenían una opinión diferente de lo que estaba guardado en el desván. Estaba impaciente por saber lo que era y lo que significaba para Gardner.

—Supongo que esta semana querrás que te sustituyamos para hacer el desayuno —dijo Jud, antes de que hubieran llegado a la puerta siquiera.

Gardner se detuvo en seco al oír a Jud. Harley se dio cuenta de que le apretaba el brazo con más fuerza. No cabía duda de que se había puesto tenso.

—Me ocuparé de mis tareas, Jud. Harley conoce la ley de la

tierra y que Camelot es lo primero.

Jud lo miró con paternalismo.

—No esperaba que trataras de escamotearte de tus obligaciones, Gardner, tan sólo pensé que si no tenías que hacer el desayuno podrías dedicarle un par de horas más a tu invitada.

Tyler se levantó y llevó el plato al fregadero.

—A no ser que estés empeñado en ir a recoger ese camión, no hará falta que vayas hoy a buscarlo. Mañana tengo que ir a recoger a Guin, que está en el veterinario, después de clase. Puedo traértelo yo.

—¿Ya está listo?

—Sí, llamaron mientras tu estabas fuera —Tyler se secó la boca con la servilleta—. Dijeron que la soldadura no estaba en muy buen estado, pero que todavía aguantaría lo que le echáramos.

Harley miró a los tres hombres, que en medio de la cocina, con los brazos cruzados, parecían estar discutiendo. Pero la emoción que podía leerse en los ojos de Jud no expresaba critica, sino preocupación. Y lo mismo ocurría con Tyler.

Gardner se acercó a ellos y les dio la mano.

—La verdad es que no está mal teneros cerca.

—Todos somos Barnes, ¿qué esperabas?

Harley se dijo que allí había alguna historia y se preguntó cuál sería. Gardner les dio un golpe cariñoso en el hombro y, agarrándole la mano, salieron de la cocina sin más ceremonias.

Jud ya le había enseñado las habitaciones de los demás antes de acompañarla a la suya. Tanto en esa primera visita a la casa como en esta sólo tuvo la oportunidad de echar un vistazo a la habitación de Gardner, y ella quería ver más. Quería ver si se hacía la cama, si colgaba la ropa, si olía a él. Pero no pudo ver nada, porque Gardner la estaba esperando al final del pasillo, con la mano el picaporte de la única habitación que Jud no le había mostrado.

—¿Qué acaba de pasar abajo? —le preguntó, al acercarse a él.

—Hemos estado cenando. Las familias tradicionales cenan juntas al final del día.

—Ya sé lo que es una cena.

—No me ha dado esa impresión por lo que has dicho.

—Lo que dije es que no como comida casera muy a menudo.

—Ya. No cocinas, ni siquiera comes. Picoteas —con las manos cruzadas sobre el pecho, se había apoyado en la puerta—. Los animales picotean, Harley.

Por la forma en que le hablaba, Harley tuvo la sensación de que la euforia sexual había terminado.

—Vamos Gardner, no me voy al campo a comer hierba. Como cuando tengo hambre, no porque sea la hora de comer. Si estoy ocupada con la contabilidad o me paso muchas horas al teléfono, tratando de encontrar un objeto determinado, puedo pasarme muchas horas sin comer.

No parecía convencido ni satisfecho, así que lo intentó de nuevo.

—El trabajo que realizo no implica un esfuerzo físico como el de un ranchero. Me siento mejor si no como demasiado. Además enseguida engordo si como de otro modo.

—Bueno, entonces menos mal que no tienes una familia —abrió la puerta y entró.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que se pueda criar a un niño con zanahorias y palomitas de maíz.

Tras decir eso, empezó a subir los escalones de dos en dos. Sus pesadas pisadas hicieron darse cuenta a Harley de que no sería posible hacer que la conversación fuese ligera.

Era típico de un hombre decir la última palabra antes de irse, aunque no tuviera razón.

—Espera un momento, Gardner —se recogió la falda y lo siguió escaleras arriba hasta llegar al desván. La luz del sol entraba por cuatro ventanas. Aunque no era lo suficientemente brillante como para iluminar toda la pieza en condiciones, era suficiente como para que pudiera explorar y estaba deseando hacerlo. Lo haría más tarde.

Gardner estaba mirando por la ventana más grande. Había dureza en su expresión. No sabía en qué le había decepcionado,

pero estaba dispuesta a averiguarlo, porque tres horas antes se había comprometido a algo en cuerpo y alma y estaba dispuesta a cumplir su compromiso.

—No sé qué ha pasado, Gardner —la madera del suelo crujía cada vez que daba un paso. Apoyó la mano en la muñeca masculina —. Ocurrió entre las zanahorias y el puré de patatas, pero no creo que tenga que ver con la comida —trató de esbozar una sonrisa, que dio esperanza a Harley—. Vamos, vaquero, suéltalo.

Gardner levantó la mano y le besó la punta de un dedo. Harley cerró los ojos y se estremeció al sentir cómo le acariciaba la boca con el pulgar.

—Estás tratando de distraerme para no contestar.

—¿Se nota mucho?

Se lo preguntó con la boca muy cerca de los labios femeninos, que pronto rozó.

—Sí.

—Intentaré otra cosa.

Le agarró ambas muñecas con una mano, mientras que con la otra empezó a emplear un persuasivo argumento. Harley se dijo que se mantendría fuerte.

Se apartó lo suficiente como para distraerlo, no para disuadirlo.

—Ya basta.

Le besó el cuello.

—¿Estás segura?

—Sí, por el momento…

Había llegado a la oreja y con la lengua... ahh.

—¿Cuánto tiempo me vas a tener a dieta?

—Hasta que me cuentes tus secretos.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? Si todavía no lo sabía...

—¿Crees que revelaría los secretos íntimos de un hombre que todavía tiene mis braguitas?

Al oír eso Gardner se echó a reír y la soltó. Harley se acurrucó

en su brazo, recordando lo bien que olía, cómo le gustaba tocarlo y lo segura que se sentía a su lado.

Cuando la abrazaba, nada le importaba a su alrededor. La colocó delante de él y la agarró por la cintura. Harley apoyó la cabeza en el cuello masculino y miró hacia donde lo hacía él. Desde la ventana, se veían acres y acres de prados y tierra fértil. Animales pastando y la inmensidad del cielo blanco y azul.

Harley pensó que le sería fácil amar aquella tierra, aunque tuviera que hacer algunos sacrificios. Había hombres tan especiales que los merecían.

Como aquél que la estaba abrazando.

—Abajo —empezó a decir Gardner—, dijiste a Tyler que te habías pasado la vida en una moto hasta que cumpliste los diez años. ¿Viajabas con tus padres?

—Sí, y Everly también —le respondió. Aunque no sabía a dónde quería llegar, no le cabía duda de que esto pregunta era importante. Y Gardner Barnes se merecía un viaje al pasado—, pero cuando crecimos un poco decidimos no hacerlo más y a nuestros padres no pareció importarles.

—Así que tenías diez años.

Harley se quedó pensativa un momento.

—En realidad, la primera vez que nos quedamos en casa, yo tendría unos siete años.

—¿Siete? —la estrechó más contra su cuerpo—. ¿Qué edad tenía Everly?

—Nueve —ya sabía lo que estaba pensando—. Éramos más mayores de lo que lo es un niño de esa edad. Nada que ver con tu idea de un niño.

Gardner la soltó y Harley se volvió hacia él, que movió la cabeza y se dirigió al otro extremo del desván. Puso una de sus botas sobre una silla de cocina medio rota, al lado de un viejo baúl.

Harley no pudo evitar calcular el valor de la pieza, y del armario de roble que tenía detrás.

Aunque le pareció impresionante, nada distrajo su atención de la agitación emocional que veía en Gardner.

—¿Qué clase de padres se marcharían dejando a dos niñas pequeñas solas en casa?

—No era por mucho tiempo, Gardner. Normalmente algunas horas los domingos —respondió Harley, sin moverse de donde estaba.

—¿Normalmente?

—Alguna vez se iban durante todo el fin de semana, pero Everly y yo nos las arreglábamos bien —avanzó hacia él, notando la ausencia de polvo, y olor a cerrado. Gardner debía subir allí a menudo—. Tienes que comprender que mis padres eran casi unos niños cuando nacimos mi hermana y yo. Estoy segura de que pensaban en nosotros como en juguetes más que como en una responsabilidad. Pero hemos salido bien.

—No gracias a ellos.

Harley rodeó el baúl y rozó el picaporte del armario.

—No sé. A mí me enseñaron mucho sobre la paternidad.

—Bonito truco, considerando que ellos no...

Harley se preguntó si lo que no se había atrevido a decir era que sus padres no la habían querido.

No quería creerlo. Saber que Gardner creía que no la habían querido dotaba al horrendo hecho de credibilidad.

—Lo que aprendí, Gardner, es que los hijos necesitan de unos padres con tiempo y energía para hacerse cargo de esa responsabilidad, y no es mi caso. Por eso he decidido no tener una familia.

Gardner se puso rígido y bajó la bota de golpe. Harley se dio cuenta de que había tocado una de sus fibras sensibles, algo que significaba para él tanto como sus tierras.

Recordó cómo había mirado Camelot desde el cielo. Era el tipo de mirada que le hubiera gustado para ella. Iba más allá de la mirada pasional de los primeros encuentros.

Recordó que le había dicho que quería una familia. Hijos a quien dejar su herencia. ¿La habría invitado por eso? ¿Sería una entrevista? ¿Un período de prueba del tipo «si no queda satisfecho le devolvernos su dinero»?

Se volvió y lo miró con las manos cruzadas sobre el pecho. El baúl trazaba una línea divisoria entre ellos.

—Muy bien, Gardner. Pregúntame lo que quieras.

—No tengo nada que preguntarte —le dijo, frunciendo el ceño.

—Claro que sí. Por eso me has traído aquí. Para ver si soy lo suficientemente buena como para ser la madre de tus hijos —arqueó una ceja, retándolo a negarlo.

Le brillaron los ojos, pero no retiró la mirada.

—A mí me parece algo positivo, no un insulto.

—¿Algo positivo? —Harley se echó el pelo hacia atrás, nerviosa—. Me habéis mirado de tal forma los tres ahí abajo, que me habéis hecho sentir una futura yegua de cría.

—Tú eres una hermosa mujer apasionada, Harley Golden. Cualquier hombre se sentiría afortunado de que tú llevaras en tu seno a sus hijos.

Harley cerró los ojos. Le parecía hermosa, apasionada, pero no decía una palabra sobre el amor.

Aquello era la gota que colmaba el vaso para ella.

—Con hijos o sin hijos, cualquier hombre debería sentirse afortunado de tenerme. Punto.

Gardner le mantuvo a mirada.

—Yo no he dicho que no fuera así.

—No, pero no fue el primer pensamiento que se te pasó por la cabeza —se detuvo un momento, tratando de encontrar las palabras que le hicieran entenderla mejor—. He pasado por un matrimonio en el que mi marido intentó hacerme comprender que por su trabajo no podía estar conmigo más que dos noches a la semana —hizo una mueca de amargura—. Por supuesto, no supe hasta que no fue demasiado tarde cómo pasaba las otras cinco.

—No deberías haber tenido que pasar por eso.

—Claro que no, pero así fue. Por lo tanto no creo que peque de egoísta si exijo ser yo la que ponga las condiciones en mis relaciones desde entonces.

Gardner se puso las manos en las caderas.

—Lo que significa que no quieres tener hijos.

—No es tan contradictorio como suena, Gardner. Un niño necesita más tiempo y dedicación de la que yo le puedo dedicar con mi estilo de vida.

Harley se preguntó cómo podía hacérselo entender. Que comprendiera por lo que había pasado. Gardner y ella no tenían ningún futuro a no ser que consiguiera hacerle ver las cosas a su modo.

A no ser que consiguiera hacer ver a Harley las cosas a su modo, no tenían futuro, pensó Gardner.

No había planeado tener hijos. No es que dijera que nunca los tendría, simplemente que no había pensado tenerlos. Eran dos cosas distintas que daban lugar a discusión y Gardner no había llegado tan lejos sin aprender el arte de la persuasión.

—¿Y por qué no cambias tu estilo de vida?

—No creo que resolviera nada, porque soy feliz haciendo lo que hago y además se me da muy bien —empezó a pasear, gesticulando con las manos—. Si cambio de vida y no soy feliz, no creo que fuera todo lo buena madre que debiera. Y no sería justo para mis hijos.

—¿Y si no tuvieras que trabajar?

Harley se detuvo y lo miró.

—¿Con un marido que me proporcionara el nivel de vida al que estoy acostumbrada?

Ni siquiera se esforzó en disimular la sonrisa.

—Algo así.

—No sé, Gardner.

—¿No te haría feliz ser madre?

—¿Te refieres a si sería feliz siendo madre y esposa, o si necesito por encima de todo tener un trabajo? —le preguntó, empezando a andar de nuevo.

Gardner se había sentado a horcajadas sobre la silla, pensando que aquella discusión podía ir para largo.

—No, no necesito trabajar para sentirme realizada. Podría convertir la busca de antigüedades en una afición. En una segunda fuente de ingresos. Pero sólo lo haría con una condición y es una condición que impongo en cualquier relación, sea una mujer trabajadora o un ama de casa. Quiero un hombre que me ame por encima de todas las cosas. Por encima de la tierra, su trabajo o incluso nuestros hijos.

Se hizo un pesado silencio entre ellos. La luz que entraba por las ventanas pareció debilitarse. Gardner observó caer las sombras.

—Pides mucho, ¿no te parece?

—Lo quiero todo —sus palabras eran claras y cortantes.

—Ven, te mostraré algo —Gardner abrió el baúl. Estaba dispuesto a hacerla entender la importancia de su familia—. Mi bisabuelo era médico rural, el único de la zona en muchos kilómetros a la redonda y se casó con mi bisabuela en el este. Él había ido al mismo colegio que su padre y todos esperaban que siguiera sus pasos.

»Tanto él como mi bisabuela procedían de buenas familias y ambos querían empezar sus propias tradiciones familiares. A sus padres no les entusiasmaba la idea, pero se vinieron aquí de todos modos, prácticamente con las manos vacías, porque lo único que tenían era el encaje francés del vestido de novia de mi bisabuela y el maletín de médico de mi bisabuelo.

»Las dos cosas las conservo aquí —sacó una vieja colcha descolorida del baúl y la extendió encima de la tapa, haciendo una seña a Harley para que se acercara a verlo—. Mi abuelo también quiso ser médico. Su padre le enseñó mucho, pero no pudo permitirse enviarlo a la universidad. Así que mi abuelo empezó con el rancho y por lo que oí a mi padre la única medicina que practicó fue con sus animales.

—Tal vez le venga de ahí a Tyler su vocación.

—Puede ser. Tanto la veterinaria como el trabajo de rancho están en la sangre de los Barnes. Pero es sangre, Harley. Familia. Camelot es más que una tradición. Es un legado con una historia de varias generaciones.

Harley pasó las manos por la colcha.

—Es un legado del que puedes estar muy orgulloso.

—El orgullo es sólo una parte. Es también una tradición que transmitiré —recordó cómo su padre había escogido la muerte a quedarse con ellos—. La tierra está siempre ahí, Harley. No hace promesas en falso. Nunca miente.

Harley levantó la barbilla.

—Y no te ama.

—No creo en el amor —volvió a doblar la colcha y cerró el baúl de un golpe.

A Harley le brillaron los ojos y, al mirarla, Gardner encontró además confusión en ellos.

—¿Entonces qué ocurrió esta tarde?

Gardner sintió como si un toro de una tonelada acabara de destriparlo de una patada. Sabía lo insegura que se había sentido cuando habían hecho el amor.

—Gardner —le llamó Tyler desde el piso de abajo—, el capataz del acre 52 está al teléfono. Es por algo referente a una perforación.

Gardner no se movió.

—Será mejor que te vayas —le dijo Harley, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada desafiante.

No se movió todavía. Necesitaba explicarse, hablarle sobre sus padres y de por qué no creía en el amor.

—¡Gardner! —gritó Ty.

—Vete —le apremió Harley, señalando hacia las escaleras.

—Todavía no hemos terminado esta conversación. y

—Creo que ya has dicho bastante.

—No llegues a ninguna conclusión precipitada sobre lo de esta tarde, Harley.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, con inocencia.

—¡Gardner!

—Ya voy —gritó a su vez a Tyler—. Mira, Harley…

—Vete a atender esa llamada, Gardner. Camelot es lo primero,

¿no te acuerdas? —la mueca que formaron sus labios no podía llamarse una sonrisa—. Conozco la ley de la tierra.

Saber que tenía que irse no aliviaba la lucha que se libraba entre su corazón y su cabeza. Se dirigió a las escaleras, dejando a Harley tras de sí y cada escalón que descendía le daba la sensación de que le encaminaba en, la dirección equivocada.

Capítulo 9

Tumbada en la enorme cama de su habitación, en la planta de abajo, Harley había visto cómo oscurecía y la casa se silenciaba poco a poco. Las cortinas no estaban echadas y la luz de la luna entraba por la ventana y proyectaba sombras sobre la blanca pared de estuco. Oyó crujir el suelo de madera sobre ella y pensó que podía ser Tyler.

Oyó también ruido de cañerías, pero era más lejano. Enseguida, pensó que podía proceder del baño de Gardner.

Le había dicho cómo se sentía y ahora allí estaba tumbada. Sola.

No era que le hubiera dicho que no se reuniría con ella, pero no creía que lo hiciera. Hacer el amor sólo sería un parche para los problemas que habían dejado sin resolver.

La sesión del desván equivalía a la de un psiquiatra o un confesor. Mientras que a Gardner sus dolorosos recuerdos le habían hecho rechazar el amor, a ella los suyos le habían intensificado la necesidad que sentía de él.

Tanto sus padres como Brad no habían sabido darle bastante cariño. Necesitaba amor y lo quería de Gardner Barnes, porque con él veía la posibilidad de tener el tipo de relación que había deseado toda su vida.

Si le pudiera convencer de que el amor que se negaba a sentir era una parte esencial del hombre que era. Lo había visto al tratar a Tyler y Jud, lo había sentido en los latidos de su corazón, en su aliento mientras lo tenía abrazado en la cama.

—Sí, pero me olvido de algo importante, que él quiere tener hijos y yo no —murmuró en voz baja.

Pero ya cuando lo decía se daba cuenta de que en el fondo no era verdad, porque en realidad quería que Gardner Barnes fuera el padre de sus hijos.

Encontrar el hombre que estaba buscando, que amaba realmente había resucitado su sueño. Podría seguir desempeñando su profesión fácilmente y ser madre a la vez, como antes había dicho a

Gardner, y no tendría que preocuparse por asumir la responsabilidad de un bebé ella sola, vista la importancia que él otorgaba a la familia. No le cabía la menor duda de que sería un buen padre.

El único obstáculo radicaba en lo cerrado que estaba al amor. Ella podría ajustar su carrera a las necesidades que el ser madre requiriera, pero su insistencia en un amor puro y perfecto para ella y sus hijos no era negociable.

De repente, empezó a sonar el teléfono que tenía sobre la mesilla y se apresuró a responder.

—¿Gardner?

Se echó a reír y su risa le calentó la piel como los primeros rayos de sol del invierno. Había llegado a amar de, verdad sus carcajadas.

—Pensaba que tal vez no me respondieras —pero se le notaba en la voz que le hacía feliz haberse equivocado.

—Me imagino que será la costumbre. No me puse a pensar donde estaba —Gardner no la creyó—. Quería decir que no sabía si querrías hablar conmigo.

—¿Cuándo no he querido hablar contigo?

—Por ejemplo dos horas antes en el desván —la interrupción de Tyler había dejado interrumpida su conversación. Ella no la había dado por terminada, pero tampoco quería continuarla por teléfono —. ¿Dónde estás?

—A unos dos kilómetros de la casa.

—Creí haberte oído hace unos minutos.

—Debe de haber sido Jud. No quería molestarte usando el baño que hay justo encima de tu habitación y le dije que utilizara el mío —parecía haber interferencias en la línea—. Harley, ¿me oyes?

—¿Hummm?

—Si creíste oírme en la planta de arriba, quiere decir que sabías dónde estabas.

Harley se sintió atrapada en su propia red.

—Sí, supongo que así es.

—¿Lo supones?

—Vale, vale, lo sabía —admitió, aunque no pensaba reconocer que había deseado que estuviera con ella.

—¿Te gustaría que estuviera ahí contigo?

Harley se dijo que aquel hombre leía sus pensamientos.

—¿Y qué pasa si digo que no?

—Entonces ponemos punto final.

Harley se preguntó a qué se referiría. A la conversación telefónica, a su estancia en el rancho, a su oportunidad de demostrarle lo que se estaba perdiendo.

—¿Y si elijo que sí?

—¿Por qué no lo dices y así lo averiguas?

Quería hacerlo. Por supuesto que sí.

—No creo que las monjas lo aprobaran.

—No creo que las monjas sepan… —dejó la frase sin terminar, sugerentemente.

—Vamos Gardner, ¿cómo no lo van a saber?

—Tienes razón —rió de nuevo con picardía—. Con los ruidos que haces…

—Gardner —gimió, feliz de que no pudiera verle la cara, aunque en el fondo tampoco importaba mucho, cuando ya había visto el resto.

—¿Te da vergüenza, Harley?

Harley se metió debajo de las sábanas con teléfono y todo, pero ello no impidió que se oyera su gemido, sino que se hiciera más audible.

Gardner se echó a reír.

—Harley, eres una extraña mujer. Después de todo lo que hemos hecho y hablado, no puedo creerme que te avergüences por esos sonidos que emite tu garganta.

Harley enrojeció aún más.

—No es que tu seas muy silencioso, Gardner Barnes.

—Tal vez no lo sea —gruñó—, pero creo haber demostrado bastante fortaleza, aguantando tanto tiempo.

—Desde luego fuerza de voluntad tienes. No sé si pasaría una hora, desde el momento en que te vi por primera vez hasta que me llevaste a la cama.

—¿Qué le voy a hacer si soy irresistible para las mujeres que llevan braguitas blancas?

Harley se estremeció.

—Por cierto Gardner, esas braguitas...

Se oyó una risa victoriosa al otro lado de la línea.

—No pienses por un momento que te las voy a devolver.

Harley no supo qué contestarle.

—¿Dijiste que estabas a unos dos kilómetros de la casa?

—Sí, sentado en el Rover con la puerta abierta. Terminé con el capataz del acre 52 y, cuando volvía, pinché, así que me detuve aquí. Llevaba mucho tiempo sin venir y es uno de los lugares del rancho que más me gusta.

Harley oyó cómo se cerraba la puerta del Rover y tuvo la sensación de que se marchaba.

—¿Estás de vuelta?

—Todavía no. He salido del coche y estoy apoyado en el parachoques, disfrutando de la vista. Hay un nogal, cuyas ramas caen sobre una charca a donde el ganado suele acudir a beber y en esté preciso momento un millar de estrellas se reflejan en él.

Harley cerró los ojos y se dejó llevar por sus palabras, sintiendo que estaba a su lado.

—Un día, Harley voy a traer aquí a mis hijos —se notaba emoción en su voz—. Quiero que trepen hasta lo alto de este árbol y divisen sus tierras desde allí. Tierras interminables. Quiero que vean un cielo que toca el suelo.

»Deseo que oigan los sonidos de la noche: los grillos y las ranas que acuden a la charca; a los coyotes aullar a muchos kilómetros de distancia; al ganado cuando viene a beber. El viento.

Harley oía eso y más. La voz de Gardner, estaba impregnada de amor y respeto por aquella tierra a la que llamaba hogar y decidió que averiguaría la razón por la que pensaba que no podía dar a una mujer el mismo amor.

—Parece que estuvieras describiendo el paraíso. Me encantaría verlo.

—Hagamos una cosa. Como parece que tendré el viernes libre gracias a Ty y Jud, podemos llevarnos un picnic y te mostraré la idea que tienen los Barnes de acampar al aire libre.

—¿Será nuestra segunda cita?

—Cita, seducción, llámalo como quieras, pero no te sorprendas si me salto el plato principal y paso directamente al postre.

Le recordó primero desnudo y después dentro de ella. Se preguntó cómo iba a resistir hasta el viernes.

—No sé si podré esperar tres días —dijo él en voz baja, haciéndose eco de sus sentimientos.

—Yo tampoco —admitió ella, sintiéndose ya como embriagada.

—¿Sabes por qué no estoy contigo en este momento?

—Creo que tengo una ligera idea.

—¿Entonces estás de acuerdo conmigo en que los dos tenemos mucho que pensar después de lo que hemos hablado hoy?

Harley asintió con un suspiro, a sabiendas que sería un milagro que resolvieran algo antes del viernes.

—No he hecho otra cosa que pensar desde que me metí en la cama.

—He estado pensando en eso, en ti acostada, mejor dicho en ti y en mí en la cama esta tarde. En qué aspecto tendrías embarazada de un hijo mío.

—Gardner…

—Ya, ya sé que no quieres hijos —dijo con voz ronca—. Cuando tenga hijos, y no dudes que los tendré, Harley, no quiero que tengan nunca la incertidumbre de no haber sido deseados. Estaré allí para ellos las veinticuatro horas del día.

Sintió como si le hubiera caído un ladrillo encima. ¿Por qué estaba malinterpretando sus palabras? ¿Por qué le hablaba con esa agresividad? ¿Por qué en ese momento?

Gardner continuó.

—No habrá ningún viaje de fin de semana durante el cual se queden solos en casa y nunca se acostarán preguntándose por qué no he hablado con ellos en todo el día.

De repente Harley se dio cuenta de que no sólo estaba hablando de ella, también estaba hablando de su propio pasado.

—No me cabe duda de que serán hijos deseados. ¿Pero los querrás? —respiró profundamente y siguió hablando—. ¿Te molestará que te despierten a medianoche para pedirte un vaso de agua? ¿Cambiarles las sábanas horas después? ¿No te importará quedarte sin dormir porque están enfermos, cuando tienes una reunión importante al día siguiente? Esas cosas requieren amor, Gardner. Yo lo sé muy bien porque Everly las hacía por mí cuando mis padres no tenían tiempo.

Cuando vio que no respondía, se preguntó si habría ido demasiado lejos. Oyó un suspiro profundo.

—Haz algo por mí, Harley.

—Si puedo.

—Si ocurre algo por lo que ha pasado esta tarde, házmelo saber.

Harley se apretó el vientre.

—No va a ocurrir nada, Gardner.

—Los preservativos no son seguros al cien por cien. Los dos lo sabemos.

—¿Qué te pasa, Gardner?

—Nada, nada en absoluto.

—¿Entonces por qué hablas así?

—¡Dios mío, Harley! No puedo imaginar nada más hermoso que un hijo tuyo, excepto tú misma, claro.

Harley cerró los ojos y la esperanza resurgió en ella por la emoción de sus palabras. La belleza de la qué hablaba no era nada

físico, sino la que habían creado juntos haciendo el amor. Quería creerlo así. Necesitaba creer que Gardner era un hombre de sentimientos profundos y estaba dispuesta a convencerlo para que ampliara esos sentimientos hasta el amor.

—Bueno —empezó a decir con la voz ronca por la emoción—, yo también creo que tú eres hermoso.

Gardner se echó a reír.

—Vamos, Harley. ¿Hermoso un hombre?

—Sí, hermoso y cariñoso —suavizó la voz a propósito—. Un poco brusco, pero eso lo podemos solucionar.

—¿Hablas en plural?

—Sí, porque no me pienso marchar hasta que no consiga mi picnic y… mis braguitas.

Gardner abrió la puerta del frigorífico y, apoyado en ella, se quedó mirando al interior. La casa estaba ya en silencio cuando entró, pero aun así había dejado las botas en el servicio.

Jud había estado intentando educar a Gardner para que fuera un buen marido desde que llevara a Harley a casa, así que pensó que no estaba bien que dejara barro en el suelo de la cocina.

Tampoco que trabajara hasta las once de la noche.

Lo que debía haber sido una corta visita a los pozos petrolíferos había durado tres horas. No era que no confiara en sus hombres y, además, no le había gustado dejar sola a Harley otra vez después de la cena, pero si no lo controlaba todo, echaría a perder lo que había conseguido a base de trabajar duro toda su vida.

Los pozos petrolíferos no daban tanto dinero como antaño, pero los precios de la carne fluctuaban mucho, así como los beneficios que obtenía arrendando algunas de sus tierras.

Desde que Harley había llegado le costaba más dedicarse a sus negocios, porque le gustaba mucho estar con ella. Le había costado mucho estar fuera hasta las once de la noche dos días seguidos, pero había sido necesario.

Había trabajado muy duro durante ocho años para rehacer el negocio familiar, después del estado en Ve lo había dejado la negligencia de su padre. No iba a dejar que una emoción tan destructiva como el amor arruinara lo que había creado en Camelot para su familia.

Al tiempo que se daba cuenta de que en el frigorífico no se encontraban las respuestas a sus dudas y de que, de todos modos, no tenía hambre, oyó un grito de alegría, y las palabras «Jaque mate» procedentes de la sala de estar.

Se dirigió hacia allí y se quedó parado en la puerta viendo a Jud sentado en su sillón favorito con el tablero de ajedrez delante de él, sobre la mesita de café. Harley estaba frente a él, sentada en el suelo con las piernas echadas a un lado.

—¡He ganado! No me lo puedo creer —echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas.

Gardner no oyó la réplica de su tío porque estaba demasiado ocupado mirando a Harley. Empezó a retroceder, pensando en volver al baño, ponerse las botas y marcharse a dormir al aire libre o a un hotel.

Pero, como si hubiera sentido su presencia, Harley se volvió hacia él, y por más que intentó moverse, no pudo.

Se la veía alegre de verlo. Más que alegre, la cara le brillaba como iluminada por la luz del sol, y sus ojos le decían que había estado esperando con impaciencia su regreso. Su único deseo en aquel momento fue tomarla en sus brazos, llevarla a la cama y dejar que calmara sus dolores.

Pero lo que hizo fue cruzar la sala, y dejarse caer en el sofá.

—No sé si te lo vas a creer, Gardner, pero he conseguido ganar a tu tío.

Por la mirada aturdida de su tío, se dio cuenta de que era verdad. Jud no le había dejado ganarle. Lo había hecho ella sola, ganándose así un lugar de honor en el corazón del anciano.

—Entonces, ¿cuánto has perdido, Jud? —preguntó al tiempo que estiraba las piernas en el sofá, apoyando un brazo en el respaldo.

—La verdad es que no he perdido nada más que un par de horas

de sueño.

—¿Y eso? —preguntó Gardner.

—Harley había dicho que haría el desayuno si perdía esta partida.

—Sí, pero ahora podré dormir unas horas más —dijo, riendo—. A propósito, me gustan los huevos poco hechos, si no te importa.

—Después de lo bien que has jugado, te mereces que te los lleve a tu habitación —dijo Jud, al tiempo que se levantaba. Le dio un golpecito cariñoso en el hombro al pasar—. Ahora te toca a ti, Gardner. A ver si puedes salvar la reputación de los Barnes.

—Esta noche no.

—¿No puedes soportar la idea de perder? —le preguntó Harley, cambiando de posición para verle mejor.

Al verla sonreír vio por un momento a la niña que había imaginado haciendo galletas, para pasar enseguida a ver a la mujer con la que había hecho el amor.

Tenía que tener cuidado, o la combinación de ambas podría ser su perdición.

—No. Esta noche no tengo fuerzas ni para pensar.

—Bueno, me voy a la cama —dijo Jud, pero antes de salir se detuvo en la puerta—, pero no te creas que me he olvidado de nuestra cita. Te espero en la cocina a las siete.

—No me lo recuerdes —se quejó ella.

—¿De qué va esto? —le preguntó Gardner, una vez que Jud había salido.

—Como perdí la primera partida, tengo que fregar los platos.

—Ya te dije que no quería que trabajaras mientras estuvieras aquí.

—Tranquilízate, Gardner —le dijo Harley, al tiempo que guardaba el tablero de ajedrez—, necesito mantenerme ocupada.

Gardner se sintió culpable de no tratar a su invitada cómo debía, manteniendo de ese modo las distancias. Estaba harto de esas distancias, de luchar de ese modo consigo mismo, de que los errores

de su padre gobernaran su vida.

Abrió más las piernas, se sacó la camisa de los vaqueros y se desabrochó el primer botón del pantalón.

—¿Por qué no vienes aquí conmigo? Yo te mantendré ocupada.

—No estoy segura de que este sea el lugar ni el momento adecuado para la idea que tienes de mantenerme ocupada —se había puesto de pie y señalaba su erección con el dedo.

Gardner puso los ojos en blanco.

—Harley, estoy agotado. Llevo dieciocho horas con esta ropa y me siento sucio, pero no por eso voy a dejar de desearte más que respirar.

»De todos modos, lo único que quiero en este momento es que vengas aquí, te sientes en mi regazo y me beses hasta que perdamos los dos el conocimiento. Estoy demasiado cansado para nada más. Y si no es mucho pedir, me gustaría que me dieras un abrazo de buenas noches.

No le había dado casi tiempo a abrir los brazos, cuando ya estaba acurrucada en ellos. La abrazó con fuerza preguntándose si habría sido alguna vez tan feliz en tu vida y cómo se las iba a arreglar sin ella cuando regresara a su casa.

Minutos más tarde, Harley levantó la vista y le pasó el pulgar por el borde de los ojos.

—Pareces cansado.

Gardner echó la cabeza hacia atrás en el sofá.

—Estoy sucio y agotado.

—Hueles a trabajador honrado —le dijo

Harley apretando la cara contra su pecho y aspirando hondo.

—Sí, y a grasa y sudor.

—Mmm, mucho mejor —le respondió al tiempo que se estiraba a lo largo del cuerpo masculino metiendo los pies entre sus piernas.

—Podría acostumbrarme fácilmente a esto —había cerrado los ojos, al sentir el peso de Harley acomodado tan agradablemente contra su cuerpo.

—¿Y esto qué te parece? —le preguntó, mientras le masajeaba la nuca, tratando de relajarle los músculos.

—Sí, a esto también —con la otra mano le estaba masajeando desde los hombros al cuello. Gardner gimió de placer al sentir las manos de Harley apretándole, masajeándole, frotándole.

—¿Te sientes bien?

—¿Acaso no se nota? Estoy en la gloria.

—Deberías contratar a una masajista —susurró Harley, dándole besitos en las mejillas.

—De ninguna manera —sentía el cuerpo convertido en gelatina.

—¿Por qué no? Estás disfrutando, así que está claro que te está haciendo bien.

—Tú eres la que me estás haciendo bien —ahora le estaba acariciando el cuero cabelludo.

—Un profesional sabe mejor qué músculos masajear.

—Yo no quiero ningún profesional. Te quiero a ti.

Se acercó más a él y sin dejar de darle masajes le metió la lengua en la oreja.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

La temperatura de su cuerpo parecía incrementar poco a poco y al mismo tiempo sentía que se derretía.

—¿Por qué me quieres a tu lado?

—Estoy demasiado cansado para pensar, Harley. Y para hablar.

—Pues no pienses, ni hables —apoyó una vez más la cabeza en el pecho masculino y se apretó contra él—. Quiero que sientas. Cierra los ojos y siente.

Gardner se dijo que no podía hacer otra cosa que sentir, después de cómo había conseguido relajarlo y preparar su cuerpo para el sueño. Sentir cómo le acunaba contra ella con dulzura.

Aquella mujer estaba empezando a hacerle dudar de la manera lógica con que había planeado su vida.

Lo último que pensó antes de que Harley apagara las luces fue que aquello no debería haber sucedido.

Cuando se despertó el viernes por la mañana, Harley estaba sola en el sofá. El olor y el calor de Gardner era lo único que quedaba de las horas que había pasado abrazada a él, sin dejar de besarse y acariciarse.

Mientras se estiraba se dijo que podría acostumbrarse con facilidad a ese tipo de noches. Se alegró de haberse pasado muchas noches jugando al ajedrez con su hermana. De no haberse quedado hasta tan tarde jugando con Jud, se habría perdido pasar un tiempo precioso con Gardner.

No estaba segura de haber progresado en su relación con Gardner después de la pasada noche, aunque le había mostrado el amor más tierno, el nacido de la compasión y la preocupación por el otro. Aquél era el día del picnic, cuando además iba a acampar al aire libre, y había planeado enseñarle más.

Ni siquiera le importaba tener qué fregar los platos, aunque cuando llegó a la cocina, después de pasar primero por su habitación a darse una ducha y cambiarse de ropa, se encontró con el lavavajillas A marcha.

Jud no sólo había limpiado la cocina, sino que le había dejado un plato de galletas y jamón y las instrucciones de cómo calentar el resto del desayuno en el microondas. A Harley se le escapó una sonrisa al pensar que a Jud no se le había ocurrido pensar que al cocinar sólo para una persona estaba muy acostumbrada a usar aquel electrodoméstico.

Aunque sabía que no debería desayunar, sobre todo después de los platos tan fuertes que le habían preparado desde su llegada, se sentó a la mesa y comió.

El reloj que había sobre el frigorífico dio las ocho. A Harley aquel silencio le resultó insoportable después de haber compartido los desayunos con Gardner, Ty, Jud y los hombres que trabajaban y vivían en Camelot, entre bromas y conversaciones sobre el trabajo que debían llevar a cabo cada día. Eran una gran familia y estaba

muy contenta de que Gardner la hubiera llevado allí. Aquella casa le parecía el mejor sitio para criar un hijo.

Después de fregar, salió al porche para contemplar la vista. La puerta metálica le golpeó el trasero, empujándola a bajar las escaleras más deprisa, sonriendo.

Se dirigió al granero. Al entrar le olió a heno, a grano, a cuero usado y a animales. De más allá de la fila de pesebres parecían proceder unos tenues arrullos, unos murmullos apagados. Se acercó más a la fuente de aquellos sonidos y se dio cuenta de que era la voz de Tyler. Cuando los murmullos empezaron a hacerse inteligibles Harley se detuvo.

—Vamos Guin, no te estoy pidiendo tanto. Vale que a mí no me hagas caso, pero sí que se lo tienes que hacer a tu médico. Ahora, abre la boca.

Harley se detuvo en el último pesebre. El perro, que estaba tumbado sobre unas mantas, la había olfateado y estaba más pendiente de su nueva distracción que de la pastilla que le quería meter Ty en la boca.

—¡Hola! —le dijo Tyler, tras descubrir su presencia.

—Hola —le respondió Harley, acercándose con cautela.

—Gardner no está aquí.

—No creía que estuviera —lentamente, para no alarmar al perro, se sentó cerca de ellos—. Salí a dar un paseo. ¿Qué le ha pasado? —preguntó Harley, al ver que el perro tenía el cuerpo vendado a la altura de las costillas.

—Es tan vieja que lo único que sabe hacer es ponerse en medio. El otro día me la llevé conmigo cuando fui a ver una ternera que uno de los hombres había encontrado ahogada. La bajé del camión, porque ya no puede hacerlo sola y, como estaba muy cansada del viaje se quedó dormida enseguida. Lo malo fue que se había tumbado muy cerca de una vaca que acababa de parir. Para cuando oí los golpes, Guin ya había conseguido meterse debajo del camión, pero la vaca estaba aún dando coces.

»Tiene muchas costillas rotas —le explicó Ty, al tiempo que estiraba las piernas—, y tantos puntos que parece una colcha hecha de recortes de tela. Las heridas no son graves, pero ha perdido su

espíritu.

—¿Hace mucho que la tienes? —le preguntó, mientras veía cómo la perra se medio tumbaba en el regazo de Ty.

—Gardner me la dio poco después de que murieran nuestros padres, y ya tenía cinco años —acarició el pelo del perro, con cariño.

—Nunca tuve una mascota —y cuando vio que Ty la miraba añadió—: al verte me has hecho desear haberla tenido.

—La verdad es que menos mal que no puede hablar, porque de lo contrario me traería muchos problemas, porque he contado a esta perrita más de lo que le he contado nunca a nadie —pareció ponerse un poco triste de repente—. La verdad es que se lo hice pasar bastante mal a Gardner los dos primeros años después de la muerte de nuestros padres. Pero luego me di cuenta de que era para mí mejor padre de lo que había sido nunca el mío. Además, ha sabido dirigir mejor el rancho —su rostro se iluminó con una sonrisa—. Supongo que debe ser porque ha sabido delegar en otros.

—Me pregunto por qué no me sorprende lo que me cuentas —dijo Harley, recordando todo lo que le había mandado hacer.

—Es un mandón —rió Ty—. Jud se encarga de mantener el material en buen estado, yo de los animales y de ir a clase y él cuida de todos nosotros —entonces la miró con expresión sincera—. Me alegro de que por fin haya encontrado alguien que se ocupe de él.

—No creo que Gardner necesite que nadie se ocupe de él.

—Claro que lo necesita, pero no quiere admitirlo. Por algún motivo, se convierte en un muro de ladrillo cuando se trata de relaciones sentimentales. O las cosas se hacen a su modo, o no se hacen, ¿no sé si me entiendes?

Claro que le entendía, y estaba haciendo lo posible por demostrarle lo que se había perdido hasta entonces.

—¿Cuánto tardará Guin en recuperarse?

Tyler bajó a la perra de sus piernas.

—Físicamente estará bien en un par de semanas. Nunca estará como antes, pero ¿qué se puede esperar de alguien que tiene

noventa años? Imagino que lo que más pena me da es perder a alguien que ha estado conmigo la mayor parte de mi vida —forzó una sonrisa y miró a Harley. Vio al adolescente que era aún reflejado en sus ojos—. Parecerá estúpido, pero siento un poco lo mismo cuando pienso que tendré que irme a la universidad el otoño que viene.

—No estoy segura de comprenderte.

—Te acostumbras a tener a unas determinadas personas a tu alrededor y cuando no las tienes, sientes que tu vida se trastoca.

Harley se dijo que hubiera dado cualquier cosa por haber nacido en una familia llena de tanto amor.

—Gardner siempre estará a tu lado cuando lo necesites, Ty.

—Ya, pero cuando me vaya a la universidad, ¿quién estará a su lado cuando lo necesite?

Capítulo 10

—¿Es que los Barnes queréis cebarme? —preguntó Harley. Una brisa fresca había refrescado el caluroso día.

—No sé de qué me estás hablando —le respondió Gardner, mientras acariciaba los labios de Harley con un tomate maduro. Un tomate del mismo color que sus pantalones.

Gardner había extendido una manta bajo el nogal y allí estaban sentados. Harley le sujetó la muñeca y empezó a chupar el tomate de entre sus dedos, que sabían a pollo y al propio sabor entre salado y dulce de la piel de Gardner.

Dio un mordisco y la boca se le llenó de semillas y zumo.

Gardner seguía moviendo los dedos por sus labios, acariciándolos, jugueteando con ellos. Ella le apretó la muñeca con más fuerza. Harley trató de recordar de qué estaban hablando.

—¿Cómo hace Jud estas galletas para que le queden así de buenas?

—Estoy seguro de que tu colesterol no quiere saberlo —apoyado en un codo, cómo un dios pagano, le pasó el pulgar por los labios—. Y no me acuses de estar metido en ninguna conspiración. No hay nada de grasa en este picnic.

Harley ya se había dado cuenta de que todo lo que habían llevado para el picnic era bajo en calorías. Lástima que no tuviera apetito.

—Lo has hecho muy bien, Barnes. Cualquier chica podría acostumbrarse a que la trataran así —le besó el dedo—. Todavía hay esperaza para ti.

—¿Por qué no dices que hay esperanza para nosotros, Harley? —se sentó más cerca de ella y empezó a acariciarle el pelo.

Harley casi se ahogó con una semilla de tomate.

—¿Ha llegado el momento de ponerse serios?

Se le quedó mirando un momento, tratando de ver más allá de lo

superficial. Entonces, negó con la cabeza y sus ojos dijeron que no.

—Creo que es hora de tomar el postre.

Gardner acercó su boca a la de Harley y ella le puso la mano en el pecho, notando cómo se estremecía con su contacto.

—Tengo una necesidad, Harley. Una necesidad imperiosa. Siempre la he tenido, pero ahora está conectada contigo —levantó la cabeza y la miró. Le brillaban los ojos—. No sé cómo explicarlo.

—Inténtalo.

—Empezó el día en que vi a una mujer muy sexy en un avión —le dijo con una sonrisa.

—¿Sexy? ¿Eso fue lo único que viste?

Se quedó callado unos segundos.

—Vi un hijo, Harley. Nuestro hijo —le respondió, tras quedarse pensativo un momento.

Hijos, siempre la misma historia. Harley dejó caer las manos sobre el regazo.

—Gardner, no me conocías entonces. Ni siquiera me conoces ahora.

Parpadeó y a Harley le dio la sensación de que en sus ojos ya no se reflejaba la preocupación que le había parecido ver antes. La promesa que vio en ellos le aumentó la temperatura del cuerpo y la animó.

—Eso se puede arreglar.

Harley sintió que se excitaba por momentos.

—Parece que tienes un plan.

—Lo que planeo es hacer esto bien, de manera que cada vez que te quites la ropa pienses en mí.

Entonces le quitó la ropa.

Y mientras el sol se ponía y la luna empezaba a proyectar su primera luz pálida, Gardner le hizo el amor como nadie hasta entonces se lo había hecho.

Harley se dio cuenta de que empezaba a amanecer. Miró a Gardner, tumbado a su lado en el Rover y se dio cuenta de que no esta dormido.

Ella se había adormecido algunos ratos, pero nada profundo. Era como si su subconsciente se negara a dejarle conciliar el sueño para así no perder ni un minuto de estar con él.

Se habían subido al coche sobre la medianoche, tras disfrutar de su dulce postre y habían pasado varias horas contándose secretos y jugueteando.

Pero ya había llegado el momento de dejar de jugar. Debía marcharse a casa el lunes y tenían aún algo que solucionar.

—¿Estás dormido? —le preguntó, poniéndose de lado, con las manos bajo la barbilla. Gardner asintió sin abrir los ojos, y ella lo besó en los párpados—. Quiero que hagas algo por mí.

—¿Otra vez?

Harley se dijo que era una suerte que estuvieran vestidos de nuevo, porque si no tal vez se hubiera sentido tentada a aceptar su oferta. Le parecía increíble que pudiera desearlo tanto.

—No, quiero que cierres los ojos y me digas lo que ves.

—Ya tengo los ojos cerrados.

—Entonces mantenlos así y dime lo que ves.

—Mmm. Venas enrojecidas.

Harley puso los ojos en blanco pensando lo raros que eran los hombres y se apretó más contra él. Le susurró al oído.

—Dime qué ves que te mantiene despierto.

—Veo… el futuro.

Sin tomar en cuenta que estuviera imitando a una pitonisa, Harley empezó a acariciarle el vello del pechó.

—¿Pero qué futuro, el de dentro de unos días, meses o años? Empecemos por lo que ocurrirá a partir del lunes, cuando me marche.

—¿Quién ha dicho que te vayas a marchar? —preguntó con el

ceño fruncido.

—Sabes que tengo que hacerlo.

—No sé nada, excepto que te quiero aquí conmigo —le dijo, tomándola de la mano.

—Venga, Gardner, ¿qué pasará después del lunes? —si quería que respondiera no podía dejarle desviarse del tema.

—Los lunes son siempre horribles —se quejó—, pero si te vas, por lo menos podré disfrutar tranquilo de mi calórico desayuno.

—Muy gracioso —dijo, sin poder reprimir una sonrisa—. ¿Algo más?

—Creo que utilizaré el caballo como medio de transporte. Porque el lunes el Rover olerá demasiado a ti.

Harley respiró profundamente.

—Creo que huele a nosotros.

Gardner le apretó la mano y se quedó un rato en silencio, después movió la cabeza.

—Todas esas horas sobre la silla de montar van a ser muy duras sin tener a nadie que me dé un masaje cuando vuelva a casa.

Harley no quería ni pensar que pudiera ser otra persona la que se ocupara de masajearlo.

—¿Y a la hora de la cena?

—¡Oh! Me enteraré punto por punto de los problemas que han tenido durante todo el día Jud y Ty. Después, me freirán a preguntas para enterarse de por qué no he conseguido que te quedes. El lunes va a ser horrible. No quiero ni pensarlo.

—Pobrecito —dijo, apretándose más a él—. Veamos si puedes predecir lo que pasará dentro de cinco años.

—Es fácil. Nos veo a ti y a mí, con... —cerró los ojos—. ¿Has dicho cinco años?

—Sí —susurró.

—A ti y a mí con tres niños acampados bajo este árbol. Los niños están dormidos. Dos de ellos son rubios y uno es moreno, pero tiene los ojos tan azules como los tuyos —Gardner le acarició el vientre

—. Y el que llevas en tu seno se parecerá a mí.

Harley sintió que el corazón le latía tanto que se le iba a salir del pecho. No podía ni hablar.

—¿Y viviremos aquí?

Asintió y se puso las manos debajo de la cabeza.

—Tendremos la casa llena de tus antigüedades. Es posible que debamos ampliar los establos porque los niños tienen que tener caballos, ¿sabes?

»Tendremos sillas altas, cunas, sombreros de niño y zapatitos por todas partes. Los niños tendrían muchos tíos que los mimarían. Seríamos la familia perfecta.

—¿Cómo la que tienes ahora?

Dudó un momento.

—¿Qué tiene de malo mi familia?

—Nada en absoluto. Sólo quería saber qué es lo que ves mantiene a los tres tan unidos.

—Tener la misma sangre y el compromiso que se adquiere con ello. Respeto, honor —se encogió de hombros—. Todas esas son cosas que forman parte de constituir una familia.

—¿Y el amor?

Entonces, se despertó por completo, con tanta rapidez que cuando se apoyó en el codo, Harley perdió el equilibrio y se cayó para atrás, golpeándose en la cabeza.

—¿Quieres saber lo que he visto que hace el amor? Te lo voy a contar. He visto cómo un marido se emborracha día tras día y se va a llorar sobre la tumba de su esposa; cómo un padre mira a su hijo con la mirada perdida como si no pudiera recordar su nombre. Cómo decide después reunirse con su esposa muerta, sin importarle que sus dos hijos se queden solos.

Harley sintió cómo le corrían las lágrimas por las mejillas. Se apresuró a ponerle un dedo sobre los labios, pero le temblaban las manos.

—Eso no es amor, Gardner.

—Claro que no. Tal cosa no existe.

—Sí que existe —insistió.

—No, no creo que exista nada sano en esa emoción que lleva a una persona a ejercer un poder tan destructor sobre otra—. Creo en ti y en mí —le retiró un mechón de la cara con cariño—. Creo que tenemos un futuro juntos. Te puedo dar seguridad, felicidad, estabilidad financiera y te puedo dar hijos.

—Pero no puedo darte lo que no tengo.

Gardner no estaba seguro de que lo que sentía fuera pena, pero desde luego no se alegraba de verla partir. Con una mano en la portezuela del coche y la otra en el techo, se resistía a dejarla marchar.

—Gardner —le dijo con una sonrisa amarga—, creo que no voy a poder ir muy lejos contigo colgado de la puerta.

No quería que se fuera, aunque no creía haberla convencido de nada excepto de que la quería en su cama.

—Sería un modo de dar que hablar a los policías de tráfico.

—Sí, seguro que saldríamos en los periódicos —de repente su rostro cambió de expresión y empezó a juguetear con los botones de la camisa masculina—. Los dos sabíamos que esta semana no podía durar para siempre, Gardner.

Gardner se quedó pensativo un momento, dándose cuenta de que en realidad no había querido creerlo.

—¿A qué hora crees que llegarás a casa?

—Con buen tiempo, y si las carreteras son buenas, estaré allí hacia las ocho.

—Te llamaré a las diez.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí —miró cómo se movían los dedos femeninos bajo su camisa —, sí que tengo por qué.

—¿Para vigilar cómo va tu última inversión? —le preguntó,

levantando una ceja.

Pensó que sería muy fácil si sólo fuera eso para él.

—Sabes muy bien que es mucho más que eso.

—¿De verdad? —preguntó casi sin voz.

Era mucho más. No se atrevía a decir cuánto más.

—Me sentiré mejor si sé que has llegado a casa sana y salva.

—Entonces te llamaré yo cuando llegue.

—No, te llamaré yo a las diez. Así tendrás tiempo de deshacer la maleta y descansar un poco.

—¿Y si me quedo dormida?

Con la cabeza echada a un lado, se acercó más a ella y le tomó la mano.

—Ya deberías saber que se me da muy bien despertarte.

—Vaya pareja que hacéis Tyler y tú —se echó a reír, al tiempo que se soltaba la mano—. Estoy segura de que echaré de menos mi dosis de ego de los Barnes.

—No —le colocó un mechón tras la oreja.

—¿Por qué? ¿Vas a enviar a Tyler a vivir conmigo?

Gardner entrecerró los ojos.

—Deja a Tyler fuera de esta conversación.

—Vamos, Gardner —le puso la mano en el pecho—, estoy intentando hacer más fácil la despedida.

Gardner se dio cuenta de lo deprimido que estaba. No se había encontrado así desde que su padre escogió las píldoras en vez de quedarse con sus hijos, sin dejarle la oportunidad de preguntarle el porqué.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

Sabía lo que le ocurría pero no quería reconocerlo.

—Nada. Mira tal vez sea mejor que vuelva al trabajo. Tengo mucho atrasado.

Harley se sintió herida y bajó los ojos con tristeza

—No tenía intención de... —se preguntó de cuántas cosas más se arrepentiría además de haberle hecho daño.

—No, tienes razón. Yo también he dejado abandonadas muchas cosas esta semana.

—¿Mereció la pena? —preguntó él a su pesar.

—Sí, no me había dado cuenta de lo mucho que había estado trabajando y de cuánto necesitaba un descanso.

—¿Un descanso?

—Bueno, llamémoslo una distracción.

Se tocó el ala del sombrero.

—¿Así que ahora soy una distracción?

Con una mano en el volante le dedicó una sonrisa picarona.

—La mejor que he tenido nunca.

—¿Cuándo quieres que te distraiga de nuevo?

—Por desgracia no me será posible en una temporada. Empieza el verano y es el período del año en que estoy más ocupada —se encogió de hombros—. Ya conoces la ley de la tierra, mi negocio es lo primero.

Por alguna razón, su propia excusa le sonó poco convincente en boca de Harley.

—¿Cómo ves el futuro?

—No lo sé —le respondió Harley—. Eso es algo que tenemos que dilucidar entre los dos.

—¿Por qué no piensas en esto...? —le tomó la cara entre las manos y la besó con pasión.

Notó cómo ella le respondía, cómo el cuerpo femenino buscaba el suyo y sintió la imperiosa necesidad de sacarla del coche y tirarla al suelo.

Era un deseo primario, salvaje. El que siente el animal por su compañera. Supervivencia y creación. La tierra el viento, la lluvia. Se había pasado toda la vida luchando contra lo que sentía ahora.

Harley Golden vivía bajo su piel y ahora se daba cuenta del dolor que había sentido su padre.

—Ha llegado la hora del reparto.

Con el paquete de color marrón bajo el brazo, Mona atravesó la tienda. Con los ojos abiertos de par en par, Harley observó el movimiento de caderas de su ayudante. Esta vez sí que se había pasado con el modelito. Llevaba un corpiño hecho con monedas antiguas y eslabones de cadenas y al andar hacía el mismo ruido que un fantasma arrastrando sus cadenas. En cuanto a la minifalda, se le ajustaba al cuerpo como un guante.

Sintió ganas de reír, aunque no estaba de humor. Llevaba tres días alimentándose sólo de arroz porque tenía un virus en el estómago que tan sólo le permitía digerir ese alimento.

Pensó que la vida era injusta. Por fin había terminado con el encargo del doctor Fischer y no podía disfrutar de su éxito.

—¿De quién es esto?

Mona leyó el nombre en la etiqueta y Harley suspiró.

—Debería alegrarte más recibir la pieza que te faltaba del encargo del doctor Fischer —le riñó Mona.

—No me encuentro con ánimos para celebraciones.

—Bueno, cómo estás. Mantén tus gérmenes apartados de mí. Tengo que preparar una boda y no quiero que nada interfiera en mi camino.

Al volver de Camelot, hacía ya un mes, se había enterado de que por fin Gibson le había pedido en matrimonio. Y como no le había regalado un anillo de compromiso, Mona se había puesto un diamante en la nariz.

—No sé. Creo que tu piel necesita más color. Si quieres, podemos compartir el amarillo de la mía.

—No, gracias. La boda va a ser en blanco y negro. No quiero ir del color de un abejorro.

—¿Te he dicho cuánto me alegro por ti? —le preguntó Harley—.

Todas las mujeres se merecen una alegría como ésta.

—Sí, estoy muy contenta.

Harley cerró los ojos y pensó en Gardner y lo que podría haber sido, hasta que Mona se acercó a su mesa, moviendo todo el metal que llevaba encima.

—Voy a dejar esta caja detrás de tu mesa y cuando llegue el doctor Fischer le enviaré directamente a ti.

—Te estás acercando demasiado a mis gérmenes, ¿no te parece?

Mona se apoyó en la mesa de Harley y movió la cabeza.

—Estaba bromeando con lo de los gérmenes. Yo soy naturalmente inmune. Deja de poner esa cara y dime qué te pasa.

—Necesito unas vacaciones —dijo Harley, hundiéndose en su silla.

—Pero si acabas de volver de vacaciones.

—Me refiero a unas vacaciones de verdad, con sol, arena y el doctor Fischer lejos de mí.

—¿Cómo? ¿Lejos del salvaje oeste? ¿Sin ranchos para turistas? —la luz se reflejó en el diamante que llevaba en la nariz.

Harley no había pensado nunca en los Barnes llevando un rancho para turistas. Ellos se tomaban su trabajo muy en serio, aunque fueran personas bromistas. No jugaban con él. Con lo único con lo que había visto jugar a Gardner había sido con tomates o plumas...

—Te has puesto roja, Harley. ¿Tienes fiebre?

—Estoy bien —afirmó, aunque se sentía febril y echaba mucho de menos a Gardner. Aquellas cuatro semanas de llamadas telefónicas se le habían hecho interminables.

El día que se separó de Gardner debería haberle dicho que encontraría un hueco para verlo cuando quisiera. Lo único que él tenía que hacer era llamar.

Por supuesto la había llamado. Habían seguido sosteniendo las mismas conversaciones calientes, hasta hacerla obsesionarse, y siempre conseguía desviarla del tema esencial.

El amor.

Mona le tocó la frente con la mano.

—No estás caliente.

—Ya te dije que me encontraba bien —para probárselo, se puso de pie. Lo consiguió, aunque lentamente—. Sujeta la caja un momento mientras le quito el envoltorio.

—¿Qué es?

—Un maletín de médico de los años veinte.

—Al doctor Fischer le encantará —afirmó Mona.

Harley pensó que no tanto como le hubiera gustado el que tenía Gardner en su desván. El que le tenía aferrado al pasado. Nunca hablaba del futuro, de su futuro, a no ser que estuviera conectado con el hecho de dar continuidad al apellido Barnes. No resultaba muy romántico saber que la veían como una yegua de cría.

—Harley, la verdad es que tienes mala cara.

Harley trató de apartar de su mente los pensamientos depresivos.

—Estoy muy cansada. Entre el doctor Fischer y la señora Mitchmore esta semana ha sido terrible.

—Entonces sube arriba y acuéstate. El maletín parece estar en muy buenas condiciones. Yo me ocuparé del doctor Fischer.

La oferta de Mona le sonó a gloria. Lo que más le apetecía era meterse en la cama, hacerse un ovillo y dormir el resto del día.

Miró el reloj y se dio cuenta de que sólo eran las cuatro. Todavía…

—¿Estás segura de que no te importa?

—Si me importara, no me habría ofrecido.

Harley le dio una palmadita en el hombro. —Sí, eres la única persona sincera de verdad que conozco.

—Eso es porque he aprendido a ser completamente sincera conmigo misma.

Harley se dijo que aquella era otra virtud que algunas personas

no querían aprender.

Harley se marchó, dejando instrucciones a Mona de cómo tratar al doctor Fischer. Sintiéndose un poco culpable, subió las escaleras, arrastrando su cuerpo cansado. Sentía que los pies le pesaban una tonelada.

Se quitó la ropa y se acostó tan sólo con una camiseta vieja de la universidad de Texas. No llevaba ni cinco minutos hecha una bola al calor de una gruesa colcha antigua, cuando sonó el teléfono.

Enseguida supo que era Gardner. Sin mover un músculo, sin respirar, sin otro pensamiento, supo que era él.

Su persecución estaba siendo tan intensa que había empezado a minar su resistencia a darse por completo sin que antes le dijera que la amaba. Era consciente de que estaba a punto de rendirse, por mucho que la razón le dijera que no lo hiciera.

Levantó el auricular antes de que lo hiciera el contestador.

—¿Diga? —murmuró.

—Por tu voz, se diría que no estas mejor que ayer.

Sin hacer caso de los ruidos que le hacía el estómago, Harley se apretó la garganta.

—Esto también pasará.

—Bueno, si no es así, quiero que vayas al médico.

Como no se sentía bien, su comentario no le gustó.

—Llevo cuidando de mí misma durante treinta años. Creo que soy yo la que debe juzgar si necesita o no un médico.

—Eso cuando puedes pensar con claridad.

—¿Acaso estás insinuando que no es así?

Gardner se quedó callado un momento. A Harley no le pareció una buena señal que pasara una cosa así al inicio de la conversación.

—¿Sabes, Harley? No he llamado para pelearme contigo.

—Ya lo sé. Lo siento —y era así de verdad. Lentamente, contó hasta diez con los ojos cerrados—. Me has pillado medio dormida. Como estuvimos hablando ayer, no esperaba tu llamada.

—No, Harley, el que hablé fui yo. Tú murmurabas y gemías, que es otra de las razones por la que he vuelto a llamar. Para ver si te sentías mejor. Pero esta claro que no es así.

—Estas cosas duran normalmente dos o tres días. Estoy segura de que me encontraré bien mañana.

—Si no es así, ¿llamarás al médico?

—Lo pensaré.

—¿Pero no me lo prometes?

—¡Vamos, Gardner! —se echó de espaldas, con las piernas subidas a la altura del pecho y fijó la vista en los dibujos circulares que hacía el ventilador sobre el techo—. No es más que una bacteria. Nada grave.

—Si estás segura de ello —admitió, aunque no sonara muy convencido.

Harley no sabía si sentirse triunfante o enfadada. ¿Con quién estaba hablando? ¿Con el dueño de Camelot o con su amante?

—Mmm... Al ver toda esta preocupación cualquier chica podría pensar que te preocupas por ella.

—Y así es, Harley.

Lo sabía, igual que sabía que se encontraba mal y la estaba pagando con él.

—Olvidemos lo dicho hasta ahora y empecemos de nuevo.

—¿Has llamado por algo más que oír mi linda voz?

—Bueno, si esa hubiera sido la única razón por la que hubiera llamado, a buen seguro estaría decepcionado, ¿no te parece? —se le notaba en la voz que estaba irritado.

Harley se frotó las sienes. Primero el estómago y ahora la cabeza. No creía que pudiera soportar además que algo le lastimara el corazón.

—Gardner, ¿por qué estamos haciendo esto?

—Sobre todo porque nos sentimos frustrados. Ya no nos bastan las llamadas de teléfono. Y antes de que me vuelvas a atacar, quiero decirte que te echo de menos.

Harley se subió la colcha hasta la barbilla y se hizo un ovillo, sin despegar el teléfono de la oreja. Lo deseaba, más que eso, en aquel momento lo necesitaba. Necesitaba que le dijera que le gustaría estar allí para cuidar de ella y abrazarla hasta que se sintiera mejor.

Que le hubiera dicho que la echaba de menos era una buena señal. Dejó escapar un suspiro.

—Yo también te echo de menos.

—Sentí algo muy extraño al ver cómo te alejabas de mí en tu coche aquel día —continúo, como si no la hubiera oído—. Sigo pensando que no deberías haberte marchado, que perteneces aquí, que tienes tanto derecho a estar en Camelot como Tyler, Jud o yo. Me costó mucho convencerme de que no nos habíamos conocido lo bastante como para sentirme de aquella manera.

—¿Y lo conseguiste?

—¿El qué?

—Convencerte a ti mismo.

—No.

Harley sintió que le costaba respirar. Le resultó increíble que una palabra de tan sólo dos letras pudiera significar tanto.

Gardner respiró hondo lentamente y Harley se puso tensa, esperando y esperando oír la frase mágica.

—Tengo la sensación de que hace muchos años que te conozco —consiguió decir finalmente con voz apasionada—. Tengo la sensación de que has sido una parte de mi vida desde antes de conocernos. ¿Cómo explicarías algo así, Harley?

Harley quería gritarle que aquello se llamaba amor pero se calló.

—Si estuvieras aquí, podría cuidarte —le dijo Gardner y después se echó a reír—. Podríamos prescindir de los huevos con bacon y pasar directamente a la harina de avena.

—¿Y un par de galletas de Jud?

—Galletas, tostadas, bollos. Lo que tú quieras, si eso te ayuda a recuperarte.

—¿Y me vas a mimar?

—Todo lo que quieras, cariño. Te puedo dar masajes, prepararte burbujeantes baños calientes. Y además todos los abrazos y besos que quieras.

—Me estás haciendo una oferta tentadora, Gardner Barnes.

—Es exactamente lo que quiero, Harley Golden. No me gusta pensar que te encuentras sola cuando estás enferma.

—¿Y el resto del tiempo?

—El resto del tiempo prefiero que estés sola, a no ser que yo te haga compañía.

—Ya salió la vena posesiva —bromeó Harley, pero in el fondo le gustaba que fuera así.

—Claro que soy posesivo con todo lo que es mío. Y procuro cuidarlo.

Harley estaba segura de que cuidaría de ella. Aquello era sin duda amor, pero, ¿por qué no pronunciaba las palabras? Se preguntó si podría vivir sin oírlas.

Pensó que tal vez la enfermedad le hacía ver las cosas más negras de lo que eran.

—La verdad que me parece interesante eso de los masajes y los baños.

—¿Qué te parece si lo ponemos en práctica la semana que viene?

—Demasiado tarde. ¿Qué te parece mañana, cuando me encuentre mejor?

—Es que la semana que viene iré a Houston para una reunión. Iré el viernes. Quiero pasar el resto del fin de semana contigo.

—¿Otra cita?

—No. Esta es la seducción definitiva. Quiero verte donde trabajas, donde vives. Pero no pienses en enseñarme la ciudad. La única ruta que quiero seguir es la más corta desde tu casa a mi hotel.

—No, quiero que te quedes aquí conmigo, que veas donde te estás metiendo —le dijo, aunque en realidad pensaba que quería que se diera cuenta de que sus estilos de vida eran diferentes y que

el de ella no era compatible con criar unos hijos.

—¿En lo que me estoy metiendo? ¿Quieres decir que estás pensando a largo plazo?

—Digamos simplemente que las posibilidades son infinitas —afirmó, pensando que lo que no sabía él era que no había hecho más que empezar a luchar.

Capítulo 11

Nada más colgar, Gardner tomó el informe que había dejado encima de la mesilla. La decisión de investigar a Harley había sido una cuestión de negocios, pero la había tomado meses atrás, antes de conocerla; antes de que se convirtiera en algo más que un negocio, en algo más que el medio para alcanzar un fin.

Volvió a leer las líneas mecanografiadas. La investigación había sido una total pérdida de tiempo, porque aquellos papeles no decían nada que ya no supiera. Harley había sido sincera con él desde el principio, a pesar de lo irresponsables que habían sido sus padres.

Se frotó los ojos doloridos. No se explicaba lo que le pasaba. Nunca había sido el tipo de hombre que se obsesionara con nada, pero no podía llamar de otro modo a la opresión que sentía en el pecho, al dolor agudo que sentía en el estómago cada vez que pensaba en Harley.

Si llamaba a eso amor, sería tan débil como su padre, y si por algo había luchado en la vida, había sido por convertirse en un hombre más fuerte que el que tiró por la borda su vida por una intangible emoción llamada amor.

Aquella noche, Gardner entró en el salón con el informe del detective en la mano, apoyó un brazo en la repisa de la chimenea y acercó los papeles al fuego, deleitándose en ver cómo eran devorados por las llamas.

—Ya empezaba a hacer frío aquí.

Gardner se volvió y vio a Jud sentado en su sillón, colocándose la manta sobre las piernas.

—,¿Te encuentras mejor? —le preguntó Gardner.

—No es nada que un trago de Jack Daniel's no pueda curar —apretando el puño contra el estómago, sonrió a Gardner—. La verdad es que no recuerdo por qué dejé la bebida.

—Yo sí lo recuerdo —le respondió Gardner, dándose cuenta del cansancio que reflejaban los ojos de su tío—, y te garantizo que necesitas más descansar que un whisky. Parece como si tuvieras la misma dolencia de Harley.

—Ahhh —empezó a decir Gardner, arrastrando la palabra a propósito—, así que seguís hablando.

Gardner echó los hombros hacia atrás, tratando de aliviar la tensión que llevaba ya tiempo sintiendo.

—¿Existe alguna razón por la que no deberíamos hacerlo?

Jud movió la cabeza.

—En absoluto, pero no habías vuelto a mencionar a la chica desde que se marchó. Eso es todo.

—Creo tener derecho a una vida privada.

—Por eso no te había preguntado nada.

Gardner se dio cuenta enseguida de que no tenía derecho a descargar la frustración que sentía con su tío, porque no se lo merecía.

—Harley no quiere tener hijos, Jud.

—No veo ningún crimen en ello. ¿Te ha dicho por qué?

—Dice que las exigencias de su profesión limitan el tiempo que tiene que dedicar a sacar adelante una familia.

—Parece que la chica tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—Por eso creo que sería una madre excelente —respondió Gardner—. Incluso habló de convertir su profesión en un pasatiempo.

—¿Te refieres a si tiene un marido que le proporcione estabilidad económica?

—Sí.

Jud se quitó la manta de encima, la dobló rápidamente y la guardó, antes de volver a mirar a Gardner con dulzura.

—Entonces, su profesión no es el único impedimento.



Gardner bajó la mirada.

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Quiere algo más que estabilidad o seguridad económica. Sus propias palabras fueron que lo quería todo.

—O sea, que quiere amor. Esperaba que Tyler y tú acabarais con la maldición.

—¿Qué maldición? —preguntó Gardner, frunciendo el ceño.

—La rama masculina de los Barnes o ha amado demasiado, como tu padre, o han sido incapaces de amar.

—Como tú —le dijo, con creciente curiosidad.

—Tanto una cosa como la otra son síntomas de debilidad.

—Tú eres el último hombre al que consideraría débil —protestó.

—Depende de tu definición del término. Te puedo asegurar que no fui lo bastante fuerte como para luchar por lo que quería.

—¿Te refieres a una mujer?

—¿A qué otra cosa si no? —preguntó con una sonrisa amarga.

—Nunca me habías contado nada en todos estos años. No tenía ni idea de que hubiera habido una mujer especial en tu vida.

—Como tú bien has dicho, todos tenemos derecho a una vida privada.

—Vale, me doy por enterado. Así que tú renunciaste a la tuya por Tyler y por mí.

—Cuidar de ti y Tyler no es la razón por la que me he quedado solo. De hecho, tener que ocuparme de vosotros me salvó de convertirme en un alcohólico. Por eso es tan importante la familia.

—Me alegro de que lo consiguieras ver de ese modo.

—Gardner, no permitas que la debilidad de tu padre se apodere de ti.

—De eso sí que no tienes por qué preocuparte. No tengo la más mínima intención de enamorarme.

—A eso me refiero precisamente.

—No te entiendo.

—El amor no fue lo que destruyó a tu padre. Se destruyó a sí mismo. Cuando tu madre murió, él se rindió —afirmó Jud, con la mirada perdida en los recuerdos del pasado . Ya era un hombre muy terco antes de casarse. Podría haber utilizado esa terquedad para salir adelante.

—Entonces es que era débil, si ni siquiera lo intentó.

—¿Y tú? —astuto y agudo a pesar de su enfermedad, clavó la mirada en Gardner—. Siguió el camino más fácil. Igual que tú.

—No sé si quiero oír esto —murmuró Gardner, dándose la vuelta para mirar al fuego.

—Estoy seguro de que no, pero necesitas hacerlo para no cometer los mismos errores que yo.

Jud se acercó a la chimenea y removió las cenizas, hasta que las brasas volvieron a brillar.

—Fui testigo de lo que tu madre le hizo a tu padre. No sé si por inseguridad o devoción, pero no daba un paso sin él.

»Le llevaba la comida todos los días, se quedaba con él mientras comía, y después, casi todos los días desaparecían el resto de la tarde. Incluso cuando iba a hacer la compra, quería que fuera con ella.

—Y él iba.

—Por supuesto. Aunque tuviera que descuidaros a vosotros y al rancho para estar con ella.

—Y ella hacía lo mismo —sus ojos brillaban tanto como las brasas—. No tenía tiempo para nadie. Ni siquiera para Tyler y para mí.

—No me extraña que estéis un poco resentidos.

—¿Resentidos? La palabra resentimiento no llega a expresar con toda intensidad lo que siento.

—O lo que no sientes.

Miró a su tío de reojo.

—¿Qué quieres decir?

— Que piensas más con la cabeza que con el corazón, Gardner.

—Y estoy muy orgulloso de ello.

—Yo también lo estuve una vez, sobre todo después de ver lo que tus padres se hicieron el uno al otro y lo que os hicieron a vosotros. Y como además pensaba que lo sabía todo, decidí, muchos años antes del funeral de tu padre, que ninguna mujer me atraparía nunca.

—Suena a decisión inteligente.

—Eso pensé yo en aquel momento.

Gardner percibió la tristeza en el rostro de su tío.

—Entonces es que una lo consiguió.

—Así fue —se frotó la cara y volvió a su silla. Una vez —sentado, volvió a mirar a Gardner—. Y luché con todas mis fuerzas para salir de aquello.

Gardner escuchó con atención las palabras de su tío. Le recordaba mucho a lo que le estaba ocurriendo a él.

—¿Y lo lamentas todavía?

—No te puedes imaginar cuánto.

—¿Piensas mucho en ella?

Al preguntarle pensó que no pasaba ni un solo día en que no recordara a Harley.

—Todos los días —le respondió, volviéndose a colocar la manta sobre las piernas.

Eso era lo que Gardner temía que le pudiera suceder a él.

—¿Cómo se llamaba?

—Ellie —Jud apoyó la cabeza en el respaldo del sillón—. Y tenía los ojos azules más bonitos que he visto nunca.

Gardner entró en la tienda de Harley sin dejar de pensar en ella. Al ir a cerrar la puerta vio los adornos navideños que decoraban el escaparate y sonrió al recordar el modo tan entrañable con que le

había hablado de aquellas fechas.

Tenía que pensar en un regalo para ella, algo tan original como la cama que le habían enviado sus padre o tan sensualmente extravagante como lo que le enviaba su hermana.

Le bastó echar un vistazo a su alrededor para darse cuenta de que no tenía que ser una antigüedad. Dejando el precio aparte, un regalo tenía que llevar algo del que lo hacía en él. De repente, se dio cuenta de lo filosófico que estaba aquellos días.

Al oír el sonido de unos tacones sobre el suelo de madera se puso tenso, pero enseguida se dio cuenta de que aquél no era el perfume de Harley. Con su mejor sonrisa, se volvió para encontrarse con una mujer de exquisita belleza.

—¿Puedo ayudarle, señor? —le preguntó.

Gardner la miró de arriba abajo con disimulo y pensó que las piernas que la minifalda de su traje dejaba a la vista eran muy bonitas. Era una mujer muy hermosa, pero no era Harley, y era a ella a quien buscaba.

—Estoy buscando a la señorita Golden.

—Lo siento, pero la señorita Harley está ocupada en estos momentos —le dijo con una sonrisa cautelosa—. ¿Quiere que le dé algún recado?

—Estamos citados.

La mujer frunció el ceño y se dio la vuelta.

—No me había mencionado ninguna cita, déjeme comprobar su agenda —se acercó a la mesa de Harley, pasó las hojas de su agenda y deslizó una uña por cada línea del día en que se encontraban—. Lo siento, pero no tiene ninguna cita hoy. Parece que tiene tres días libres.

—Exactamente. Yo soy esa cita.

—¡Ah! —una sonrisa maquiavélica le iluminó los ojos, aunque su comportamiento de mujer de negocios no cambió—. Usted debe de ser el señor Barnes. Yo soy Mona Tedrick, la ayudante de la señorita Golden.

Gardner le estrechó la mano, detectando un desafío en la firmeza con que se la apretaba e hizo todo lo posible para no

quedarse mirando el diamante que brillaba en su nariz.

—¿Dónde puedo encontrar a Harley?

Mona apretó los labios y le soltó la mano.

—¿Entonces no se lo ha dicho?

—¿El qué?

Mona lo miró fijamente a los ojos, tal vez demasiado fijamente.

—Estoy segura de que pensó llamarlo anoche, pero el cambio de planes fue tan repentino, que no me sorprende que se olvidara de algunos detalles.

Gardner pensó que él no era ningún detalle.

—Señorita Tedrick, me temo que voy a tener que insistir en saber más, ¿dónde está Harley?

Se había puesto un poco nerviosa, pero Gardner no se habría dado cuenta de no estar mirándola fijamente.

—Me temo que no puedo decírselo.

—Le aseguro que Harley no necesita protegerse de mí.

—Supongo que eso será una cuestión de opiniones —murmuró Mona antes de volver a asumir su papel de mujer eficiente.

—Hay alguien enfermo en su familia y la señorita Golden no volverá a trabajar hasta dentro de un mes por lo menos.

Gardner pensó que aquello había ido demasiado lejos y ya había durado lo suficiente.

—No me importa cuándo va a volver a trabajar. Nuestra relación no tiene nada que ver con los negocios y quiero saber dónde está ahora.

—Me temo que no estoy autorizada para decírselo.

—Entonces lo tendré que averiguar por mí mismo —dijo Gardner, al tiempo que rodeaba la mesa de despacho.

Mona le obstaculizó el paso.

—Lo siento, señor, pero no puede entrar en su apartamento.

—Se equivoca.

—La puerta está cerrada.

—Lo estaba.

—Señor Barnes —dijo Mona, levantando la voz enfadada.

—Señorita Tedrick —le respondió, tratando de mostrar una calma que no sentía.

—Escuche, no sé con quien piensa que está tratando, pero si da un paso más, será el último que dé sin dolor —le amenazó, colocándole una larguísima uña pintada de granate muy cerca de la cara.

Entonces fue cuando vio un tatuaje que representaba una media luna y una estrella diminuta que salían de la boca de un dragón, asomando por la manga de su traje. Enseguida pensó que estaba frente a una maníaca.

—¿Mona? —Mona se volvió al oír la voz de Harley. Gardner sonrió triunfal—. ¿Has ido a la farmacia?

La voz de Harley sonaba tan débil, que Gardner se asustó.

—Tú no te muevas de ahí —le dijo Mona, volviéndose de repente hacia él.

—No te imagines siquiera que puedes detenerme, mujer dragón.

Subió las escaleras de dos en dos detrás de Mona, hasta que se encontró a Harley, sentada a mitad del camino. Estaba muy delgada y ojerosa, y el pelo le caía sin vida sobre las mejillas.

—¿Es éste el enfermo de la familia? —preguntó a Mona, sin apenas mirarla, haciéndola enrojecer—. ¿Tienes la medicina que necesita?

—Está encima de la mesa de despacho.

—Vete a buscarla —subió a toda prisa las escaleras, tomó a Harley en brazos y continuó hasta llegar arriba del todo—. ¿Cómo se va a la habitación?

Se dirigió a donde le señalaba Harley, sin darle tiempo a fijarse en su casa, recibiendo tan sólo una sensación de aire y de luz. La dejó sobre la cama y se puso a su lado de rodillas.

—¿Llevas enferma todo este tiempo y no me habías dicho nada?

Le sonrió débilmente y lo acarició con una mano helada.

—Hola Gardner, yo también te he echado de menos.

—Por el amor de Dios, Harley, ¿por qué no me lo habías dicho?

—No quería preocuparte.

Le apartó un mechón de pelo de la cara, sintiendo que se le encogía el corazón. Ni siquiera tuvo fuerzas para ofrecerle una sonrisa tranquilizadora.

—Tú nunca me molestas.

—Seguí tu consejo y fui al médico —se pasó la lengua por los labios resecos y Gardner le alcanzó un vaso de agua—. Lo que tengo se me pasará dentro de un par de meses.

—¿Meses? Dios mío, ¿qué te pasa?

—Náuseas matinales —sonrió, cruzando los brazos sobre el estómago—, sólo que yo las tengo todo el día.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

De repente le dio la sensación de que no podía ver ni respirar.

—¿Lo pasas muy mal con esas náuseas?

En ese momento, Harley le hizo una demostración sobre sus botas de piel nuevas.

Pero no le importó en absoluto.

Sentada en la cocina de su casa en bata y zapatillas, con las piernas abrazadas al pecho, sentía una sensación extraña en el estómago que no tenía nada que ver con su embarazo y mucho que ver con que Gardner estuviera moviéndose por su cocina.

No había pretendido nunca que lo averiguara de aquel modo. Pensaba decírselo, cuando se acostumbrara a la idea de la maternidad, aunque no a la realidad de tener un hijo. En cuanto encontrara el mejor momento, el mejor lugar, las mejores palabras.

Devolver encima de sus botas le había ahorrado el esfuerzo.

Desde entonces no la había dejado sola ni un momento, hasta el punto de hacer que Mona le recogiera el equipaje del coche de alquiler. Harley se había sentido un poco incómoda siendo supervisada cuando se bañaba, pero Gardner le había dicho que ya había pasado el momento de las vergüenzas y había llegado el de la verdad.

Cuando le puso un tazón de cereales delante, Harley lo olió primero. Después de llevar una semana sintiendo asco de todos los olores, se alegró de que aquello le oliera tan bien.

Se acercó el tazón pensando que quizás tuviera la suerte de no vomitar durante algunas horas. Pensó que estaría bien, porque así podría disfrutar de la visita de Gardner. Además, tenían muchas cosas de que hablar.

Apenas había pronunciado una palabra desde que vomitara sobre sus botas y se preguntaba qué estaría pensando… si habría cambiado de opinión acerca de tener hijos o de si la quería a ella.

Gardner se acercó a ella y señaló el tazón.

—No estaba seguro de qué más añadirle, de lo que tu estómago podría soportar.

—Un poco de azúcar moreno está bien.

Gardner revolvió en los armarios de la cocina hasta que volvió con el bote del azúcar y el del té.

—¿Te apetece una taza de té?

—Suena fenomenal.

Le pasó el bote del azúcar y después se puso a preparar el té.

Harley se sirvió una cucharada de azúcar y después observó cómo se movía Gardner por la cocina. Los vaqueros se ajustaban sensualmente a sus caderas y no pudo evitar recordar cómo le había apretado los muslos y las nalgas la última vez que habían estado juntos.

Cuando estiró los brazos para tomar una taza del armario, vio cómo la camisa se le ajustaba a los musculosos brazos, mostrando su fuerza natural. Caminaba con soltura y elegancia y, cuando estaba parado, irradiaba sensualidad. No tenía que hacer ningún esfuerzo para desprender masculinidad por todos sus poros. A

cualquier mujer le resultaría fácil fantasear con su cuerpo y ella no era la excepción.

Cuando dejó la taza sobre la mesa, Harley aún no había tocado el tazón de cereales. Le temblaban las manos demasiado para hacerlo y echó la culpa de ello al malestar del embarazo.

Gardner, se sentó a su lado y le revolvió el azúcar.

—Bueno, no está mal para un tipo que no ha estado nunca en tu cocina, ¿no te parece?

Harley apoyó el codo en la mesa y se sujetó la barbilla con la palma de la mano, aunque lo que deseaba de verdad era tocarle el pelo, la cara, el lóbulo de la oreja.

—Por lo menos no eres el tipo de hombre que piensa que la cocina no es para él.

—Ya se encarga Jud de dividir las tareas de la casa —tomó una cucharada de cereales de la taza—. ¿Te están entrando ya más ganas de comer?

Harley asintió y él levantó la cuchara. Ella lo miró y abrió la boca, recordando su sabor, la dulzura de sus besos.

—¿Qué te ha recetado el médico?

Harley se pasó la lengua por los labios y tragó saliva.

—Algo para detener las náuseas, pero aunque me ha asegurado que no puede dañar al bebé, no quiero abusar de ello por si acaso.

—¿Has—estado con náuseas durante un mes sin tomar nada?

—Las primeras tres semanas no fueron tan malas, pero esta última ha sido terrible. He estado probando todos los remedios caseros, hasta que el médico me recetó este medicamento. No sé qué es peor si el sabor de la medicina o los vómitos —Harley apretó las rodillas e hizo una mueca—. El doctor me ha dicho que las náuseas pueden durar diez semanas más.

—¿Y cómo te las vas a arreglar hasta que te encuentres mejor?

—Gardner, estoy embarazada, no paralítica. Además Mona me ayudará.

—No me hace ninguna gracia que trabajes sintiéndote tan mal.

Harley le acarició el dorso de la mano con los dedos.

—Me voy a ocupar del bebé, Gardner. No te preocupes.

Enfadado, se pasó los dedos por el pelo antes de tomar otra cucharada de cereales.

—Si no hubiera aparecido aquí del modo en que lo he hecho, Harley, ¿me habrías dicho lo del bebé?

—¡Oh, Gardner, claro que lo habría hecho! —le apretó la muñeca—. ¿Cómo puedes preguntar una cosa así?

—Dijiste que no querías hijos —le respondió con un tono desprovisto de toda emoción y sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿De verdad pensaste que me quería deshacer de él a tus espaldas? Creí que me conocías mejor —la miró avergonzado y Harley se sintió decepcionada—. Claro que había pensado decírtelo. Pero para hablar de este tema necesitaba más energías de las que he tenido últimamente.

—Así que decidiste esperar, aunque pasaran, ¿cuántas eran? —preguntó con sarcasmo—. ¿Otras diez semanas?

—Sí, Gardner, incluso si pasaba tanto tiempo. Este niño no va a ir a ningún sitio. Ni tú y yo tampoco.

Gardner —apartó el tazón de cereales, enfadado.

—¿Y ahora qué?

Harley se estiró la bata. Aquella conversación no se estaba desarrollando de ninguna de las maneras que había pensado.

—Mis planes inmediatos consisten solamente en ir viviendo el día a día.

Gardner la miró de soslayo con una ceja levantada.

—¿No tienes pensado hacer más viajes de compras?

—Por el momento no. Mona se puede hacer cargo de la tienda sin ningún problema. Sé lo que quieren nuestros clientes de la temporada navideña y lo tengo ya comprado y almacenado. Así que solamente tengo que sentarme a esperar cómo la mercancía se vende sola.

—¿Y lo puedes hacer desde la cama?

—Sólo los días que no me sienta con fuerzas para sentarme a mi mesa —le dijo, con una sonrisa tranquilizadora—, pero en cuanto pasen las náuseas, espero trabajar hasta que pueda.

—¿Y después qué, Harley? ¿Qué ocurrirá cuando nazca el bebé?

Por fin había formulado la pregunta que había estado esperando, más bien la que había estado temiendo y no podía contestar. ¿Cómo podía decirle lo que iba a hacer una vez que naciera el niño, cuando su decisión dependía sobre todo de él?

Harley tomó la taza de té entre las manos y se echó hacia atrás en la silla, posponiendo lo inevitable.

—Háblame de Tyler y Jud. ¿Cómo os ha ido en el rancho últimamente?

—Tyler está bien. Jud está bien. El rancho está bien.

—Pero tú no.

—Lo siento, Harley, lo que ocurre es que hace un mes dejamos muchas cosas en el aire porque los dos necesitábamos tiempo —levantó los ojos y Harley se dio cuenta de que la emoción se los nublaba—. Pero el tiempo ya ha pasado.

—Nd Gardner, el tiempo acaba de empezar. Sólo han pasado tres o cuatro horas desde que empezaste a enfrentarte a esto. Hablaremos de ello en cuanto yo me sienta mejor y tú hayas reflexionado un poco al respecto. Mientras estés aquí quiero disfrutar del tiempo que tenemos —le acarició una mejilla—. Por favor, no me presiones —por su mirada, se dio cuenta de que sólo le estaba dando un poco más de tiempo—. Y ahora, a no ser que tú también quieras tomarte un tazón de cereales, ¿por qué no te vas a comer algo? Si me dices lo que te apetece, te diré donde puedes ir —a Harley le pareció que dudaba—. No te preocupes por mí. Estaré bien. Cuando vuelvas, hablaremos.

—Comeré una hamburguesa en el sitio más cercano —se puso de pie—. ¿Necesitas algo?

—No, estoy bien. Me acostaré a leer un rato —señaló el tazón de cereales—. Espero que la comida de lujo que me acabo de tomar me siente bien.

—¿Dónde tienes la ropa de cama?

—¿Por qué?

—Porque si cuando vuelva estás dormida, me acostaré en el sofá.

—No. Quiero que te acuestes conmigo. Prometo no volverte a vomitar encima.

—No es eso lo que me preocupa —le dijo, llevando las tazas al fregadero.

—¿Entonces te preocupa no poder conciliar el sueño por dormir junto a una mujer demacrada? —le preguntó, tratando de hacer gala de todo el sentido del humor que era capaz de demostrar en un momento como aquel.

La miró, indignado.

—No quiero hacer daño al bebé.

—Gardner, el bebé aún no es lo suficientemente grande como para que puedas hacerle daño. Por favor —le pidió sin pudor—. Me encantaría que me abrazaras y mimaras un poco.

Después de recoger la cocina, aceptó dejar a Harley en la cama entre montones de cojines, con el edredón tapándola hasta la barbilla y una novela en las manos.

Pero poco después de irse, con la habitación en silencio, empezó a pensar en Gardner. Sólo había visto confusión e indecisión en él, pero en ningún momento lo que más esperaba y deseaba: alegría.

Se dijo a sí misma que tenía que darle tiempo porque la noticia le había impresionado, pero no conseguía calmar el cosquilleo que tenía en el estómago.

Desde el primer día, Gardner había hablado de tener hijos, de su herencia, pero no había mencionado la palabra amor, la que ella más deseaba oír. Había llegado la hora de dejar las cosas claras.

Cerró los ojos y empezó a pensar en el regreso de Gardner, a imaginárselo en la cama junto a ella, haciéndole el amor. Se levantó de la cama y encendió todas las velas que tenía distribuidas por la habitación.

Apagó la luz y se metió en la cama, desnuda, esperando su regreso.

Cuando Gardner se deslizó bajo las sábanas a su lado, horas más tarde, se obligó a sí misma a relajarse, a tomarse las cosas con calma. Tal vez empezarían hablando del futuro, pero ella se las arreglaría para terminar hablando de amor.

No le dio la oportunidad, se puso detrás de ella y con una mano le empezó a acariciar un pecho, mientras que apoyaba la otra sobre su vientre.

—Un bebé —murmuraba, mientras dibujaba círculos con un dedo bajo el ombligo femenino—. Dios mío, llevo tanto tiempo esperando tener un hijo.

Harley lloró en silencio y esperó que las sensaciones que las caricias de Gardner le hacían sentir desaparecieran poco a poco.

—Cuando nació Tyler, le tuve envidia durante un tiempo. No era que me robara la atención de mis padres, porque de todos modos no la tenía, lo que ocurría era que quería un hermano, no un bebé —se puso tenso y dejó de acariciarla. Harley contuvo la respiración—. Pero cuando fue lo bastante mayor como para jugar con él, cambié de opinión.

—¿No querías tener un hermano? —le preguntó.

—No, en muchos momentos deseé que nunca hubiera nacido.

Harley abrió los ojos de par en par.

—¡Gardner!

—No te escandalices, Harley. Algunas personas no deberían tener hijos nunca. Mis padres, por ejemplo, la mitad del tiempo no creo que recordaran siquiera que Tyler y yo existíamos —su voz se hizo más ronca—. Mi hermano se merecía algo mejor.

—Tú también —respondió Harley, compadeciéndose de los dos muchachos.

—Sí, bueno. La verdad es que viendo cómo trataban a Tyler no podía pensar en mí mismo la primera vez sucedió cuando Tyler era pequeño. Me despertó su llanto. Debía llevar llorando mucho rato, porque parecía desesperado. Cuando entré en su habitación, estaba de rodillas en la cuna, con la cabeza atrapada entre dos tablillas. Se le había caído el biberón al suelo —Harley notó cómo se ponía rígido y se apretó más contra él para recordarle que estaba a su

lado. Él la abrazó con fuerza—. Mis padres estaban tan ocupados haciendo el amor que ni siquiera le habían oído llorar. ¡Por el amor de Dios, era sólo un niño! Después de aquello me aseguré de que lo cuidaran bien —le puso la mano sobre el vientre y después descendió buscando el calor entre sus muslos—, y puedes estar bien segura de que cuidaré de éste también.

Harley trató de girarse, pero él se lo impidió con sus fuertes hombros. Volvió la cabeza y entonces la besó apasionadamente, para después apoyar la cabeza en su cuello.

Harley se dio cuenta de que estaba muy excitado, su erección era prueba de ello.

—¿Estás segura de que no pasará nada?

Harley asintió, sintiendo que la excitación la ahogaba. Había nacido para ese hombre y su intuición le decía que la amaba. Podía esperar un poco más para oírselo decir, pero no podía esperar más para sentir su cuerpo.

Gardner le sostuvo un muslo, después le levantó la pierna y abriéndole el cuerpo primero con un dedo, después con dos, la penetró.

—Siéntelo —musitó contra el cuello femenino, y Harley sintió cómo entraba en ella en cuerpo y alma. Quería gritar de placer.

La llenó, la alimentó. El deseo animal que compartían profundizó en una hermosa comunión de sus almas.

La intensidad de su posesión la quemó con dulzura y empezó a gemir sin poder detenerse. Gardner sonrió.

—¿Te gusta? —le preguntó, dándole mordisquitos en el hombro.

—Sí —consiguió decir a duras penas, apretándole el brazo.

Gardner empujó de nuevo y ella gimió. Llegó al orgasmo, haciéndole llegar a él poco después. Y cuando pretendió salir de su cuerpo, ella se negó. Ya había estado solo y falto de cariño durante muchos años.

Capítulo 12

—¿Cuándo nos casamos?

—¡Es la proposición de matrimonio más poco romántica que he oído en mi vida, Gardner Barnes! —exclamó Harley, apretándose más al hombre menos romántico que había conocido.

—Lo hemos hecho todo mal desde el primer día —la besó en la frente—. ¿Por qué lo íbamos a arreglar ahora?

—Tienes razón, ha sido todo muy raro —respondió Harley, recordando las llamadas de teléfono y la semana que había pasado con un hombre que no conocía de nada. Sabía que le iba a pedir, mejor dicho, exigir que se casaran en cuanto supiera que iban a tener un hijo. Pero no estoy segura de que el matrimonio sea la respuesta llegado el punto en que nos encontramos.

»Piensa en ello, Gardner. Es mejor que un niño tenga vinos padres que no estén casados, pero que se lleven bien y le proporcionen estabilidad emocional, que unos padres casados con diferentes metas y perspectivas en la vida que no se pongan de acuerdo y terminen peleándose y haciéndose daño a sí mismos y al niño.

—¿Qué te hace pensar que nos vayamos a pelear y que nuestras metas sean tan diferentes?

—No estoy diciendo eso —aunque sabía que en esencia era así.

Gardner aprisionó la pierna de Harley bajo la suya.

—¿La gente normalmente se casa con todos sus problemas resueltos?

—No sé lo que hará otra gente, conozco nuestra situación —trazó pequeños círculos con la uña alrededor de uno de los pezones masculinos—. ¿Recuerdas aquel día en el desván de tu casa, Gardner? Hablamos de querer a un niño y del compromiso emocional que supone criar una familia.

Le sujetó la mano, deteniéndola.

—Siempre estaré ahí para mi hijo, Harley. Siempre. Pero es

difícil estar presente emocionalmente si no lo estoy físicamente. Por eso quiero que nos casemos.

No era exactamente lo que quería oír, pero...

—Gardner...

Le puso dos dedos sobre los labios.

—Puedes hacer los preparativos que desees. Me da lo mismo que nos casemos por lo civil, o en esa pequeña capilla donde te gusta ir a rezar.

No tienes que trasladarte al rancho inmediatamente. Comprendo que necesites tiempo para arreglar las cosas aquí. Compraré la tienda y Mona...

—Espera un momento, Gardner —le cortó Harley, apresurándose a encender la lámpara de la mesilla. Se sentó en la cama apoyándose en la cabecera mientras que abrazándose a un cojín tapaba su desnudez—. ¿Cómo sabes que suelo ir a rezar a una capilla? —Gardner se puso triste y sus ojos reflejaron culpabilidad. De repente Harley sintió un frío que le llegaba hasta los huesos—. Dímelo, Gardner.

—Fue hace mucho tiempo. A poco de conocernos.

—Quieres decir hace un mes —le concretó, arqueando una ceja.

—Me parece que hace siglos que te conozco —dijo muy bajito.

—Bueno, pues no es así, y nunca te he dicho si iba a la iglesia y menos dónde.

—Al principio había muchas cosas que no sabía de ti, Harley. Muchas cosas que me hacían pensar, por lo que me habías dicho: amigos poco convencionales, padres motoristas.

—Y te preguntaste quién era en realidad. Gardner asintió, y se incorporó también.

—Te preguntaste si era la mujer apropiada para ser la madre de tus hijos.

La sábana se estaba resbalando demasiado peligrosamente, empezando a dejar al descubierto las intimidades masculinas.

—Fue una decisión de negocios, tomada antes de conocerte.

—¡Me has investigado! —le dijo en tono neutro, pero cuando vio que no le respondía empezó a perder los estribos—. ¿No es así, Gardner? ¿Has husmeado en mi pasado, en mis costumbres, en mi economía igual que investigarías a alguien con el que quisieras hacer un negocio? —Harley estaba furiosa y no había hecho más que empezar a soltar su rabia—. ¿Te ha excitado tanto investigarme como lo hacían las conversaciones telefónicas?

—¡No sigas, Harley! —la furia hacía que le brillaran los ojos.

—No pienso parar, Gardner, sobre todo ahora que me. doy cuenta de que hablabas en serio cuando decías que no creías en el amor y lo único que querías de mí eran hijos —sintió náuseas y se tuvo que apretar la garganta.

—Harley, si no te quisiera, no te habría pedido que te casaras conmigo.

—Sí, tú me quieres en tu cama, o en la mía, o en la de Fredericksburg, o en medio del campo o incluso en el asiento trasero de tu Rover. Déjame preguntarte algo, Gardner, ¿qué habría sucedido si nos hubiéramos conocido de modo convencional? ¿Si me hubieras cortejado, y tras casarte conmigo, averiguado que no podía tener hijos? ¿Te habrías divorciado de mí?

No respondió y Harley sintió que se le rompía el corazón. Y pensar que casi le había dicho que lo amaba.

—Sal de mi cama, Gardner, y después, de mi casa. No te— apartaré de mi vida porque mi hijo se merece un padre. Pero nunca me casaré contigo a no ser que aceptes mis condiciones. Hasta entonces no tenemos nada más que decirnos.

—Bogie's no es el lugar con mejor reputación para dejarse ver, hermano mayor —Tyler echó un montón de paja en el establo de Merlín—. Lo único que te vas a encontrar allí son borrachos.

Tyler no sabía que había estado pensando en Harley y por eso todo el tiempo que pasara en el bar no le parecería suficiente para olvidarla. No era que quisiera, como tampoco deseaba pelear por la custodia del bebé, pero tendría que hacerlo.

Se quedó mirando a su hermano pequeño.

—¿Qué sabes tú de la reputación de ese local?

—Mira, Gardner —trató de ignorar el tono reprobatorio de su hermano—, solamente te había visto borracho tras la muerte de papá.

A Gardner no le gustaba el tono que había tomado aquella conversación.

—¿Y qué?

—Que estás muy raro desde que volviste de Houston y, si no me equivoco, es allí donde vive Harley.

—¿Y qué? —casi gritó.

—Pues que pienso que tal vez la viste y las cosas no salieron como tu creías. Puede que sea por eso por lo que pasas tanto tiempo en el bar últimamente.

—El que beba o no es asunto mío.

—Tal vez no le daría importancia de no ser por lo que le pasó a Jud —Tyler se puso muy derecho y adoptó el tono de voz de una persona más adulta—. No voy a permitir que te pase lo mismo.

Gardner ensilló su caballo dispuesto a marcharse lo antes posible.

—Deja de preocuparte por mí, hermanito.

—No puedo —dio un paso al frente y lo agarró por la muñeca—. Has hecho de padre para mí desde que tenía diez años. Ya es hora de que hagas de hermano y sigas adelante con tu vida.

—Mi vida está bien tal y como es ahora.

—Gardner, ni siquiera tienes una vida —dijo Tyler—. Trabajas .de sol a sol y llevas viviendo sólo para este rancho desde que me alcanza la memoria. Al menos hasta hace un par de semanas. ¿Te ha pasado algo con Harley. ¿Se trata de eso?

—Harley está embarazada.

Tyler abrió los ojos de par en par. Su expresión era una mezcla de confusión y felicidad.

—Entonces, ¿qué demonios está haciendo todavía en Houston?

—Me ha echado.

—¿Qué le hiciste?

—¿Por qué piensas que le he hecho algo?

—Porque hace dieciocho años que te conozco.

—Harley no es como las mujeres de por aquí, Ty.

—Ya me di cuenta.

—Yo también me di cuenta de que te habías percatado.

—Bueno, estoy en la flor de la vida y disfruto de ello —respondió, balanceándose sobre los tacones de las botas, con los dedos en las trabillas de los vaqueros—, y a las mujeres de esta zona les encanta. Tú también les gustas, Gardner.

—¿Ah, sí? —a Gardner no le importaba en absoluto.

—Sí, ha habido muchos comentarios desde que te dejas ver por ese local. Creen que vas por allí porque has tenido un desengaño amoroso y hacen apuestas a ver qué mujer va a curar tu corazón herido.

—Eso no va a ser posible.

—Así que te han roto el corazón.

Gardner se encogió de hombros.

—Dime entonces lo que ocurrió y lo que piensas hacer al respecto. Te aconsejaré.

Gardner puso los ojos en blanco. Sólo le faltaba que ahora le aconsejara un adolescente.

—Hice que investigaran a Harley.

—¿Qué?

Sin hacer caso de la expresión asombrada de Tyler, tomó las riendas de Merlín y salió del granero con el caballo.

—Vamos Tyler, come brotes de soja por Navidad y sus padres son motoristas. No quería que la madre de mis hijos resultara ser una drogadicta.

—Gardner, eres un estúpido. Uno de estos días vas a tener que dejar de pensar con la cabeza y hacer lo mismo que los demás.

—Gracias por la lección de biología, pero no tengo tiempo de hacer lo que hace la mayoría de la gente.

—¿Acaso no se lo merece Harley?

—Claro que sí.

—Entonces te doy permiso, no, te ordeno que trabajes menos. Tómate tu tiempo, Gardner. Yo puedo encargarme de más tareas en el rancho.

—¿Y tus exámenes finales?

—Ya me las arreglaré. Tú has renunciado a muchas horas de tu tiempo libre por mí, y creo que ya es hora de que haga lo mismo por ti. Ya sabes, antes de que te hagas mayor.

Gardner se subió a la silla. Adoraba a aquel crío.

—Sabes, Tyler, te has convertido en todo un hombre.

Tyler se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros.

—Tuve un gran maestro. Y ahora, ¿qué piensas hacer con lo de Harley?

—No lo sé.

—¿La quieres?

Gardner miró a otro lado, cerró los ojos y apretó los puños —en las riendas, después suspiró y miró a Tyler a los ojos.

—Sí, la quiero.

—Entonces díselo. ¿A qué estás esperando?

Gardner miró a su hermano y movió la cabeza sonriendo.

—No te preocupes por la bomba de agua, yo me ocuparé más tarde.

—Yo me encargaré. Tú tienes demasiado ya en qué pensar. Y ahora, lárgate —le dijo, golpeando al caballo en el lomo.

Gardner deseó que sus hijos fueran como Tyler. Aquel chico pensaba como un hombre y hacía unas preguntas muy difíciles.

¿Qué iba a hacer con lo de Harley?

Ni siquiera le había podido explicar que hasta que no había visto

el informe no se había vuelto a acordar de que había encargado una investigación. Lo que demostraba el modo en que le había encandilado.

Sabía que lo que había hecho no estaba bien, pero Camelot había sido la obsesión de su vida. No había querido cometer los errores de su padre y perder la cabeza por una mujer hasta el punto de olvidar quién era.

Había cuidado de su hermano, y se había convertido en un hombre. Se había encargado de Camelot y su esfuerzo le había dado sus frutos. La tierra le estaba devolviendo con creces lo que había invertido en ella.

Había llegado el momento de pensar en sí mismo y tener los hijos que tanto deseaba. Pero hasta que no conoció a Harley no había encontrado a la mujer apropiada para madre de sus vástagos.

Merlín relinchó y Gardner se dio cuenta de que habían llegado a una loma. Desde allí se divisaba un paisaje increíble. Unos campos verdes que no parecían tener fin. Camelot. Su vida. Su amante.

Lo que sentía por la tierra no era nada comparado con lo que en aquel momento sentía por Harley. La pregunta que le había hecho antes de echarlo le había dejado sin habla. Nunca había considerado la posibilidad de no tener hijos, pero la posibilidad de no tenerla a ella le angustiaba. Prefería vivir con ella sin hijos a tener la casa llena de críos con otra mujer.

Ella era su debilidad y su fuerza. No era como su padre. Su capacidad de amor era tan grande que podía amar a Harley y a todos los hijos que pudiera darle con la misma intensidad. Ella iba a ser la madre de su hijo y no quería educarlo solo.

Tenía que dejar el pasado y centrarse en el futuro.

Y creía saber cómo hacerlo.

Había perdido seis kilos. Estaba embarazada de seis semanas y había adelgazado seis kilos. Dejó a un lado el libro de cuentas y tomó la calculadora. Se dio cuenta de que, como siguiera adelgazando, cuando naciera el bebé pesaría menos que él.

No podía dejar de preocuparse a pesar de que el médico le había asegurado que la pérdida de peso señalaba que su cuerpo estaba haciendo lo que debía para alimentar a un feto saludable. Se preguntó si Gardner tendría en cuenta ese hecho antes de luchar por la custodia.

Ella le había dicho que cuidaría del bebé. Pero su mirada aquella noche antes de marcharse le dejó claro que quería tener al niño consigo.

Si quería pelear, pelearían por el niño, porque aquel bebé era su amor incondicional, el único vínculo que la unía aún a Gardner.

Estaba condenada a amar a aquel hombre para siempre. Un hombre que nunca la amaría.

Le habría gustado tanto hacerle entender que un amor pasional no tenía por qué ser destructivo y sin embargo lo que le había mostrado era lo egoísta y exigente que era. Había escuchado sus explicaciones sobre la investigación, pero no había oído una palabra. O lo que era peor, había oído las palabras que no había dicho: que ella no merecía la pena. Sólo porque eso era lo que le había hecho sentir Brad.

Entendía que fuera tan reacio a entregarse. Había crecido en un entorno donde no había recibido bastante afecto, igual que ella, lo que ocurría era que habían reaccionado de diferente modo.

Pero ahora que había un hijo por medio, el amor no era negociable. Tal vez no fuera la situación que había soñado para su hijo, pero tenía que hacer que aquello funcionara. Si sobrevivía a las nauseas, podría hacer cualquier cosa. Y lo podría hacer sola.

—Ha llegado la hora del reparto —Mona dejó el paquete blanco encima del libro de cuentas.

—Ponlo con los que llegaron ayer. Tal vez me pueda ocupar de ellos mañana.

—De este te vas a ocupar hoy.

—Puede parecerte que esté medio muerta, pero aún soy quien dirige este negocio —protestó, al tiempo que se retiraba un mechón de pelo de la cara—. Y ahora tengo que seguir con la factura del doctor Fischer, si no te importa.

—Sí que me importa —Mona se cruzó de brazos—. Te ocuparás de este paquete inmediatamente.

—Eso lo dices tú. No será nada que se estropee. No podría soportar ningún olor desagradable.

—Viene de Camelot.

A Harley se le cayó el lápiz de las manos y se preguntó por qué tenía que llegar aquello en ese momento, cuando por fin había conseguido pasar un día sin llorar desde que Gardner se fuera.

—Así que ábrelo enseguida —Mona cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro. Aquel día se había puesto una falda escocesa y unos calcetines blancos.

—Creo que me lo llevaré arriba.

—No lo harás —le dijo con voz autoritaria—. Yo te lo subiré.

—Eres una buena chica, a pesar de lo que diga de ti a veces —le dijo Harley siguiéndola por las escaleras.

—¿Lo de chica tiene que ver con la ropa que me he puesto hoy?

—La verdad Mona es que ese recatado modelito de uniforme escolar no te sienta bien.

—Pues por si no lo sabes fui a un internado femenino ——dijo Mona, empujando la puerta principal del apartamento de Harley con la cadera—. Me solía encantar ir al despacho del director. En realidad me aseguraba de hacer alguna travesura al menos cada tres o cuatro semanas. Al menos hasta el último mes que pasé allí.

—¿Qué ocurrió? —Harley no estaba segura de querer saberlo.

—El director se retiró y el nuevo resultó ser una mujer.

Harley no supo qué responderle y se limitó a poner los ojos en blanco y a seguirla a la sala de estar. Cuando Mona se encogió de hombros queriéndole preguntar dónde ponía el paquete, Harley le señaló la habitación.

—Déjalo sobre la cama.

Esperó a que se dejaran de oír los pasos de Mona. No se atrevía a abrir el paquete. Se preguntó si se habría dejado algo en el rancho

y él se lo devolvía para no tener que volver a pensar en ella.

Le dolía la cabeza, el estómago y estaba a punto de rompérsele el corazón.

La caja no pesaba. La abrió con cuidado, tijeras en mano. Apartó los envoltorios de papel y, conteniendo la respiración, miró en el interior.

Era el ancla de Gardner, lo que le mantenía encadenado al pasado. Despacio, con mucho respeto, Harley levantó el vestido de novia de la abuela dé Gardner y lo extendió sobre la cama. El encaje parisino se había puesto amarillo por el paso del tiempo, así como el satén y el tul, pero el simbolismo, el significado, el sentido del amor más allá de la vida permanecía, nada de eso se había marchitado.

Tratando de contener las lágrimas, se inclinó de nuevo sobre la caja y sacó el maletín de médico del abuelo de Gardner, símbolo de toda una vida de sacrificio. Aquel hombre había renunciado a su familia y al bienestar de que gozaba con ellos por la mujer que amaba.

Incapaz de realizar más que movimientos mecánicos, Harley puso la caja en el suelo. Se abrazó las piernas contra el pecho y empezó a balancearse. No podía con más. ¿Cuándo iba a dejar de sufrir?

Se preguntó lo que habría sufrido Gardner hasta decidirse a romper con el pasado y poner el futuro en sus manos. Sus acciones pesaban más que las palabras que no había pronunciado. Aquel gesto proclamaba su amor a los cuatro vientos.

Empezó a llorar en silencio, y al ir a tomar un pañuelo de papel de la caja que tenía al lado de la cama, vio la nota. Una simple hoja de papel que debía haberse caído.

Había sido escrito apresuradamente, pero se leía bien.

Tú eres mi vida

mi ayer, mi hoy y mi mañana

de ahora en adelante

todo lo que soy, todo lo que poseo te pertenece.

Jud le había dicho que tenía que ir al estanque a toda prisa y Gardner se preguntaba qué sería aquello tan grave que había sucedido.

Camino del estanque, pensó en cuanto le debía a su hermano. Él le había hecho darse cuenta de que sus sentimientos por Harley no iban a desaparecer.

Su niñez formaría siempre parte de sí mismo, pero ya pertenecía a la historia. Vivir el presente le resultaba mucho más interesante, sobre todo con Harley a su lado. La quería junto a él para toda la vida y así se lo había demostrado enterrando el pasado.

No la había llamado desde que enviara el paquete, deseando que su gesto hablara por él. Ahora lo único que tenía que hacer era esperar, pero no esperaría mucho tiempo.

El teléfono móvil interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué pasa ahora, Jud?

—¿Crees que podríamos construir una casa en el árbol que hay al lado del estanque?

Era Harley y quería una casa en el nogal que había al lado del estanque.

Así que esa era la razón por la que su tío quería que fuera a toda prisa al estanque. Cuando lo pillara, le retorcería el cuello.

—¿Gardner?

¿Qué había dicho?

—¿Una casa en el árbol? Claro. ¿De cuántas plantas?

—Siempre he querido una como la de la familia Robinson —le dijo, con esa voz inocente que tanto le gustaba.

—Me parece un poco grande para un solo niño —le respondió, buscando mantener una conversación intrascendente mientras conducía el Rover a toda velocidad.

—¿Quién te ha dicho que sólo va a haber un niño?

Gardner dio un frenazo. Le iba a dar un ataque de corazón y no podría siquiera conocer a sus hijos.

—¿Quieres decir que vas a tener gemelos?

—No, tonto, quiero decir uno este año, otro el que viene, otro al siguiente. Siempre que colabores.

—Colaboraré, no te preocupes —le dijo, poniendo de nuevo el Rover en marcha.

Harley continuó hablando como si no le hubiera oído.

—Ya vi que no tenías problemas a la hora de acostumbrarte a mi cocina y una de las condiciones que pongo a mi futuro marido es que sepa cocinar.

Gardner sintió que se le cortaba la respiración. ¿De qué iba aquel juego?

—¿Qué estás diciendo, Harley?

—Ya he hablado con Mona. Me compra la tienda y, como no necesita vivir en la planta de arriba, va a poner una boutique. Me gustaría que mi marido dejara el trabajo en la oficina. Teniendo en cuenta que vamos a vivir en la oficina, sé que será difícil, pero espero que lo intente.

Gardner se alegró de ver aparecer el nogal en la lejanía. Sólo tenía que bajar una colina más y...

—No te preocupes, acabo de dejarles claro a Jud y a Ty que no voy a trabajar tanto. Quiero disfrutar del resto de mi vida. ¿Alguna cosa más?

—Sí, tienes que recordar que necesito mucha atención. No vayas a dedicársela toda a los niños y al trabajo.

Allí estaba. Sus cabellos rubios parecían recoger toda la luz del sol.

Detuvo el Rover y se bajó. El corazón le empezó a latir con fuerza cuando la vio sentada con las piernas cruzadas debajo del nogal. Su árbol. El árbol de sus hijos.

—Eso es fácil —colgó en el coche y se acercó a ella. La levantó y se le cayó el teléfono al suelo—. Ahora ven aquí, esposa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó al verle quitarle la camiseta y los pantalones.

No respondió, se limitó a despojarse de la camiseta y a

desabrocharse los pantalones. Después la atrajo contra sí y frotó suavemente el vientre de Harley contra el suyo. Era cálida. Era Harley. E iba a convertirse en su esposa.

La apretó contra él, sintiendo que la curva de su estómago era la forma más dulce del mundo. Un bebé, su bebé. Creyó morir de felicidad.

Entonces la besó, sellando así un pacto y empezando a vivir algo que sabían sería para siempre.

—Gardner, ¿eso que cuelga del espejo retrovisor son mis braguitas?

—¿Por qué? —le susurró al oído—. ¿Quieres que te las devuelva?

—No, jamás. Y eso es un período de tiempo muy largo.

—Ah, Harley —la apretó contra él todo lo que podía y por fin pronunció las palabras que lo liberaban de sus ataduras al pasado —. Te amo.

Fin.